



Serie
Guerreros
de las
Highlands
— 2 —

*En los brazos
de su enemigo*

SARAH SCOTT

*En los brazos
de su enemigo*

SARAH SCOTT



©SARAH SCOTT

Primera edición, 2026

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



En las Highlands, una mujer que huye de un matrimonio forzado puede acabar en brazos de su peor enemigo.

Iona MacBride ha cometido un acto impensable: huir de su propio padre.

Para evitar un matrimonio con un laird cruel y despiadado, la joven abandona Dunrobin Castle en plena noche y cabalga hacia el único lugar donde cree que puede encontrar refugio: las tierras del clan MacAllister

Pero pedir protección a los enemigos de su familia es una decisión peligrosa.

El primero en desconfiar de ella es Duncan MacAllister, el guerrero más temido del clan y primo del laird. Para Duncan, una MacBride jamás podrá ser digna de confianza... aunque la joven que ha llegado a su castillo no se parece en nada a los enemigos que ha aprendido a odiar.

Orgullosa, valiente y decidida a luchar por su libertad, Iona despierta en Duncan una atracción tan intensa como inesperada.

Sin embargo, el hombre al que estaba prometida no piensa renunciar a ella.

Y cuando los hombres del clan Cargill llegan para reclamar a su futura esposa, Duncan deberá decidir si la entrega... o si está dispuesto a enfrentarse a todos por proteger a la única mujer capaz de conquistar su corazón.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Constantinopla, 1463

Ningún highlander temía al mar, ni siquiera cuando una violenta tormenta amenazaba con hacer pedazos su barco. Duncan MacAllister se estremeció y se subió la capucha al pisar el muelle, mientras observaba el cielo negro y furioso que se extendía sobre su cabeza. Un relámpago estalló, seguido del trueno más fuerte que jamás había oído.

Su estancia en la gran ciudad de Constantinopla, ahora llamada Estambul desde que los otomanos la conquistaron, había llegado por fin a su término. Duncan había completado con éxito los asuntos de su primo, poniendo en orden todas las propiedades y a los sirvientes del laird MacAllister, y se sentía orgulloso de regresar con suficientes ganancias para mantener a su clan en la comodidad durante generaciones. Tres bolsas de cuero llenas de monedas estaban bien sujetas bajo los pliegues de su tartán. Apoyó la mano protectora sobre su cadera derecha, asegurándose de que el oro estaba a salvo.

Como cualquier buen escocés, echaba de menos su hogar. Pero había algo en este lugar... Se dio la vuelta, absorbiendo las vistas y los olores: un mercado floreciente rodeaba el puerto, dando la bienvenida a visitantes de todo el mundo, cansados del viaje por mar. Duncan cerró los ojos, reviviendo las noches apasionadas con la mujer que lo había acogido con gusto en su cama, sabiendo que el acuerdo era temporal, sabiendo que Duncan acabaría marchándose. Pero había recompensado a Hana con una casa y dinero; a su familia nunca le faltaría de nada.

Sí, no era ningún misterio por qué su primo había perdido el alma en este lugar exótico. Por mucha belleza que albergara, las calles empedradas estaban manchadas de sangre de los miles de mártires que habían muerto en defensa de sus secretos y riquezas.

Duncan se secó la lluvia de la cara y siguió caminando por la robusta pasarela de tablones. Los hombres no deberían tener acceso a tantas tentaciones. Y los hombres no deberían mirar fijamente a los grandes ojos negros de las exquisitas mujeres que vivían allí. Quizá por eso la mayoría de las mujeres llevaban velos. Para proteger a extraños como Duncan, para evitar que se enamorara y abandonara todo lo que consideraba sagrado en las Highlands.

—Duncan.

¿Quién lo había llamado? No se distinguía a nadie.

—Duncan.

Una anciana le sonrió, señalándolo.

—¿Eres el montañés, Duncan MacAllister? —preguntó en un gaélico entrecortado.

Se rascó la cabeza, tratando de ubicarla, tratando de recordar si alguna vez había visto o conocido a esa mujer.

—¿Qué quieres?

—Dame la mano.

Se acercó un poco más, con el rostro bronceado y curtido por años bajo el sol abrasador.

Él negó con la cabeza; algo en lo más profundo de su ser le advertía que se alejara.

—No te conozco. Vuelve con tu familia. Las mujeres no deberían estar solas en el puerto.

Aunque sabía que esa afirmación no significaba nada, pues la desconocida había superado con creces la edad de tener hijos, lo que le otorgaba más libertad que la que poseía cualquier mujer joven.

—¿Por qué me temes? —preguntó ella, sin moverse—. ¿Son mis ojos?

Duncan no se había dado cuenta antes. Su ojo izquierdo era verde, el derecho marrón. Aunque era una característica física poco común, había conocido a otra mujer con dos ojos de colores diferentes en Escocia.

—No, mujer. Tus ojos no me dan miedo. Tengo prisa.

—¿Por volver a tu tierra natal? ¿Donde otra mujer está destinada a enamorarse de ti?

Sus palabras despertaron su interés, tal y como pretendían.

—¿Qué es este balbuceo? ¿Qué mujer? ¿Qué tierra natal?

—Alba.

Por el amor de Dios... ¿Cómo lo conocía?

—¿Es dinero lo que quieres?

Ella se rió.

—Me han pagado bien para buscarte. Tu mujer, Hana, me ha enviado como regalo de despedida.

¿Con qué propósito? Seguramente no... ¿Acaso había dejado a Hana tan insatisfecha, tan amargada? Se necesitaría una cantidad desmesurada de cerveza para que él...

Una vez más, la anciana se rió de él.

—Te limitas a pensar como un hombre. No estoy aquí para calentarte la cama. Soy la mejor fiosaiche de Estambul.

Duncan observó sus coloridas túnicas confeccionadas con los mejores tejidos, el velo rojo que le cubría la cabeza, sus dientes blancos y los brazaletes de oro en sus delicadas muñecas. Alguien la cuidaba; solo una familia adinerada podía permitirse tales lujos.

—No necesito a ninguna adivina. —Se frotó la nuca, ansioso por reunirse con sus hombres en el barco—. Vuelve con Hana y dale las gracias por pensar en mí.

Se giró para marcharse, pero la mujer le agarró del brazo.

—No eres un cobarde —afirmó ella.

Duncan suspiró y se volvió hacia ella.

—No hacen falta poderes divinos para darse cuenta de eso.

—No —asintió ella—. Eres un hombre fuerte. Leal. Obstinado. A veces, un poco tonto. Pero muy consciente de lo que quieres. Hana preparó tu corazón para la mujer a la que estás destinado a amar y proteger.

Hana era una cortesana experta. Hermosa y enérgica. Lo último que él asociaba con su antigua amante era cualquier cosa relacionada con su corazón.

—Mi corazón no necesita nada, mujer. Soy más firme que las fortificaciones de esta gran ciudad.

Ella sonrió.

—¿Gran ciudad? ¿La ciudad de los muchos nombres? Un lugar donde demasiados espíritus esperan venganza. No vuelvas nunca aquí. Aunque no creas en mis habilidades, te diré dos cosas que espero que recuerdes. Serás el padre de una nueva tierra, de un nuevo pueblo.

Esta vez Duncan se rió entre dientes.

—Soy un sirviente... enviado aquí para...

—¿Laird MacAllister? Sí. Es un príncipe consumado. La mitad de la ciudad sabe quién es: algunos lo echan de menos, otros le desean una muerte larga y dolorosa. Tú eres su pariente, enviado para eliminar cualquier vínculo que tenga con este lugar. Pero dile que, una vez que alguien derrama sangre sobre la arena del desierto, ya sea la suya propia o la de otro hombre, se convierte en parte de esta tierra. Nada puede cambiar eso.

Duncan movió los pies, empezando a creerla.

—¿Y la segunda cosa que querías decirme?

—La mujer que te reclamará, su nombre te recordará a Hana. Que eso sirva como mi señal de la verdad de lo que digo. Tendrás una vida larga y significativa.

Sin decir nada más, la mujer desapareció entre la multitud, dejando a Duncan con una sensación de inquietud en las entrañas. ¿Qué había querido decir con que él sería el padre de una nueva tierra, de un nuevo pueblo? Servía a las órdenes de su primo, el MacAllister. Levantarse contra él se consideraría traición.

—¿Duncan? —llamó su amigo e intérprete, Nadir.

Aliviado al oír una voz familiar, Duncan respondió:

—¿Está listo el barco?

—Sí. ¿Qué te ha dicho la vieja bruja?

—¿Bruja?

—Nudar. Es famosa.

Duncan le dio una palmada en la espalda a su amigo y se dirigió hacia el barco.

—Nada importante.

En menos de una hora, Duncan ordenó a sus hombres que zarparan, con el deseo de respirar el aire de las Highlands de nuevo, más fuerte que nunca.

Capítulo 1

Las tierras del clan MacAllister

Costa norte de las Tierras Altas de Escocia, 1465

Iona MacBride recordaba el día en que su querida amiga se había presentado en el castillo de Dunrobin. Isla MacAllister intentó mostrarse cortés, pero estaba desesperada y hambrienta, con su hermoso cabello negro enredado y su vestido empapado por la lluvia. Fuera lo que fuera, o quienquiera que fuera de quien huía aquella dama, la había llevado hasta Iona, quien no rechazaría a un perro callejero, y mucho menos a una mujer. Tras susurrarle unas palabras al oído a su padre, el conde concedió a Isla un refugio seguro. Y en los cinco años que Isla había permanecido con ella, Iona había ganado una hermana.

Toda la esperanza de Iona pendía de esos gratos recuerdos. Si el señor MacAllister o Isla la rechazaban, no tendría más remedio que volver a casa con un padre en el que no confiaba. Desmontó y recorrió la corta distancia hasta las puertas cerradas de la fortaleza de los MacAllister. Una docena de antorchas ardían a lo largo de la muralla, proyectando sombras sobre la nieve recién caída. Iona miró a su alrededor mientras un frío intenso le hacía castañear los dientes. Aunque llevaba botas forradas de piel y una capa de piel, el frío la privaba de todo calor. Llevaba días cabalgando con pocas horas de sueño y aún menos comida.

—¿Quién anda ahí? —preguntó un hombre.

—Soy amiga de lady Isla y he viajado desde muy lejos para verla.

—¿En plena noche?

—Por favor, señor —suplicó Iona—. Dígale al IAIRD que estoy aquí.

Hubo un movimiento detrás de la puerta y esta se abrió parcialmente.

—¿Quién está aquí? —preguntó el guardia.

Ella se bajó la capucha.

—Iona.

El hombre la miró de arriba abajo, sin ocultar su admiración.

—Si lo que buscas es una cama caliente, no hace falta que molestemos al IAIRD.

Iona se mordió el labio inferior, temerosa de que, si ofendía al guardia, este nunca la dejara entrar en el patio. Lo cual le hizo preguntarse por qué no abriría la puerta a una mujer sola. Debía de estar borracho.

—Te agradezco tu generosa oferta, pero el laird debe saber que estoy aquí.

El guardia gruñó.

—Como desees, Iona.

Pronunció su nombre como si ella fuera inferior a él.

Debía dejar claro quién era, que esperaba que la trataran con respeto y dignidad. Aunque prefería no usar el nombre de su padre para ganarse su favor, lo haría para garantizar su seguridad.

—Iona MacBride —aclaró.

Los hombros del guardia se tensaron.

—¿La hija del conde?

—Sí.

El hombre se rascó la cabeza y luego se alejó de la puerta.

—Quédate con lady MacBride mientras voy a buscar al laird Alex.

—Sí —dijo una voz masculina mientras la puerta se abría más, dejando al descubierto a un hombre más joven con el pelo rojo—. Estás muy lejos de casa.

—Sí.

Y cuanto más lejos llegara, mayores serían sus posibilidades de ser feliz.

—Toma.

El soldado le lanzó un odre de vino.

—Bebe un trago, te calentará de dentro afuera.

A Iona no le importaba lo que hubiera en el odre. Bebió con avidez, tragándose el líquido de sabor repugnante. El guardia se rió entre dientes cuando ella le devolvió el odre.

—Gracias.

Él asintió y dio un trago.

—Hace que un hombre no le tenga miedo a nada. No estoy seguro de qué le hará a una mujer.

Iona solo podía imaginarlo mientras el calor que el fuerte licor le provocaba en el estómago se extendía lentamente hacia sus brazos y piernas.

—Viene el laird —anunció el muchacho, enderezándose mientras escondía el odre bajo su capa.

Iona se preparó para lo que le diría al hombre al que nunca había conocido, pero del que tanto había oído hablar. Su padre odiaba a Alexander MacAllister y todo lo que representaba. Pero su hermano mayor respetaba al laird —tiene pelotas de acero—; eso fue lo que había dicho Gawain después de que Alex enviara a casa a su hermano bastardo, Struan, atado como una bestia salvaje, con una misiva metida en la boca.

—¿Iona MacBride? —Las puertas se abrieron de par en par.

—Sí.

Iona se sintió inmediatamente a gusto. Alex MacAllister era rubio y alto. Poseía los rasgos nobles de un laird de las Highlands, pero había en él un aire salvaje, como el de una bestia agazapada a la espera de atacar.

—Soy Alex MacAllister, el marido de Isla.

Iona hizo una reverencia.

—Sé que es tarde, y lamento perturbar la paz de su hogar. Pero mi padre no es de fiar, y tuve que huir antes de que me casara con un laird decrepito y cruel de las islas. Este es el único lugar en el que pensé. Isla es mi única amiga. No tengo ningún otro sitio adonde ir.

¿La aceptaría? Lo había arriesgado todo para escapar de Dunrobin, y lo había hecho con tanta facilidad porque nadie sospecharía jamás que hubiera hecho algo malo. Iona había sido la hija perfecta hasta que su padre anunció su compromiso con el laird MacNair: un hombre quince años mayor que ella, con fama de violento, seis hijas ilegítimas y dos esposas muertas. El hombre necesitaba un heredero.

—Eres bienvenida aquí —afirmó Alex.

Le llevó un momento comprender lo que quería decir.

—¿Lo soy?

—Sí.

Él le ofreció el brazo y ella lo tomó, con sus botas de cuero crujendo en la nieve mientras caminaban juntos.

—¿Dónde está tu escolta? —preguntó Alex, obviamente sorprendido de que viajara sola.

—¿Escolta? —repitió ella al entrar en el gran salón.

Alex la condujo hasta la chimenea y la sentó en una silla. Iona se quitó los guantes mojados y se inclinó cerca del fuego, frotándose las manos.

—Ningún hombre al servicio de mi padre se atrevería a ayudarme. Soy una propiedad, Laird MacAllister, destinada a un único propósito.

—¿Y cuál es ese?

—Aumentar la riqueza de mi padre mediante un matrimonio estratégico. Mi corazón y mi felicidad no tienen ningún valor a los ojos de mi padre.

—¿A qué hombre te ha elegido?

—El laird Callum MacNair.

La expresión de Alex se ensombreció.

—No es amigo de los MacAllister.

—No es amigo de nadie, por lo que he oído —añadió ella con tristeza—. De mal genio y un asesino, si los rumores son ciertos.

—Sí —confirmó Alex—. Su segunda esposa dio a luz a una niña muerta, y él la mató de hambre poco después. Lamento tu desgracia.

—Yo también.

—Seguro que tu padre conoce la historia de ese hombre.

—Sí. Eso no le impidió firmar el tochar. Aunque, en defensa de mi padre, se aseguró de incluir condiciones para mi protección: que el laird MacNair nunca me privaría de comida ni me mataría a golpes si le daba hijas.

Alex se rascó la barbilla.

—Una concesión generosa por parte de ambos hombres. Y una razón más que suficiente para meterle algo de sentido común en la cabeza al conde por elegir a un hombre así para que se casara con su única hija.

Iona se rió, algo que no había hecho en bastante tiempo.

—Mi padre no es un mal hombre, Laird. Simplemente no es apto para ser mi padre. Yo también tengo la culpa. Porque he sido

demasiado callada y demasiado obediente todos estos años, lo que ha llevado a mi padre a pensar que haría cualquier cosa que me pidiera.

La sonrisa pícaro de Alex llegó hasta sus ojos verdes.

—A Isla no le gustaría tanto una muchacha que no tuviera espíritu.

El elogio agradó a Iona.

—¿Cómo está mi amiga?

—Tu llega es oportuna —admitió él—. Isla acaba de dar a luz a gemelos, un hijo y una hija.

Iona se levantó de un salto.

—¿Está ella...?

—Descansando cómodamente y feliz, gracias a Dios.

—¿Ha sufrido?

Hacía tanto tiempo que no sabía nada de Isla. La comunicación entre ellas se había interrumpido después de que Struan no lograra traer a Isla a casa como su esposa.

—No sé quién sufrió más. Gritó de dolor tantas veces que quería ir con ella, pero su obstinado padre me mantuvo fuera de la sala de partos. Quería matarlo... y quizá debería haberlo hecho por mantenerme alejado de ella.

Su expresión se volvió fría como el hielo.

—Podrás verla por la mañana, después de que haya descansado un rato.

—Lo entiendo, mi señor.

—No es nada contra ti, lady Iona.

Ella sonrió con dulzura. Su reencuentro se había retrasado demasiado.

—¿Te gustan los niños?

—Adoro a los niños —respondió ella con sinceridad, con la esperanza de tener los suyos propios algún día—. La nueva vida es la promesa de un nuevo mañana.

—No podría estar más de acuerdo. ¿Tienes hambre?

Solo con mencionar la comida, el estómago de Iona gruñó.

—Mucho.

—Si esperas aquí, haré que una de las criadas te prepare la comida y te arregle la habitación.

—Gracias.

Vio cómo el Laird abandonaba el gran salón. Su esperanza no había sido en vano con los MacAllister. Isla había elegido bien, lo que hacía a Iona inmensamente feliz.

Justo entonces, algo o alguien se movió. Por lo demás, el salón estaba en silencio, sin nadie más dentro. Para que pareciera que no se había dado cuenta, se movió en la silla, girándose lo justo para echar un vistazo casual a la izquierda de donde estaba sentada.

Un hombre alto y musculoso, de pelo rojo, le llamó la atención. Sus miradas se cruzaron, e Iona estaba segura de que nunca había visto a un hombre más guapo. Él le hizo un gesto con la cabeza, y ella volvió a mirar hacia el fuego. Quizá las sombras le estaban jugando una mala pasada. Al fin y al cabo, estaba agotada y hambrienta, tenía frío y tal vez incluso un poco borracha por las bebidas que había tomado con el guardia de fuera. Ningún hombre debería parecer tan peligroso, tan tentador, tan irreal.

Sí, ella atribuiría su interés por el desconocido a cualquier cosa menos a la atracción natural. Iona cerró los ojos y se obligó a borrar el rostro del hombre de su mente. No había venido aquí a buscar marido; había acudido a los MacAllister en busca de refugio, en busca de una nueva vida lejos de su padre. Y, si tenía intención de quedarse, debía protegerse de cualquiera que pudiera quitársela.

Lo cual incluía a todos los hombres, especialmente al pelirrojo del gran salón.

Capítulo 2

Duncan apuró su jarra y la dejó a un lado; la necesidad de emborracharse se vio repentinamente sustituida por la curiosidad por la mujer bien vestida que estaba sentada frente a la chimenea principal del gran salón. Él había visto a su antojo bellezas regias, especialmente durante sus viajes al este, tras haber pasado un año en Constantinopla para resolver los asuntos de su primo, el laird MacAllister. Y, desde su regreso, todas las personas influyentes se habían propuesto como objetivo personal encontrarle una esposa.

Esposa... La palabra no le sonaba natural al salir de su boca. Mientras observaba más detenidamente a la dama sentada sola, admiró la larga trenza dorada que le caía por la espalda e imaginó cómo se sentiría soltar lentamente su sedoso cabello.

Tenía la intención de averiguar su nombre y, tal vez, qué hacía sola en el salón de los MacAllister.

Cuando empezó a dirigirse hacia ella, apareció Alex, bloqueándole el paso.

—¿adónde vas, primo?

—A saludar a nuestra invitada —respondió Duncan.

Alex negó con la cabeza.

—Que yo sepa, tú no vives aquí. ¿Recuerdas la casa solariega que exigiste como pago por tus servicios en Constantinopla?

Y era una casa magnífica, con una pequeña torre y un muro respetable a su alrededor, un gran salón digno de un laird menor y sirvientes que Duncan había elegido personalmente.

—Sí. Pero tengo una habitación aquí. Al fin y al cabo, soy tu pariente más cercano y sigo en el consejo.

Alex se frotó la barbilla.

—Siempre se agradece tu servicio. Y mi fortaleza es siempre tu hogar, Duncan. Pero esa dama en particular no tiene ninguna importancia para ti.

—¿No? —inquirió Duncan, mirando más allá de su primo—. No podrías estar más equivocado. Ella es de gran interés, pues soy un hombre solitario que necesita el tipo de compañía que solo una muchacha hermosa y de buena cuna podría ofrecerme.

Alex se rió entre dientes.

—¿Desde cuándo te importa la buena cuna?

Duncan se frotó la nuca, pensativo.

—Desde esta noche.

Esta vez, Alex echó la cabeza hacia atrás y se rió tan fuerte que el eco resonó por todo el gran salón. Incluso la dama los miró.

—¿De qué te ríes?

—De ti —replicó Alex—. Nunca había pensado en contratar a un bufón... hasta ahora. Me hacéis reír tanto que me duele.

Duncan frunció el ceño.

—No tienes derecho a decirme dónde puedo o no puedo encontrar compañía.

—Estás muy equivocado, primo. La dama no es una muchacha cualquiera.

—¿Quién es?

—Lady Iona MacBride.

El nombre hizo que Duncan diera un paso atrás.

—¿MacBride?

—Sí.

—¿La amiga de Isla?

—La misma.

—¿Por qué está aquí?

La idea de que un MacBride ensuciara la casa ancestral de su clan, ya fuera una muchacha indefensa o un guerrero endurecido dispuesto a matar, enfureció a Duncan.

La expresión de Alex se volvió seria.

—Solo el nombre te hace hervir la sangre.

—Correcto.

—Y en circunstancias normales, arrojaría a cualquier MacBride a las mazmorras y lo dejaría pudrirse. Pero lady Iona no es solo una MacBride. Es la amiga más cercana de Isla y trató a mi esposa con respeto, como si fuera su propia hermana.

Duncan no podía imaginarse estar en la posición de Alex: tener que elegir entre apaciguar a su clan encarcelando a la hija de su enemigo jurado o dar la bienvenida a lady Iona como una invitada de honor.

—Bueno, ¿y qué es lo que quiere exactamente?

—Ha venido a pedir asilo.

—¿Asilo? ¿Y de quién se supone que huye?

—De su propio padre.

—¿El conde ha llegado a ponerle la mano encima?

—No, nada de eso. Lo que ha hecho es firmar un compromiso para casarla con un laird de las islas, uno con una reputación bastante turbia.

—Vaya, como si la mayoría de los lairds de esas islas fueran un ejemplo de virtud, ¿no?

La diversión asomó de nuevo en los ojos de su primo.

—Solo dejan de parecerlo cuando vienen por mar... y aun así, tampoco demasiado.

Duncan conocía a muchos de los guerreros de las islas, hombres de honor que hacían lo que cualquier montañés haría cuando se sentía inquieto: provocar una pelea vecinal con un adversario digno para entretenerse.

—¿Qué laird?

—Callum MacNair.

—Maldita sea —suspiró Duncan—. Imagina desperdiciar a una muchacha tan encantadora con un demonio de corazón negro como él.

Alex arqueó las cejas.

—Pero ella es una maldita MacBride, ¿recuerdas?

Duncan se encogió de hombros.

—Una cuestión de nacimiento desafortunado, no es culpa de la dama.

—No, no lo es.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Duncan, sonando demasiado ansioso para su propio bien.

—Mantente alejado de ella.

—¿Q-qué?

—Límpiate los oídos —ordenó Alex—. Quiero que te mantengas alejado de Iona MacBride.

Aunque había jurado lealtad a su querido primo como señor de los MacAllister —al poseer tierras—, Duncan tenía derecho a actuar en su propio interés, aunque fuera en contra de los deseos de Alex.

—¿No confías en mí?

—Recuerdo al hombre que me juzgó antes de casarme con Isla: desaprobaba mis relaciones con mujeres extranjeras y me dijo

que mi alma cristiana corría peligro si no cambiaba.

—El padre Michael tuvo mucho que decirte, estoy seguro.

Alex lo miró boquiabierto.

—No estoy hablando del cura, Duncan.

—Ah, sí. Ahora lo recuerdo.

—¿De verdad?

Alex le dio una palmada afectuosa en la espalda.

—Por cierto, ¿cómo está Isla? ¿Y los niños?

—Arriba, descansando desde hace un rato.

—Entonces, ¿por qué sigues tú aquí abajo en lugar de acompañarlos?

—Porque alguien tiene que ocuparse de los preparativos para nuestra invitada.

Duncan esbozó una media sonrisa.

—Si te sirve de ayuda, puedo encargarme yo mismo de supervisar su alojamiento.

Pero Alex no le devolvió la broma; su expresión se mantuvo imperturbable.

—Si hace falta asignarte un guardia a ti también, no dudes de que lo haré.

Duncan alzó una ceja, divertido.

—¿Tan grave es la cosa? ¿La consideras una prisionera, entonces?

—Llámalo como prefieras —respondió Alex con frialdad.

Ambos guardaron silencio un instante, observando cómo una criada cruzaba el salón y se detenía ante lady Iona para invitarla a subir a sus aposentos.

—Parece que nuestro problema se ha resuelto —comentó Alex—. Le he ordenado a Grisel que duerma en la habitación de Iona con ella. Se colocarán dos guardias en el pasillo para garantizar su seguridad.

—¿Has enviado a alguien a cabalgar para ver si la seguían?

—¿Te estás ofreciendo voluntario?

El aire frío de la noche sin duda acabaría con el deseo de Duncan. Por alguna razón, no le importaba si lady Iona era una MacBride. Algo en su porte, tal vez su tranquila dignidad y sus sorprendentes ojos azules, despertaba a la bestia dormida que llevaba dentro. Se había entregado en exceso al placer mientras estuvo en Constantinopla y regresó a Escocia convertido en un hombre diferente. No sabía si para bien o para mal. Pero Duncan comprendía cómo cinco años de vida en el exótico Oriente habían cambiado a Alex. La tentación tenía la costumbre de seguir a un hombre por los mercados abiertos de la ciudad y hasta el desierto.

—¿En qué estás pensando, primo? —interrumpió Alex.

—En nada importante —mintió Duncan.

—Si deseas salir a cabalgar, elige a algunos hombres para que te acompañen.

—Lo haré yo.

—Gracias.

—Si algún cerdo de los MacBride ha seguido a la muchacha hasta territorio MacAllister, lo mataré.

Alex asintió.

—Haz lo que desees. Yo vuelvo a la habitación de mi esposa para velar por ella y los niños.

—Estoy orgulloso de ti, Alex.

—¿Sí?

—Has salvado a nuestro clan. Has devuelto la fe a los corazones de nuestra gente al casarte con Isla y darnos un heredero.

—No te olvides de la pequeña Rebecca.

Duncan le guiñó un ojo.

—Una princesa de nacimiento.

Duncan agarró el antebrazo de su primo. Alex, Isla y sus nuevos bebés lo eran todo para él. Sí, tenía sus propias necesidades y planes para sus tierras. Pero casi se había convertido en el próximo laird de los MacAllister antes de que Alex aceptara su derecho de nacimiento. No había nada que no hiciera para mantener a sus parientes a salvo de los MacBride o de cualquier otro enemigo. Y, si Alex quería acoger a lady Iona y protegerla, entonces Duncan haría lo mismo. Aunque tenía que encontrar la manera de conocerla. Quería oír a aquella hermosa mujer susurrar su nombre, aunque solo fuera una vez.

Al salir del gran salón, se dirigió a los barracones donde vivían algunos de los soldados. Durante los últimos dos años, Alex había reclutado a nuevos hombres, entre ellos guerreros que habían navegado con Duncan desde Constantinopla y habían elegido las Highlands como su nuevo hogar.

Entró en el edificio de madera de una sola planta y se encontró con un gran grupo apiñado alrededor de una mesa, jugando a un juego de dados traído a las Highlands desde Constantinopla.

—¿Es esto lo que hacéis en vuestro tiempo libre?

—Duncan, bienvenido —saludó Nadir con una amplia sonrisa.

Duncan y Nadir habían viajado juntos a Constantinopla. Nadir había actuado como su intérprete, consejero y guía, manteniéndolo a salvo en aquel lugar extraño y brutal. Ahora que eran mejores amigos, Duncan siempre podía contar con él.

—Dame los dados —pidió Duncan.

Uno de los guardias dejó caer los dos cubos en su mano abierta. Duncan los agitó enérgicamente y luego los dejó caer sobre la mesa, sacando dos cabezas de jabalí.

—¡Has ganado! —exclamó Nadir, empujando el montón de plata hacia Duncan.

Volvió a tirar, esta vez sacando un par de serpientes. Se añadieron más monedas al montón, pero Duncan negó con la cabeza.

—No quiero quedarme con tus ganancias. Toma.

Añadió una moneda de oro al montón.

—Necesito seis hombres que me acompañen en la patrulla.

Veinte levantaron la mano.

—Elige a cinco —le indicó Duncan a Nadir— y luego reúnete conmigo en los establos.

Poco después, las monturas estaban listas y Duncan atravesó las puertas con su unidad, dispuesto a atormentar a cualquiera que se atreviera a entrar en las tierras de los MacAllister.

Capítulo 3

—¿Es cierto? —preguntó la atractiva criada rubia a Iona una vez que esta se hubo instalado en su habitación—. ¿Se ha escapado de su padre, el conde de MacBride?

No acostumbrada a que los sirvientes le hicieran preguntas personales, Iona pensó en reprender a la muchacha. Pero la expresión del rostro de la joven sugería inocente curiosidad.

—Sí.

—No puedo imaginarme haciendo algo tan atrevido y peligroso.

—¿Cómo te llamas?

—Grisel.

La criada hizo una reverencia.

—Le pido perdón, mi señora. El Laird me ordenó que guardara silencio a menos que me hablaran. Pero me resulta muy difícil no hablar con usted.

Abrió la única bolsa de Iona y sacó los vestidos y otras prendas que Iona había logrado empaquetar antes de huir del castillo de Dunrobin.

—No me importa conversar —respondió Iona con sinceridad—. Me da miedo cómo reaccionará el resto de tu clan ante mi presencia aquí.

—Las mujeres de la cocina ya saben de usted.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y qué dijeron?

—Aunque algunas sospechan por qué apareció en mitad de la noche, muchas recuerdan con cariño cómo habla de usted lady Isla. La forma en que la ayudó cuando huyó.

Iona sonrió. Había guardado esos recuerdos en lo más profundo de su corazón, pues Isla había llenado su tranquila vida de risas y amistad. Cuando Isla abandonó el castillo de Dunrobin sin previo aviso, Iona sufrió mucho, pues su mundo había vuelto a ser como antes, lleno de una soledad insoportable. Como hija de un poderoso conde, tenía poco que hacer en su día a día. Y habría hecho cualquier cosa por irse con Isla, para saborear la libertad y elegir su propio camino en la vida.

Iona contempló la elegante habitación. Aunque era pequeña, tapices coloridos decoraban las paredes, pieles cubrían el suelo de piedra y una cama con dosel, con colchas y almohadas bordadas, esperaba a su cuerpo cansado. Alguien ya había encendido un acogedor fuego en la chimenea; la leña estaba apilada ordenadamente en un rincón. Junto a la chimenea había dos sillas acolchadas y una mesa.

—¿Quién suele ocupar esta habitación? —preguntó Iona, desatándose las botas de cuero.

—Es una habitación de invitados.

—¿Y quién ocupa las habitaciones de este pasillo? —Iona quería saber quién dormía cerca. ¿La había colocado aquí estratégicamente el laird Alex?

—Comparte paredes con otras mujeres notables —le aseguró Grisel—. Algunas son las hijas nobles de los capitanes y primos del Laird. No se preocupe, hay guardias en esta planta de la fortaleza. Las muchachas MacAllister están bien protegidas.

—¿Y dónde duermes tú?

—A los pies de su cama.

—¡No puedes dormir en el suelo! —protestó Iona, poniéndose de pie y estirándose. Qué bien se sentía liberarse de aquellas botas de cuero tan ajustadas. Movi6 los dedos de los pies enfundados en medias mientras el calor del fuego se filtraba lentamente en sus huesos—. ¿D6nde duermes normalmente?

—Tengo una peque1a habitaci6n junto a las cocinas.

—Si lo prefieres...

—No —interrumpi6 Grisela—. El Laird me dio 6rdenes espec6ficas.

—Entonces compartir6s mi cama.

Grisela mir6 la cama.

—No est6 pensada para m6, mi se1ora.

—Si yo digo que s6...

Grisela asinti6.

—¿Tiene hambre?

—S6.

—Venga, siéntese a la mesa y le servir6. Hay estofado caliente y pan, y un poco de vino.

Una sola cucharada del espeso caldo y los tiernos trozos de venado deleitaron a Iona. Se comi6 con gusto toda la comida, disfrutando incluso del vino dulce que el Laird le hab6a proporcionado tan generosamente. Con el est6mago lleno y sintiéndose mejor de lo que se hab6a sentido en d6as, Iona sab6a que, en cuanto apoyara la cabeza en una de esas almohadas, se quedar6a dormida. Sin embargo, ten6a tantas preguntas sobre Isla y sus gemelos, sobre el estado actual de las cosas entre los MacAllister y los MacBride, sobre el mundo en general.

—H6blame de tu se1ora —pidi6 Iona—. El Laird Alex no tiene mucho tiempo para charlar sobre sus nuevos hijos.

Grisela sonri6.

—Los bebés siempre llenan el hogar de alegría, ¿no?

—Sí, de alegría sin fin.

Grisel volvió a llenar la copa de Iona con vino y luego dejó la jarra sobre la mesa.

—El niño se llama John, en honor al hermano mayor del Laird.

Iona hizo una mueca. El hermano que estaba segura de que los hombres de su padre habían matado en batalla hacía dos años. Aunque no obtenía mucha información de sus hermanos, el conde no podía ocultarle toda la verdad. Los sirvientes hablaban, y Iona había aprendido a escuchar a escondidas sin que la pillaran.

—Se parece a su padre, mientras que la pequeña, Rebecca, que lleva el nombre de la madre de lady Isla, tiene el pelo más pelirrojo y rizado que he visto nunca en un bebé.

—John y Rebecca —repitió Iona—. ¿Quién nació primero?

—El niño.

—Una verdadera bendición para sus padres.

—El Laird quería un hijo, por supuesto, pero una de las criadas que ayudó en el parto dijo que se decantó por la niña en cuanto la vio.

Más noticias que alegraron el corazón de Iona. La única razón por la que el conde se preocupaba por Iona era porque ya tenía tres hijos antes de que ella naciera. Había algo especial en un hombre que no estimaba a su hijo por encima de su hija.

—¿Quieres una familia numerosa? —preguntó Grisel mientras comenzaba a desatar el pelo de Iona.

—Sí —admitió Iona con tristeza—. Pero no con el laird Callum MacNair, el monstruo con el que su padre la había prometido en matrimonio. Sus hijos vendrían al mundo gritando venganza, pues sus hermanos no se habían cortado a la hora de contarle las hazañas de su futuro marido. Luego estaba la cuestión de si aquel hombre había asesinado a su última esposa—. Algún día...

—Siento haberle hecho esa pregunta.

—¿Por qué?

Grisel dejó de peinarla, rodeó la silla y miró a Iona.

—Su voz cambió cuando respondiste. Y por la expresión de su rostro...

—No le des importancia —replicó Iona—. Como se espera de cualquier hija de noble, debo casarme con el hombre que mi padre eligió.

—Un hombre que no quiere.

—Un hombre que estoy segura de que ninguna mujer quiere.

—¿Vendrá a buscarla?

Iona había considerado eso antes de decidir cabalgar hacia las tierras de los MacAllister. ¿Hasta dónde llegaría el laird MacNair una vez que descubriera que su prometida se negaba a casarse con él? A los montañeses no les gusta que los humillen. Y la vergüenza que recaería sobre los hombros de su padre, sus hermanos y el clan MacNair no les dejaría otra opción que recuperarla. El lema de los MacBride, Sans Peur, significaba que su clan hacía todo sin miedo. El conde de MacBride no temía nada salvo el deshonor. E Iona había faltado al respeto a su padre sin ningún pudor.

—Creo que lo hará.

—El laird la protegerá.

Grisel apretó la mano de Iona con gesto tranquilizador.

—Rezo para que así sea.

—Quizá debería dejarme terminar de peinarla para que pueda irse a dormir.

Sí... y tal vez se despertara y descubriera que todo esto había sido una pesadilla.



Duncan y Nadir se arrastraban por la nieve, acercándose a la hoguera que habían avistado desde las colinas. Duncan había intuido que habría problemas desde el principio. Una mujer como Iona MacBride no podía alejarse de su hogar a caballo sin que nadie se diera cuenta.

Esos intrusos le habían dado la razón. La pregunta era qué debía hacer con ellos.

—¿Qué quieres hacer?

Su amigo se encogió de hombros.

—No hay piedad en el desierto. ¿Por qué habría de haberla en las colinas de las Highlands?

Duncan apreciaba la forma de pensar de Nadir. Su gente creía en la justicia severa: ojo por ojo. Duncan se humedeció los labios secos, sopesando cuidadosamente sus opciones.

El frío húmedo le mordía la piel, pero no le importó mientras desenvainaba su espada, preparándose para atacar. Cuatro hombres estaban sentados alrededor de una hoguera, pasándose un odre de vino entre ellos. Y, mientras los observaba, se dio cuenta de que no vestían los colores de los MacBride, sino el tartán rojo y verde de los MacNair.

—Mierda —murmuró Duncan.

—¿Qué pasa? —preguntó Nadir.

—Esperaba encontrar a los MacBride, no a los MacNair. Parece que el prometido de la muchacha ha enviado hombres para vigilarla.

—¿Es ella un botín?

—Pelo del color del desierto, ojos del color del cristal. En Constantinopla valdría mucho oro.

—Aquí traerá la muerte si no silenciamos a estos hombres.

La decisión ya estaba tomada: los muertos no hablan.

A la cuenta de tres, Duncan y Nadir salieron corriendo de entre los árboles, sorprendiendo a los soldados de los MacNair. Nadir se desvió hacia la izquierda y Duncan avanzó directamente hacia delante. Dos se enfrentaron a Duncan, y él derribó rápidamente al primero, rodeando al otro, con el sabor de la sangre ya en la boca.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó.

—¿No lo sabes? —replicó el soldado, bloqueando un golpe del arma de Duncan.

—Si lo supiera, no lo preguntaría.

—Iona MacBride ha atravesado vuestras puertas esta noche.

—¿Y cómo lo sabéis?

—La hemos seguido desde el castillo de Dunrobin.

La respuesta del guerrero dejó a Duncan desconcertado, pues ¿qué hombre sensato dejaría escapar a una dama y la dejaría alejarse tanto de su hogar? Cuando Nadir apareció detrás de su rival, Duncan bajó el arma, sorprendiendo al soldado MacNair. Por supuesto, Duncan no tenía intención alguna de matarlo, pues necesitaba información.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el guerrero.

—Dejarte vivir.

—No he pedido clemencia.

—Sí, pero te la concederé. Vales más vivo que muerto.

Nadir golpeó al soldado en la nuca con una maza de madera que llevaba en el cinturón de armas. El hombre se tambaleó hacia delante, dejó caer la espada y luego se hundió de rodillas.

Duncan apartó el arma de una patada y se acercó con un trozo de cuerda, atándole las manos a la espalda. Duncan silbó, y otros cuatro soldados MacAllister salieron de entre los árboles.

El guerrero MacNair herido necesitó varios sorbos de cerveza para recuperarse del golpe en la cabeza, pero finalmente abrió los ojos y saludó a Duncan con un gesto de la cabeza.

Duncan lo había acomodado frente al fuego.

—Quiero saber tu nombre —exigió Duncan.

—Ewan MacNair, sobrino del laird MacNair.

¿Acaso Dios le había dado a Duncan la previsión de no matar a este hombre? Porque, si hubiera acabado con el sobrino del laird, habría desatado una guerra entre los MacAllister y los MacNair.

—La gracia de Dios está contigo esta noche.

—No creo en la gracia, creo en mí mismo.

Nadir se rió entre dientes.

—Pensaba que todos los montesinos temían a Dios.

Duncan negó con la cabeza.

—Este no es un montañés cualquiera. Es un maldito pagano de las islas. Un vestigio de los tiempos de los vikingos.

Una vez más, Nadir se rió.

—A todos los montañeses les corre sangre vikinga por las venas.

Ewan se puso de pie de repente, mirando a Nadir con ira.

—¿Quién coño es este?

Duncan miró alternativamente a Ewan y a Nadir.

—¿Qué quieres decir?

—Piel oscura. Pelo negro y ojos como los del diablo.

—Hay un montículo de hadas no muy lejos de aquí —comentó Duncan—. Pero no creo que Nadir sea un maldito hada; es demasiado grande y feo.

Nadir se acercó al prisionero, con el fuego proyectando sombras sobre su rostro y su cuerpo.

—¿Feo?

—No te acerques más —dijo Ewan, claramente asustado.

Duncan había visto a otras personas reaccionar de la misma manera ante Nadir y sus hermanos de piel rojiza, con miedo a los extraños, a lo desconocido. Pero el clan MacAllister había acogido a los extranjeros con los brazos abiertos, porque habían derramado sangre para salvar a su gente.

—Es un gigante que te aplastará los huesos y se comerá tu tierna carne de MacNair si no respondes a mis preguntas rápidamente.

Los demás soldados MacAllister se rieron a costa de Ewan.

—¿Q-qué quieres saber? —Ewan volvió a sentarse, sin perder de vista a Nadir.

—¿Por qué la seguiste hasta aquí? ¿Por qué no la detuviste y avisaste a su padre?

—Mi tío quería averiguar qué tipo de carácter posee la dama.

—Te arriesgaste mucho al dejarla viajar tan lejos sola.

—Nos mantuvimos cerca. La dama nunca estuvo en peligro.

Duncan frunció el ceño. El frío suponía una amenaza para una mujer que siempre había vivido protegida y cómoda.

—Estamos en pleno invierno.

—Sí. Y, si hubiera pensado que no podría soportar el frío, habría ordenado a mis hombres que la detuvieran. Me interesaba más ver adónde iría. Para mi sorpresa, cabalgó directamente a los brazos de los mayores enemigos de su padre.

Eso hizo reír a Duncan.

—El clan MacAllister no es precisamente el peor de los rivales del conde. Sí, hay mala sangre entre nosotros, pero puedo nombrar

otros tres o cuatro clanes más desesperados por la noble cabeza del conde que los MacAllister.

—¿Sí?

—Los MacLeod, para empezar.

El padre de Isla nunca se había recuperado del hecho de que los MacBride hubieran mantenido en secreto a su única hija durante cinco largos años.

—El suegro del laird MacAllister —añadió Ewan.

—Entonces conoces nuestra historia.

—Solo lo que he oído del conde y sus hijos.

—Estoy seguro de que, si escucharas nuestra versión de la historia, habría grandes discrepancias. En algún punto intermedio está la verdad indiscutible de Dios.

—Quizá —respondió Ewan—. Independientemente de la verdad, no puedes quedarte con lady Iona. Mi tío está prometido con ella y está ansioso por reclamar a su novia.

La idea de dejar que el laird MacNair tocara a Iona enfureció a Duncan.

—A mí no me importa —declaró—. La dama ha solicitado asilo, y el laird MacAllister se lo ha concedido.

Ewan frunció el ceño.

—¿Sabes lo que esto significa?

—Sí, que te vienes con nosotros.

Capítulo 4

La llegada de lady Iona había sido una sorpresa. Pero cuando Duncan envió un mensaje a Alex para decirle que había capturado al sobrino del laird MacNair, nunca esperó la bienvenida que recibió al atravesar las puertas con su prisionero. Cientos de parientes y arrendatarios llenaban el patio, todos curiosos por ver a Ewan MacNair.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó Ewan mientras Duncan lo sacaba de la silla de montar.

—No soy yo quien toma esa decisión.

Duncan giró a su prisionero y le liberó las manos.

—Puesto que eres el sobrino de un laird, te trataré con respeto. Pero no te aproveches de mi amabilidad. Si intentas escapar, te ataré de pies y manos.

Ewan asintió.

—Lo entiendo.

—Bien.

Duncan lo dirigió hacia la torre del homenaje.

—Señor Duncan. —Matteo, el secretario y amigo italiano de Alex, bajó corriendo las escaleras para saludarlo—. El laird Alex y el consejo están ansiosos por veros a ti y a nuestro distinguido invitado.

Miró a Ewan y Duncan se frotó la cara. Le ardían los ojos por la falta de sueño.

—Esperaba reunirme con Alex en privado.

—El laird informó al consejo tan pronto como recibió su mensaje. Cree que tienen derecho a interrogar al prisionero.

Duncan no siempre estaba de acuerdo con la forma en que su primo llevaba los asuntos del clan. Como señor, podía administrar justicia como le pareciera oportuno. Pero Alex prefería involucrar a su consejo y a sus capitanes antes de tomar decisiones importantes. Y, dado que Duncan era miembro del consejo, su opinión importaba, y la daría.

Duncan y sus hombres siguieron a Matteo al gran salón abarrotado. Las mesas con caballetes estaban llenas, y Alex se sentaba en la mesa principal, con un aspecto tan agotado como se sentía Duncan.

—Bienvenido a casa, Duncan —saludó Alex, poniéndose de pie.

—Laird MacAllister. —Duncan hizo una reverencia formal—. Estábamos patrullando al norte de aquí y encontramos a cuatro soldados de MacNair en tierras de los MacAllister.

—¿Y esos hombres amenazaron tu vida?

—Och, sí —respondió Duncan—. No les di a esos malditos bastardos la oportunidad de decir nada.

La sala estalló en carcajadas.

—Pero este... —Duncan empujó a Ewan hacia delante—. Es el sobrino del propio laird MacNair. En aras de la paz, le perdoné la vida.

—Una sabia decisión —aprobo Alex—. ¿Cómo te llamas?

Ewan se enderezó, manteniendo la cabeza alta.

—Ewan MacNair, heredero del laird Callum MacNair.

—¿Y por qué estás aquí, Ewan MacNair?

—Para recuperar una propiedad para mi tío.

Duncan gruñó al oír esas palabras.

—No es una vaca —le susurró al oído a Ewan—. La próxima vez que te refieras a ella como una...

—¿Qué le estás diciendo a Ewan? —preguntó Alex de repente.

Por todo lo sagrado... Duncan apretó los dientes.

—Nada importante, primo.

—¿No?

No podía mentirle a Alex.

—Le estoy recordando al pequeño Ewan que las mujeres no deben considerarse una propiedad, como si no tuvieran alma ni mente propias.

—Algunos hombres estarían de acuerdo con el heredero de MacNair —intervino Mathe, el miembro más anciano del consejo—. Depende de la muchacha de la que estés hablando.

—Mi Nellie es tan dulce como un cordero —gritó un soldado desde una de las mesas con caballetes—. Pero cuando se enfada, se convierte en una osa...

Se oyeron más risas, y esta vez a costa de Duncan.

—La dama en cuestión hará lo que se le diga —afirmó Ewan.

—¿Ah, sí? —replicó Alex mientras la sala se quedaba en silencio—. ¿Estás en posición de hacer exigencias?

—La ley favorece a mi tío —aseguró Ewan con confianza—. Liberad a Iona MacBride y yo la llevaré a casa.

—¿Al castillo de Dunrobin o a Skye?

Ewan no quiso responder, así que Duncan le dio un golpe en la nuca, justo donde Nadir le había golpeado con el garrote.

—Muestra respeto a mi señor.

El heredero de MacNair se giró bruscamente, levantando el puño en señal de desafío.

—¿Quieres pelear?

Duncan empezó a desabrocharse el cinturón de armas.

—¡Duncan! —exclamó Alex, bajando del estrado—. Contrólate.

—Ya me he deshecho de sus hombres, ¿por qué preocuparse por otro cadáver que enterrar?

Duncan se arremangó la túnica.

—Estaré encantado de mandarte al diablo.

Alex suspiró frustrado y se interpuso entre Duncan y Ewan.

—Toma asiento en la mesa principal, Duncan.

Duncan se puso tenso ante la orden. No le gustaba que le dijeran qué hacer como si volviera a ser un muchacho. Además, le apetecía borrar de un puñetazo esa expresión de suficiencia del rostro de Ewan.

—Si no deseas quedarte para la reunión, vete a darte un baño en el lago —sugirió Alex.

Duncan echó un vistazo a la sala. Todos los ojos estaban puestos en él, esperando a ver qué haría. Alex y Duncan tenían una relación volátil a veces, ya que ambos tenían ideas claras sobre lo que era mejor para el clan. Como mano derecha del laird, tal vez a Duncan se le había otorgado demasiado poder. Y Alex ya no era el mismo hombre que había llegado a casa hacía dos años. El matrimonio, y ahora la paternidad, lo habían suavizado un poco, lo habían hecho más parecido a su padre. Duncan reconocía el valor de eso. Su primo había madurado hasta convertirse en un líder capaz.

—Voy a tomar asiento.

Duncan lanzó una mirada amenazante a Ewan antes de darse la vuelta y dirigirse con paso firme hacia la tribuna.

—Bien. Ahora podemos continuar con la reunión. Earvin, trae una silla para nuestro invitado.

Un soldado más joven se apresuró a cumplir las órdenes del laird, llevando una silla a un lugar frente a la mesa principal.

—Si te sientas, Ewan, una de las criadas te traerá un poco de cerveza.

Ewan se sentó y Alex regresó a su asiento en la mesa principal.

Duncan escudriñó las entradas del gran salón. Se había duplicado el número de guardias. Ewan no tenía ninguna posibilidad de escapar.

—Nuestros clanes no tienen ninguna disputa —le dijo Alex a Ewan—. ¿Por qué no me pediste ayuda en lugar de esconderte en mis tierras como un ladrón común?

—Laird MacAllister —respondió Ewan—, ¿no se concede paso seguro a cualquier hombre que esté en paz con su gente?

—Sí. Se permite a pequeños grupos de hombres cruzar nuestras tierras siempre que sigan avanzando y no se sirvan de nuestro ganado.

—Entonces no he traicionado la confianza de nadie.

—Seguiste a lady Iona hasta mi fortaleza y no le dijiste a nadie que estabas aquí.

—Sí. Era necesario para confirmar las intenciones de la muchacha.

—¿Se pone en duda su inocencia?

—No. Su lealtad.

—¿Lealtad? —intervino Mathe—. ¿Hacia quién?

—a mi tío.

—¿Conoce ella a tu tío? —preguntó Alex.

—Los dos nunca se han visto. Pero ella sabe del compromiso, y en las Highlands eso equivale a pronunciar los votos ante el Todopoderoso.

Alex arqueó las cejas.

—¿Sabes por qué huyó la muchacha?

Ewan se encogió de hombros.

—¿Acaso importa? El resultado será el mismo: volverá al castillo de Dunrobin para enfrentarse a su padre y, después, a mi tío.

—Quien no castiga, no cría —espetó Duncan.

Ewan esbozó una leve sonrisa.

—La desobediencia debe corregirse de inmediato, ya se trate de una niña o de una mujer.

Alex carraspeó.

—Los MacAllister no son tan duros con sus mujeres.

—¿Y de qué te ha servido esa indulgencia, Laird MacAllister? Si los rumores son ciertos, su propia esposa deshonró a su clan al huir durante cinco años.

Duncan y varios otros hombres se levantaron de un salto de sus sillas.

Alex levantó la mano.

—Si vuelves a hablar de mi esposa, haré que te azoten y te arrojen a una celda. Puesto que careces de modales y decencia en lo que respecta a las mujeres, creo necesario convocar a lady Iona para que pueda hablar en su propio nombre.

—Tengo curiosidad por saber qué tiene que decir la dama —comentó Ewan.

—Earvin, informa a los guardias de lady Iona de que quiero que la escolten al gran salón. Trae también a su doncella.

—Sí, mi Laird.

El muchacho salió de la sala y Duncan se inclinó hacia Alex.

—Ya le has concedido asilo.

—Te interesas mucho por una mujer de la que te he ordenado que te mantengas alejado.

—Fui yo quien capturó a esa mierda.

—Sí —admitió Alex a regañadientes—. No puedo negarlo. Eres el soldado perfecto, Duncan, con instintos que rivalizan con los de una bestia salvaje. Pero no te sientas demasiado halagado por lo que digo, pues las bestias pueden tener unas habilidades de supervivencia increíbles, pero, cuando se trata del celo, se ven cegadas por la lujuria y gobernadas por sus pollas.

Duncan cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo no haría daño a lady Iona.

—No intencionadamente —replicó Alex.

—Por ningún motivo.

Con un aire tan orgulloso como el de una reina, lady Iona, flanqueada por dos guardias y su doncella, entró en el gran salón, haciendo callar a todo el mundo. Vestida con un traje de lana azul oscuro y con su larga melena dorada trenzada, Duncan imaginó cómo se sentirían sus dulces labios contra los suyos. ¿Se entregaría a él o rechazaría sus besos? Su mirada recorrió perezosamente su figura, desde su esbelto cuello hasta sus orgullosos hombros, y se detuvo donde sus generosos pechos se desbordaban por el escote de su elegante vestido. Llevaba pocos adornos: solo una gargantilla de oro y un anillo de rubí en la mano derecha.

—Buenos días, lady Iona —saludó Alex.

—Laird. —Iona hizo una reverencia.

—Pido disculpas por llamarla desde la comodidad de su aposento tan temprano.

—No pasa nada, mi señor, ya he desayunado.

—Si quisiera mirar al hombre sentado en esa silla. —Alex señaló a Ewan—. ¿Lo reconoce?

Duncan no pasó por alto la vacilación. Sí, solo duró un abrir y cerrar de ojos antes de que recuperara la compostura, pero él lo vio. Lo cual significaba que no le gustaba Ewan.

—Sí, milord. Se llama Ewan MacNair. Es un huésped en el castillo de Dunrobin, enviado como representante del clan MacNair para llevar a cabo los asuntos de su tío con mi padre.

—¿Y cuándo lo conocisteis?

—El día en que mi padre me llamó a su estudio para que firmara el contrato de compromiso con el laird MacNair.

—¿Firmó usted el contrato, lady Iona? —preguntó Alex.

—No.

Ewan maldijo y se puso en pie.

—Es mentira. Tengo aquí mismo una copia del contrato.

La ira se desató en las entrañas de Duncan: ¿cómo podía Alex permitir que esa alimaña insultara abiertamente a lady Iona? Tuvo que luchar para mantener la boca cerrada.

—¿Llevas contigo una copia del contrato? —preguntó Alex, con tono de sorpresa.

—A instancias de mi tío. ¿Te gustaría verla?

—Laird —intervino lady Iona en voz baja, volviéndose hacia Ewan—, nunca firmé ningún contrato.

Ewan la ignoró y le entregó el documento a uno de los guardias de Alex. Alex lo recibió y desató el cordón de cuero que mantenía cerrado el pergamino. Lo desenrolló y lo examinó con atención.

—Como puede ver —prosiguió Ewan—, todas las firmas necesarias están ahí, así como los sellos oficiales del clan MacNair y del clan MacBride.

—Parece legítimo —comenzó Alex—. Pero he aprendido por las malas a no fiarme de todo lo que veo. Mi secretario tiene experiencia en reconocer firmas falsificadas. Matteo.

Duncan sonrió con satisfacción. Alex velaba por el bien de la dama.

—Mi Laird.

Matteo hizo una reverencia.

—Por favor, lleva a lady Iona, a su doncella y a Duncan contigo a mi estudio. Usa todas tus habilidades para demostrar que la reclamación de Ewan es válida.

—No puedo separarme del contrato —insistió Ewan.

—El documento está a salvo —le aseguró Alex—. No permitiré que intimides a mi secretario ni que acoses a lady Iona mientras Matteo completa su trabajo.

—Es inaceptable, señor.

Alex sonrió y llamó a sus dos guardias favoritos.

—Hugh. Bruce. Acompañad a nuestro invitado a una celda y aseguraos de que una de las criadas le prepare una bandeja con comida. Aseguraos de que tenga un lugar limpio donde sentarse y agua de sobra para beber.

—¿Me estás encarcelando?

—No —respondió Alex—. Te estoy protegiendo a ti y a mí mismo.

Después de que los guardias se llevaran a Ewan a rastras, Duncan se volvió hacia su primo.

—¿Quieres que me quede con lady Iona?

—Sí.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—La mirada en tus ojos cuando Ewan la insultó. Creo que eres capaz de protegerla por ahora.

Duncan se puso de pie.

—Gracias, Alex.

Alex asintió y puso la mano sobre el antebrazo de Duncan.

—Ve con cuidado, primo.

Capítulo 5

Una vez sentada en el acogedor salón, Iona esperaba pacientemente mientras el secretario del laird MacAllister trabajaba diligentemente con el contrato falsificado. A su izquierda se sentaba su doncella, y a su derecha estaba el hombre pelirrojo al que había visto por primera vez la noche anterior en el gran salón. Llevaba el atuendo tradicional de las Highlands, una camisa de lino limpia con el tartán negro y azul de los MacAllister. Su mera presencia la hacía sentir segura, aunque sus ojos azules la intimidaban hasta el punto de hacerla retorcerse incómoda en su silla. Intentó evitar su mirada persistente, pero le resultó imposible no mirarlo.

—Gracias —susurró finalmente—. Temía que me hubieran seguido.

Duncan tenía las grandes manos cruzadas sobre el estómago.

—No sé por qué te dejaron escapar.

—Quizá Ewan prefiriera jugar al gato y al ratón conmigo.

Él levantó las cejas pelirrojas.

—No eres precisamente un ratón.

—¿No? —preguntó ella con una sonrisa—. A veces me siento como uno. Una presa insignificante y fácil, rodeada de todos estos hombres que me exigen cosas.

Duncan relajó la postura.

—Soy Duncan MacAllister, primo del laird Alex.

Hizo una reverencia respetuosa.

—Sé quién eres —respondió Iona—. Soy Iona MacBride, la hija del conde.

—Sí. Y, si me permites decirlo, tu padre es un necio por darte motivos para huir de tu hogar.

Ella suspiró, totalmente de acuerdo.

—El dinero y el poder significan más para mi padre que sus propios hijos. No le culpo demasiado; mi abuelo le hizo lo mismo a él.

—Así son los lairds de las Highlands. Algo que llegué a detestar profundamente durante mis viajes por Constantinopla; me recuerda demasiado a los mercados de esclavos.

Sus hermosos rasgos mostraban auténtica repulsión.

—¿Has estado en Constantinopla? —Qué afortunado era por tener tanta libertad—. Cuéntame cómo es, por favor.

—Hace un calor agobiante.

Ella sonrió.

—Si no supieras que la arena dominaba el paisaje al entrar tu barco en el puerto, jurarías que el lugar está hecho de oro.

Se sentó en el borde de la silla acolchada; su sencilla descripción era tan emocionante como él mismo.

—¿Y?

—Los edificios antiguos están tallados en piedra, con amplios arcos y decorados con azulejos de colores. Hay baños públicos y mercados interminables, mezquitas blancas donde los musulmanes adoran a Alá, palacios llenos de riquezas más allá de lo imaginable y...

Hizo una pausa.

—¿Sí?

—Perdonadme, mi señora. Me he distraído.

—No puedes parar ahora.

—¿No? —la miró con curiosidad—. No quiero abrumar tus delicados sentidos.

¿La había confundido con una débil?

—Te aseguro, señor, que soy capaz...

Él sonrió, mostrando unos dientes rectos y blancos y un hoyuelo en la barbilla.

—Mujeres veladas que bailarán para ti cuando lo ordenes.

Sus ojos se abrieron de par en par, fascinados.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. Bailar es muy importante.

—¿Qué tipo de baile?

Se frotó la barbilla.

—No es un baile de las Highlands.

—No lo entiendo.

—Ellas no bailan con hombres.

—¿No? Entonces, ¿cómo...?

Duncan movió las caderas de una manera extraña.

—No puedo hacerlo.

Justo en ese momento, Matteo revolvió unos papeles sobre la mesa y carraspeó.

—¿Qué está haciendo, señor Duncan?

—Intentando mostrarle a lady Iona cómo entretienen los bailarines en el palacio.

Matteo frunció el ceño.

—Quizá la señora prefiera que le hable de la comida o de las ruinas del palacio en el desierto. ¿O tal vez de los beduinos?

—¿Beduinos? —preguntó ella.

—Sí —respondió Duncan—. Un pueblo nómada que recorre el desierto y vive en tiendas.

—Eso no debe de ser muy cómodo.

—No pienses en el tipo de tiendas que usamos nosotros. Esos refugios están hechos de pelo de cabra o de camello y sostenidos por múltiples postes. Los jefes viven en grandes tiendas con almohadas de seda y gruesas alfombras en el suelo. Sus esposas les atienden día y noche, velando por todas sus comodidades. A los invitados se les recibe como a la realeza, se les da de comer carne fresca y fruta, se les ofrece vino y leche de camello endulzada con miel y se les entretiene como a príncipes.

Iona intentó imaginarse a qué se refería, y cuando se imaginó a las hermosas bailarinas de las que Duncan había hablado, se le sonrojaron las mejillas.

—¿Manzanas?

—No —respondió Duncan—. Piensa en todos los colores, tan brillantes como el ala de un pájaro. Granadas. Melocotones. Limones. Las uvas más dulces.

—¿Y qué es una granada? ¿A qué sabe?

Al principio dudó, mirándola fijamente a la boca.

—Es roja y se recoge de un árbol pequeño. Una vez partida por la mitad, hay cientos de semillas pequeñas y jugosas en su interior. Se chupa el jugo de las semillas.

—¿Es dulce o amarga?

—Dulce.

Ella cerró los ojos.

—¿Y un limón?

—Tan amarillo como el sol, de forma alargada. Los niños los comen como golosina, pero yo prefiero exprimir el zumo sobre mi

pescado.

Ella abrió los ojos y miró a Duncan. Una espada larga y varias dagas de diferentes longitudes estaban enfundadas en sus caderas. Era un guerrero, no un poeta. Pero la forma en que describía las cosas, la forma en que pintaba escenas vibrantes en su mente, sugería que era un artista.

—Envidio tus viajes, señor Duncan —comentó ella.

—No lo hagas —replicó él en voz baja—. Por cada cosa hermosa que vi en esas tierras extrañas, algo violento o malvado la ensombrecía.

—¿Cómo los mercados de esclavos?

—Sí.

No le presionaría para obtener más información. Había tenido la amabilidad de entretenerla con historias. Pero algún día, se prometió a sí misma, sabría más, comprendería qué atormentaba al viril hombre que tenía ante sí.

—¿Lady Iona? —llamó Matteo.

—¿Sí? —Se volvió hacia el erudito.

—Si quisiera firmar este pergamino...

—Por supuesto.

Iona se levantó y se dirigió a la mesa. Él le entregó el instrumento ya mojado de tinta, y ella le proporcionó cuidadosamente su firma.

—¿Hay algo más que necesite?

—No. Esto puede llevar algún tiempo.

Miró a Duncan.

—¿Quizá la señora y su doncella quieran tomar un poco de aire?

Duncan asintió.

—Si lo desean...

—Yo sí —respondió ella.

Duncan cruzó la sala y abrió la pesada puerta de madera.

—Las acompañaré a su habitación para que cojan una capa.

Capítulo 6

Duncan decidió averiguar más sobre la dama y su familia. ¿Por qué la única hija de uno de los hombres más poderosos de las Highlands huiría de su hogar porque no le gustaba el matrimonio que su padre había arreglado para ella? Inteligente, reservada y desesperadamente hermosa, lady Iona parecía más que capaz de valerse por sí misma. Sin embargo, Duncan sabía que no todo era lo que parecía. Quizá había oscuros secretos —miedos de los que la dama no tenía más remedio que huir—. Los hombres desesperados cometían actos atroces, a menudo haciendo daño a quienes más amaban.

Si su padre necesitaba forjar nuevas alianzas para salvaguardar sus propiedades, no era de extrañar que eligiera al laird MacNair. Al igual que los MacAllister, los MacNair eran guerreros famosos, con una diferencia: un MacNair apuñalaba a un hombre por la espalda mientras le sonreía a la cara. Algo que Duncan no podía comprender. El honor gobernaba el clan MacAllister tanto como Dios. Y el primo de Duncan, que siempre había sido más como un hermano, presidía su clan con justicia. No existía mejor laird.

Contempló a lady Iona y a su doncella. Una bonita estampa bajo el brillante sol invernal. Si no supiera lo que sabía, Duncan habría jurado que el cabello de lady Iona estaba tejido con el oro más puro, con mechones rojizos. Sus ojos eran de un azul cristalino poco común, y ella no temía sostener su mirada audaz. ¿Acaso esperaba que un hombre no la mirara fijamente? Ningún hombre en su sano juicio podría resistirse. Su mirada descendió hasta su esbelta cintura, perceptible incluso bajo su capa de piel. Supuso que tenía

las piernas largas, pues era una cabeza más alta que la mayoría de las muchachas.

Sus pensamientos volvieron a sus labios color granada, exuberantes y expresivos, el lugar exacto donde deseaba posar su propia boca. ¿Tendría un sabor tan dulce como la fruta? ¿O habría un toque de amargura? No. Sacudió la cabeza. Nada podía estropear el sabor de lady Iona. Incluso su forma de andar delataba cosas de las que Duncan no se atrevía a hablar abiertamente. Por lo que pudo deducir, la dama no era consciente de su superioridad femenina. O, si lo sabía, optaba por mostrarse humilde al respecto, lo cual, en opinión de Duncan, solo la hacía aún más deseable. No le servía de nada la vanidad. Demonios, en realidad, las mujeres no le servían de nada.

Pero lady Iona MacBride podría hacerle cambiar de opinión... si él se lo permitía.

—¿En qué piensas, señor Duncan? —preguntó ella, deteniéndose unos pasos delante de él, sonriendo.

Él hizo un gesto con la mano para restarle importancia a su pregunta.

—En asuntos militares. Nada que una verdadera dama desearía oír.

Ella ladeó la cabeza.

—Ahí es donde te equivocas. Me gustaría mucho escuchar cualquier cosa que tengas que decir.

Duncan respiró hondo. Si ella no intentaba seducirlo con su cuerpo, sin duda lo lograría con su mente. Porque cada palabra que salía de sus sensuales labios lo intrigaba.

—Estamos reclutando nuevos soldados.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió él—. Nunca se tienen suficientes guerreros.

—Mi padre estaría de acuerdo.

—¿Y tú?

Ella lo pensó durante un largo rato.

—¿Tienes pensado declarar la guerra a alguien?

—No.

—¿Ampliar tus propiedades?

Duncan se rió entre dientes.

—¿Qué laird no lo haría si pudiera? A menos que mi primo tenga pensado casarme con una dama que traiga tierras en su dote, hay pocas propiedades que se puedan adquirir en las Tierras Altas del norte.

—Otra observación con la que mi padre estaría de acuerdo. Siempre he animado a mi padre a gastar parte de su riqueza de forma más sensata.

—¿En qué?

—En educación.

—¿En educación? —repitió Duncan—. ¿Para quién?

—Para sus hombres y sirvientes, por supuesto.

Un bonito sueño de una mujer encantadora. El respeto de Duncan por Iona creció aún más, pues ella también tenía un corazón caritativo.

—¿Qué necesidad tienen los sirvientes o los guerreros de leer y escribir?

Los ojos de Iona se fijaron intensamente en su rostro.

—¿Cuántos de tus hombres saben leer y escribir, señor Duncan?

Se frotó la barbilla. Los miembros del consejo. Y el cocinero. Isla y sus doncellas tenían una buena educación.

—Diez, quizá once.

—Y si no estuvieras ahí para supervisar sus necesidades...

—El señor MacAllister es un hombre afortunado. Matteo es un secretario competente y actúa en nombre de Alex en su ausencia.

—Sí —asintió ella—. Pero si tú, o el señor MacAllister y Matteo, estuvierais indispuestos, ¿quién se ocuparía de las necesidades de tus hombres, de tu casa?

—Contamos con un consejo elegido que ayuda a nuestro señor en tales asuntos. Aunque estuviera de acuerdo con su razonamiento, lady Iona, ningún clan podría prescindir de manos capaces para dedicarlas al estudio. Hay demasiado que hacer.

Iona miró a su alrededor.

—Estamos en pleno invierno, maestro Duncan. Las mujeres y los niños pasan la mayor parte del tiempo en casa manteniéndose calientes. Tus soldados entrenan cada mañana, según tengo entendido. Pero, ¿qué se hace el resto del día? ¿Y por la tarde?

—No puedes esperar que un hombre adulto se siente a una mesa después de un duro día de trabajo y se ponga a practicar la escritura.

Iona se cruzó de brazos.

—¿Hay algo más importante?

—Es una pregunta peligrosa —respondió Duncan—. Y aún más traicionera para mí responderla.

—¿Y por qué...?

Confundida al principio, a medida que la respuesta se le hacía evidente, su expresión cambió.

—Relaciones fuera del matrimonio...

Duncan levantó la mano.

—No he dicho nada al respecto.

Las mejillas de Iona se sonrojaron al instante.

—Lo insinuaste, señor.

—No, no lo hice.

—Pero lo hiciste.

Obviamente avergonzada, Iona le hizo una señal a su doncella para que la siguiera por el sendero que conducía al lago. Duncan no pudo contener la risa, y el sonido resonó a su alrededor. Iona se detuvo en seco, lo miró con el ceño fruncido y luego siguió caminando para alejarse de él. Él la dejó ir, dándole espacio para recuperar su dignidad.

Así que la señorita sabía lo que un hombre y una mujer hacían juntos por la noche. Su reacción de doncella le complació enormemente. ¿La habían besado alguna vez? ¿Acariciado? ¿Abrazado? No, era demasiado pura para dejar que un hombre la tocara. Y su padre, sin duda, nunca le permitiría ir a ningún sitio sola.

Por supuesto, ¿qué clase de hombre fantaseaba con acostarse con una doncella como Iona MacBride cuando había una fortaleza llena de doncellas dispuestas?

—Yo —murmuró mientras caminaba para alcanzar a las mujeres.

Ninguna mujer común serviría para Duncan. Por sus venas corría sangre noble. Su amada madre, lady Mary, era una prima lejana del rey Eduardo IV de Inglaterra. Un hecho que tanto benefició como perjudicó a Duncan en diferentes momentos de su vida. Su padre nunca le había dejado olvidar su conexión con el trono inglés, pero cuando estaba enfadado con su madre, su progenitor lo utilizaba en su contra —llamándole bastardo inglés en quien nunca se podía confiar— o negándole su derecho de nacimiento como highlander legítimo.

Ahora que sus dos padres habían fallecido, eso importaba poco. Pero las palabras duras dolían más que los cortes de una espada. Y, en sus momentos más oscuros, Duncan recordaba las palabras de su padre como si las hubiera dicho ayer mismo.

Encontró a Iona sentada en una roca cerca de la orilla del agua helada.

—Te he ofendido.

Ella no lo miró, sino que contemplaba el otro lado del lago.

—Este es un lugar salvaje —observó—. Indómito e impredecible.

—¿Esperabas algo diferente cuando viniste aquí?

—No esperaba nada, señor Duncan.

Entonces se volvió hacia él.

—He vivido una vida privilegiada, arropada en el lujo y con poco contacto con el mundo real. El mero hecho de poder elegir dónde sentarme me resulta extraño. No hay un regimiento de hombres a la vista ni un grupo de ancianas siguiéndome a todas partes. Soy libre de decir lo que pienso, de respirar aire fresco... incluso de rechazar lo que desee.

—Y si pudieras rechazar cualquier cosa, señora, ¿qué sería?

—Una pregunta tan peligrosa como la que yo te hice.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Duncan.

—Quizás. Y no espero que respondas.

—Oh, pero quiero hacerlo.

Esperó pacientemente a que ella hablara.

—Creo que hay dos cosas que rechazaría si se me diera la oportunidad.

—¿Sí?

—Mi nombre. Y laird MacNair.

—Buenas elecciones —aprobó él—. Y, si fueras simplemente Iona de las Highlands, ¿qué harías primero?

—¿No te toca a ti responder a una pregunta?

—Muy bien —concedió él—. No oculto nada.

—¿Qué harías si fueras simplemente Duncan de las Highlands?

—Bueno, eso depende, lady Iona.

—¿De qué?

—De si en ese momento eres una MacBride o simplemente Iona de las Highlands.

Ella tragó saliva con dificultad y entrecerró los ojos.

Duncan sabía que no debía hablar con tanto descaro, sobre todo delante de la doncella que su primo había designado para cuidar de lady Iona. Pero el tiempo que pasaban a solas era escaso. Y, si no expresaba su atracción, si no le hacía saber que entre ellos había surgido una chispa de algo indescriptible, quizá no tuviera una segunda oportunidad para hacerlo.

—Iona de las Highlands —susurró ella.

Duncan se acercó a donde ella estaba sentada, flexionando la mano izquierda, luchando contra el impulso de tocarla, solo una vez. De acariciar uno de sus rizos dorados, de rozar su suave mejilla. De inhalar su aroma.

—Te besaría.

Iona se apartó nerviosamente el pelo trenzado del hombro izquierdo al derecho. Y Grisel, la criada, chasqueó la lengua en señal de desaprobación, pero no dijo nada mientras les daba la espalda y fingía estar interesada en algo a lo largo de la orilla.

—¿Besarme? —preguntó Iona sin aliento.

Él asintió, tan cerca de ella que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Ahora me debes una respuesta, Iona de las Highlands. ¿Qué harías con tu recién estrenada libertad?

—Dejaría que me besaras —respondió ella con tanta audacia como él, sin que su confianza vacilara ni un instante, sin apartar los ojos de los suyos.

Su respuesta envió una onda expansiva de deseo por su cuerpo, obligándole a tragarse las palabras que deseaba decir. Duncan cerró los ojos, imaginando cómo sería tenerla en sus brazos, tumbarla debajo de él, desnuda y dispuesta, sin inhibiciones y...

—Duncan.

Una voz masculina lo arrancó de su ensoñación.

Dios. ¿Quién se atrevía a entrometerse en su preciado momento con lady Iona?

Matteo saludó con la mano mientras bajaba por el sendero.

Duncan miró a Iona con pesar. Había esperado demasiado para reclamar esa dulce boca, pero encontraría otra forma de quedarse a solas con ella. Sin Grisel siguiéndola. Donde Matteo no pudiera interrumpirlos. Donde su primo nunca se enterara.

Capítulo 7

—La firma es una falsificación —confirmó Matteo mientras regresaban al salón.

Duncan frunció el ceño.

—Entonces, Lady Iona no es una mentirosa.

Matteo le lanzó una mirada sombría.

—¿Alguna vez pensaste que lo era?

—Ya no sé qué pensar —gruñó, todavía irritado por la oportunidad perdida de besar a Iona—. Hay mentirosos de todo tipo: hombres y mujeres.

—Quizás —afirmó Matteo—. Pero no las bellezas de cabello dorado que han buscado refugio en tu hogar. ¿De qué le serviría el engaño a una dama en circunstancias desesperadas?

Duncan podía pensar en muchos usos: convencer a todos de que estaba en peligro, arrojar a su padre a la sombra de la duda...

—Mi respuesta no importa. Tú has confirmado su afirmación. Ella no firmó ese contrato, y el bastardo que está sentado en esa celda se merece una paliza por mentirnos a Laird Alex y a mí.

—Espera.

Matteo le agarró del hombro.

—¿Qué?

—Estás perdiendo el control, Duncan.

En negación, Duncan se sacudió a Matteo.

—No hay nada por lo que perder el control. Me han pedido que proteja a lady Iona. Eso incluye su honor. Ewan la ha insultado, la ha acusado falsamente de mentir en público. Hay que tratarlo con severidad, darle una razón para pensárselo dos veces antes de que intente arruinar su reputación de nuevo.

Matteo sonrió.

—Has demostrado que tengo razón, Duncan. No me ha costado mucho darme cuenta de la atracción que hay entre vosotros dos.

—Llevas demasiado tiempo encerrado en ese solárium. Un poco de aire fresco debería despejar tu confusa mente italiana.

—Lo único que nunca se confunde es mi mente. Todo el mundo puede verlo, Duncan. Alex también.

—Entonces, ¿por qué me confiaría a mí su protección?

—Porque darías tu vida por proteger a cualquiera que estuviera a tu cargo. Incluso a una mujer hermosa con la que te gustaría acostarte.

Sin pensarlo, Duncan agarró un puñado de la capa del erudito y lo sacudió.

—Si pudiera, te subiría a uno de los barcos de mi primo y te enviaría de vuelta a Roma, donde perteneces. ¿No estarías más cómodo paseando por tus jardines? ¿Prensando uvas con los pies descalzos y bebiendo vino dulce?

Matteo se rió entre dientes.

—Los campesinos prensan el vino. Yo soy un hombre culto, aunque un paseo bajo el cálido sol estaría bien en pleno invierno.

—Lo siento.

Duncan lo soltó.

—No puedo negar lo que dices; quizá lo hayas expresado con demasiada claridad para mi gusto.

—Lady Iona es una mujer extraordinaria.

—Sí. Lo suficiente como para hacerme replantearme todo.

—Debes ocultar tus sentimientos por ahora. Ya tiene suficientes peligros acechándola. Y si algo sé, el conde de MacBride la mandará llamar; es una baza demasiado valiosa como para olvidarla. Aunque los lairds de las Highlands prefieren a los hijos varones, es a través de sus hijas como obtienen más poder mediante sus tochars.

Duncan se maravilló del conocimiento que Matteo tenía de su gente.

—Alex tiene suerte de tenerte a su lado.

Matteo hizo una reverencia.

—También estoy a tu servicio, Duncan. Tú eres su mano derecha, no lo olvides nunca.

Duncan asintió y recorrió el resto del camino hasta la fortaleza con Matteo. Iona y Griselda se habían adelantado. En cuanto entró en el gran salón, vio a Alex y al consejo sentados en la mesa principal.

—¿De qué se trata?

—Ya le he comunicado la noticia al Laird —dijo Matteo—. Ahora espera tu opinión sobre qué hacer con la dama y Ewan MacNair.

Duncan le dio un apretón en el antebrazo al erudito en señal de agradecimiento y luego dirigió su atención a Alex.

—¿Qué te ha retenido? —preguntó Alex mientras Duncan ocupaba el asiento junto a su primo.

—Lady Iona estaba disfrutando de su paseo.

—¿Se encuentra a gusto aquí?

—Sí —le aseguró Duncan—. Teme lo desconocido, como cualquier mujer debería. Su padre es impredecible y es probable que nos cause problemas.

—Problemas que no necesitamos ni merecemos —se quejó Mathe.

Duncan puso los ojos en blanco ante el miembro de mayor edad del consejo. Aunque respetaba mucho al hombre, pues había demostrado su valía con sabios consejos y podía manejar la espada mejor que la mayoría de los hombres que tenían la mitad de su edad, Mathe refunfuñaba sin cesar como una anciana si algo no le gustaba.

—¿Entonces enviarías a lady Iona de vuelta con su padre? —preguntó Duncan.

—Actuaría en el mejor interés de este clan.

—¿A costa de hacernos parecer cobardes?

Duncan se mordió la lengua, dándose cuenta de que había hablado con demasiada dureza, con demasiado tono acusador.

—No somos rivales para los MacBride. —Mathe cruzó los brazos y miró a Duncan con el ceño fruncido.

—Tus dudas me hacen preguntarme si apoyas a este clan de todo corazón, Mathe. En cuanto a ti, Duncan, la palabra cobarde no debería estar en tu corazón ni en tu mente. No les hacemos frente en número —dijo Alex—, pero somos ingeniosos, estamos dispuestos a correr más riesgos que el conde saciado. Se ha vuelto perezoso, dejando que otros hablen por él mientras se atiborra de carne y vino.

—Y tú harás lo mismo en tu vejez —añadió Mathe—. Ahora luchas por nuestro futuro, pero una vez que hayas logrado todo lo que te propones...

Alex interrumpió a su consejero con una carcajada profunda.

—Tienes una imaginación desbordante, viejo amigo. Nunca descuidaré a mi clan ni haré recaer el peso de mis obligaciones sobre los hombros de otro hombre.

—Sí —dijeron al unísono los demás miembros del consejo.

—Llegará el día —insistió Mathe en su opinión.

—Dios me ha bendecido con un hijo sano. El día que me vuelva demasiado débil para representar a este clan será el día en que ponga a John en esta silla.

—¿Por qué estamos discutiendo esto? —preguntó Duncan—. ¿No nos hemos reunido para debatir el destino de lady Iona MacBride?

—Sí —dijo Alex—. ¿Qué opinas, Duncan?

—Después de pasar tiempo con ella, y una vez que Matteo confirmó que no firmó el tochar al que su padre la obligó, creo que teme por su vida si se casa con el laird MacNair. Los rumores sobre la muerte de sus antiguas esposas, todas jóvenes y fuertes, me preocupan. Pido humildemente a este consejo que falle a favor de conceder a Lady Iona asilo durante todo el tiempo que desee quedarse.

Duncan se recostó en su silla, estiró las piernas y esperó a ver qué dirían sus compañeros.

Aunque Iona había escapado por su cuenta, el conde de MacBride aún podía acusar a los MacAllister de secuestro, posiblemente ganándose el favor de la corona y provocando que se presentaran cargos formales contra el laird Alex.

Ojalá Iona MacBride fuera Iona de las Highlands, la mujer a la que Duncan quería besar... a la que quería conocer.

—Entiendo la obligación que sientes hacia la dama —dijo Keith MacAllister con simpatía a Alex—. Lady Isla huyó de nuestra fortaleza y buscó refugio con los MacBride hace siete años. Por lo que me han contado, fue Iona quien convenció a su padre para que fuera caritativo con tu esposa.

—Sí —afirmó Alex.

—¿Y qué clase de hombres seríamos si rechazáramos a una mujer indefensa en un momento de necesidad? —preguntó Keith, mirando a cada uno de los miembros del consejo—. Sin embargo, no

repitamos la historia, esa historia que dañó a nuestro clan. Hay que enviar una misiva al conde.

—¿Con qué propósito? —preguntó Duncan.

Mathe levantó las cejas pobladas con sorpresa.

—De todos los hombres sentados a esta mesa, me sorprende tener que recordártelo, Duncan.

—Laird MacLeod —dijo Duncan, soltando un suspiro de frustración.

—Sí. Durante cinco largos años, aquel hombre se consumió por Lady Isla, sin saber si estaba viva o muerta. No importa qué tipo de hombre sea el conde, sigue siendo su padre. Es nuestra responsabilidad informarle de que está a salvo.

—Abre las puertas de par en par e invita a entrar a los malditos soldados del conde —espetó Mathe—. Eso es lo que pasará si envías esa misiva.

—Eres demasiado crítico con todo lo que discutimos, Mathe —replicó Duncan—. Si no aprendemos nada del pasado, no merecemos vivir.

—Pues vive de rodillas, entonces.

Duncan se levantó de un salto de la silla y apartó la pesada mesa.

—Llevaré a la dama a mi propia casa.

—¿Vivir de rodillas? —preguntó Mathe, poniéndose de pie—. Yo luchaba por este clan cuando tú aún mamabas del pecho de tu madre.

—¡Duncan! ¡Mathe! —advirtió Alex.

Duncan ignoró a su primo.

—Admite que temes las represalias del conde si mantenemos a su hija aquí.

—No —espetó Mathe—. No le temo a nadie ni a nada. Lo que me preocupa es el futuro de este clan, de nuestros hijos y nuestras mujeres. ¿Cuántos murieron hace dos años en los ataques a la aldea del oeste? ¿Te acuerdas? ¿Del señor John? ¿Tu pariente?

—Me acuerdo.

Duncan se frotó la cara.

—Razón de más para ayudar a lady Iona. No echas tus perlas a los cerdos.

Bajó del estrado y se sirvió una taza de cerveza de una jarra que había en una de las mesas de abajo. Tras dar un trago largo, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Desde cuándo un montañés duda de lo que es moralmente correcto?

Miró fijamente a Mathe.

—Moralmente correcto —repitió Mathe—, pero estratégicamente irresponsable.

Duncan no entendía la vacilación de Mathe a la hora de ayudar a Iona. Su cobardía enfureció a Duncan. La palabra que Alex quería borrar de su mente y su corazón, una palabra que solo hoy había asociado con Mathe.

— ¡Que el diablo te alcance!

En lugar de reaccionar airadamente ante la maldición de Duncan, Mathe sonrió como un perro salvaje.

—¿Deseas que me sobrevenga el mal? Me parece que un demonio con vestido ya ha ensombrecido tu conciencia, Duncan MacAllister.

Dicho esto, Mathe se retiró del gran salón.

Capítulo 8

-¿Qué has oído en el gran salón, Grisel? —preguntó Iona a su doncella al regresar a la alcoba que compartían.

Grisel dejó la bandeja con comida y vino sobre la mesa más cercana.

—No me obligue a decirlo, lady Iona. Hay cosas que es mejor dejar sin decir.

Si Grisel pensaba que estaba ayudando al decir esas palabras...

—¿Con qué frecuencia se reúne el consejo?

—Una vez a la semana —respondió Grisel—. Y siempre que haya asuntos importantes que discutir sobre el clan.

Iona asintió; lo entendía.

—¿Soy yo la razón de esta reunión?

—Sí.

—¿Y varios de los hombres quieren que me vaya?

—¡No!

Grisel se apresuró a acercarse y puso sus manos sobre las de Iona.

—Nunca dude del cariño y el aprecio que mi Laird siente por usted. Todas las mujeres estamos de acuerdo en que es bienvenida aquí. Ayudó a nuestra señora y, por eso, le estaremos eternamente agradecidas.

Iona sonrió con calidez.

—Tengo muchas ganas de ver a Isla.

Había pasado demasiado tiempo. Y había tanto que decir, tantas preguntas que hacer.

—Cuéntame otra vez de los niños.

Se sentó en una de las sillas de respaldo alto frente a la chimenea, agradecida por el fuego crepitante. Le ayudaba a ahuyentar el miedo gélido de su mente y su cuerpo, el miedo que la había atenazado desde que se escabulló del castillo de su padre y montó a caballo para cabalgar lejos para siempre.

—Me encanta hablar de los pequeños —afirmó Grisel.

—Bien. Entonces acompáñame. Tráenos una copa de vino a cada una.

Iona dio una palmadita a la silla vacía frente a ella.

—¿Mi señora? —Grisel no entendía.

—Siéntate conmigo.

—No. No podría.

—Es una orden directa.

A regañadientes, sirvió dos copas de vino, le ofreció una a Iona y luego se sentó en la silla, sosteniendo su copa entre las rodillas.

—¿Nunca te has sentado con tu señora en un día solitario y frío?

—No.

—Que sea nuestro secreto, entonces.

—Si así lo desea, lady Iona.

—Lo deseo. Ahora, ¿qué hay de John y Rebecca?

Grisel tomó un sorbo de vino con cautela.

—Ambos tienen el pelo negro y espeso y los ojos azules.

—¿No tienen todos los bebés los ojos azules?

—Sí —confirmó la criada—. Pero contamos con que el color no cambie.

—Creo que me dijiste que John tiene las manos inusualmente gruesas para un niño.

—En efecto, así es. Crecerá fuerte como su padre y manejará la espada con facilidad para proteger a nuestro clan.

—¿Y si el joven heredero de los MacAllister hubiera nacido para ser sacerdote o para dedicarse a los estudios?

Grisel tomó otro sorbo del vino dulce.

—El Laird no necesita un sacerdote, necesita un luchador, un heredero que ocupe su lugar.

Iona sonrió dulcemente.

—Estoy segura de que lady Isla ha honrado al Laird con un hijo viril.

—Y una hija perfecta.

—¿Crees que habrá más hijos?

—Sí. Por la forma en que el Laird ama a mi señora... Le he oído decir que, si un hombre se mantiene alejado de la alcoba de su dama durante demasiado tiempo, el diablo va tras él.

Iona suspiró.

—¿Qué le preocupa, lady Iona?

—Estoy encantada por mi amiga, por fin ha encontrado la felicidad. Pero yo... No es nada que merezca la pena comentar.

Grisel negó con la cabeza.

—Sois la hija del conde, una dama poderosa por derecho propio. ¿No deberíais tener lo que tiene lady Isla?

—Si tuviera un padre al que le importaran los asuntos del corazón. O al menos estuviera dispuesto a concertar un matrimonio en el que el amor fuera posible con el tiempo.

—El laird MacNair es un asesino de mujeres —susurró Grisel—. ¿Sabía que una de las muchachas que compró para casarse se tiró por un acantilado una semana antes del día de su boda?

Un escalofrío violento recorrió la espalda de Iona. No había oído eso antes. Pero los rumores no significan la verdad.

—¿No? ¿Quién era esa pobre alma?

—Una plebeya de las tierras fronterizas. Una muchacha guapa cuya madre había dado a luz a doce hijos. Esa fue la única razón por la que el laird MacNair buscó a la muchacha para casarse con ella. Estaba dispuesto a renunciar a la dote con tal de asegurarse un heredero.

—Y hasta el día de hoy, Ewan MacNair, su único sobrino, sigue siendo su heredero.

—Sí. A menos que usted tenga un hijo.

La idea de meterse en la cama con una bestia tan cruel hizo que el corazón de Iona se convirtiera en hielo. Preferiría arder en las llamas del Hades antes que arriesgarse a casarse con Callum MacNair.

—¿Entiendes ahora por qué debo saber de qué hablaban los hombres abajo? Si era sobre mí...

—Solo un hombre habló en su contra.

Iona tragó saliva, intentando adivinar. Seguramente no era Duncan, pues no podía negar la forma en que él la miraba —la forma en que se lamía los labios con anticipación cada vez que había una oportunidad de que se besaran—. Y cómo lo deseaba ella: que aquel guerrero fornido se arriesgara a darle un beso, para darle un recuerdo feliz a cambio de la molestia de huir de Dunrobin. Si se veía obligada a casarse con el MacNair, el beso con Duncan le daría algo a lo que aferrarse, algo con lo que fantasear mientras el laird MacNair se salía con la suya.

Puede que él pudiera dominar su cuerpo, pero sus pensamientos íntimos le pertenecían a ella.

—¿Duncan? —susurró.

—¿El señor Duncan?

Grisel chasqueó la lengua.

—Sería más fácil hacer sangrar una roca que conseguir que ese hombre hable mal de usted.

—¿Qué quieres decir?

Iona levantó la cabeza de golpe, mirando a la criada con sorpresa.

—Lady Iona —explicó Grisel—, escuché por casualidad lo que le decía en el lago.

Los hombros de Iona se hundieron, pues no podía negar su culpa por hablar tan descaradamente con un hombre al que apenas conocía.

—Lo siento.

—No lo sienta. Ha atraído al mejor protector de las tierras de los MacAllister, con la excepción de nuestro Laird, por supuesto. Al señor Duncan no le caen bien las mujeres fácilmente.

—¿No?

La curiosidad le invadió la mente, quizá incluso un atisbo de celos. ¿Qué tipo de mujer le gustaba a Duncan? Sería intrépida y hermosa, por supuesto, todo lo que Iona no era: todo lo que deseaba ser.

—Muchas han intentado conquistar su corazón, pero ninguna lo ha conseguido.

—¿Y tú?

—¡No, señora!

—¿Y por qué no? Eres una chica guapa... e inteligente.

Grisel mantuvo la cabeza alta.

—Gracias, pero me reservaré para el hombre adecuado. Una promesa que hice a mi madre y a mi padre hace mucho tiempo.

Iona se inclinó para acortar la distancia entre ellas y le dio una palmadita en la mano a la doncella.

—Eres una mujer cumplidora, Grisel. Me aseguraré de que el laird Alex sepa qué servidora tan fiel tiene en ti.

—Gracias, lady Iona.

Un golpe en la puerta puso fin a su conversación, y Grisel se levantó de un salto.

—¿Voy a abrir?

—Sí.

Pero la puerta se abrió antes de que Grisel llegara a ella, y Isla entró en la habitación.

Iona dio un gritito de alegría y se puso de pie.

—Querida Isla, ¿por qué te has levantado de la cama?

Isla cerró la puerta y luego sonrió a su amiga.

—No me he roto los huesos, Iona; he dado a luz. La comadrona me recomendó dar un pequeño paseo, así que decidí venir a verte.

Iona se abalanzó sobre ella y la abrazó con fuerza.

—Estás más guapa y más femenina de lo que recuerdo.

Isla también se aferró a su amiga.

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti.

Iona se apartó, manteniendo a Isla a un brazo de distancia para poder verla con claridad.

—¿Gemelos?

Iona acarició suavemente el vientre de Isla.

—Sí. Ambos duermen profundamente. John y Rebecca.

—Por favor.

Iona tomó a Isla de la mano y la condujo a una de las sillas junto al fuego.

—Siéntate conmigo. Grisel, una copa de vino para lady Isla.

Una vez que Isla estuvo cómoda, Iona se sentó.

—El laird es un hombre apuesto. Eres más afortunada que muchas mujeres por haber conseguido tal pareja.

—Dios nos dio a ambos una segunda oportunidad. Y nuestros bebés...

Las lágrimas le humedecieron los ojos.

—Al principio nos odiábamos, creo. Había tantas cosas sin resolver entre nosotros. Y, cuando Alex y mi familia descubrieron dónde había estado...

—Sí. Mi padre no es amigo de muchos de los clanes de las Highlands. Le temen en lugar de respetarlo.

—¿Entonces nada ha cambiado en el castillo de Dunrobin?

Iona negó con la cabeza.

—Si acaso, se ha vuelto más terco, más egoísta.

—Pero te quiere profundamente.

—Siempre y cuando obedezca sin cuestionar.

—Siempre lo has hecho.

—Hasta hace una semana —confesó Iona—. Incluso yo, la hija dócil y callada, tengo un límite.

—Aquí estás a salvo.

—Quizá no. Uno de los hombres del consejo no quiere que me quede.

—¿Quién? —preguntó Isla.

—No sé su nombre.

—¿Cómo te has enterado de esto?

Iona se encogió de hombros.

—Rumores.

Isla vació su copa de vino y se puso de pie.

—Tenemos que ir a averiguarlo.

—¿Qué? —exclamó Iona, horrorizada ante la perspectiva de entrometerse en los asuntos de los hombres.

—No te desmayes, Iona —la reprendió Isla en voz baja—. Las cosas se hacen de otra manera en el clan MacAllister. Yo también tengo voz en asuntos tan cercanos a mi corazón.

—Pero...

Isla agarró la mano de su amiga y la arrastró fuera de la habitación y por las escaleras de piedra.

—Sé valiente, muchacha.

Si Iona quería desmayarse, sería ahora, en el momento en que ella e Isla irrumpieran en el gran salón, donde se oía a los hombres hablar acaloradamente. En cuanto el laird Alex vio a su esposa, se puso de pie, al igual que los demás hombres.

—¿Isla? ¿Qué haces fuera de la cama?

—Laird MacAllister.

Isla hizo una reverencia.

—Me ha llegado a los oídos que el consejo podría denegar el asilo a mi amiga y hermana.

—No.

Alex rodeó la mesa alta y bajó del estrado.

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—Espera, mi Laird. Por favor, no te acerques más. Primero quiero una respuesta.

Isla miró a los hombres sentados en la mesa alta.

—¿Es alguno de vosotros el culpable?

—Isla... —intentó tranquilizarla Alex con su voz suave—. Quienquiera que te haya dado esa información se ha equivocado.

Miró a Iona.

—¿Te encuentras bien, lady Iona? Estás pálida.

—Iona... yo...

—No está acostumbrada a decir lo que piensa delante de tanta gente, así que he decidido ser su voz de la razón, su defensora si es necesario.

—No hay necesidad de eso.

Duncan apareció al lado de Iona.

—Isla.

Se inclinó y le besó la mejilla con sincero afecto.

—Ten por seguro que lucharé por la dama y la mantendré a salvo.

Isla sonrió a su primo política.

—Te lo agradezco y me alegra que te hayas interesado por lady Iona.

Animó a Iona a decir algo.

—Aquí estás a salvo, Iona.

—Gracias, señor Duncan, Laird. Estoy...

Una espesa niebla se apoderó de la mente de Iona y, de repente, sintió las piernas anormalmente pesadas... temblorosas. El último rostro que Iona vio antes de desmayarse fue el de Duncan.

Capítulo 9

Duncan cogió a lady Iona antes de que cayera al suelo. Acunándola en sus brazos, la llevó hasta la chimenea principal y la dejó en uno de los sillones acolchados, el mismo lugar donde la había visto por primera vez. Arrodillándose a su lado, le palpó la mejilla y la frente para ver si tenía fiebre. Al tacto, estaba inusualmente fría en lugar de caliente. Preocupado, miró a Isla en busca de respuestas.

—No lo sé —respondió Isla, tan preocupada por Iona como él—. Visité su habitación brevemente y la animé a que bajara conmigo. Quizá actué con demasiada precipitación, pues ella siempre ha sido de voz suave.

Alex abrazó a su esposa por detrás, atrayéndola hacia su pecho, y apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—No te culpes, Isla. Tu intención era buena. Mathe es el único que ha expresado alguna preocupación por la estancia de lady Iona aquí. Sus preocupaciones son válidas, pero, como sabes, tengo derecho a invalidar la decisión del consejo si lo considero oportuno. En este caso, la votación fue casi unánime: Lady Iona es bienvenida mientras desee quedarse.

Isla se giró en los brazos de su marido.

—¿Sí?

—Sí —afirmó Alex.

Duncan sonrió cuando Isla lo abrazó con fuerza.

—Gracias. Será mejor que la lleve a su habitación, necesita descansar.

Justo cuando Duncan estaba a punto de ofrecerse a llevarla arriba, Iona abrió los ojos, con expresión de confusión en su bonito rostro.

—¿Qué ha pasado?

Duncan le tomó la delicada mano entre las suyas.

—Te desmayaste por el esfuerzo excesivo, creo.

Iona lo miró a los ojos.

—No lo recuerdo... Dios mío. La idea de enfrentarme al consejo me abrumó.

Se incorporó.

—Por favor, no pienses que soy tan delicada, Duncan. Soy perfectamente capaz de valerme por mí misma.

Duncan dio un paso atrás, pero no le soltó la mano. Llevaba tiempo buscando una excusa para tocarla, para demostrar que entre ellos había surgido una profunda atracción. No negaría el destino, pero haría todo lo que pudiera para luchar contra él si el resultado no satisfacía sus necesidades. Y en ese inocente momento en que le sostenía la mano, su interior ardía de deseo.

Iona probó sus piernas, poniéndose de pie lentamente, apoyándose en la fuerza de Duncan para mantenerse firme.

—Perdóname por perturbar una vez más la paz de su hogar, Laird MacAllister.

—No te disculpes —intervino Alex—. Antes de que mi esposa te trajera al gran salón, el consejo votó a favor de concederte asilo. Y no podría estar más feliz de ofrecerte un hogar. Aunque la fortaleza de los MacAllister carece del lujo del castillo de Dunrobin, mi gente es amable y acogedora. Pide lo que necesites.

Lady Iona hizo una profunda reverencia, inclinando la cabeza en señal de gratitud.

—Gracias, Laird. ¿Hay alguna condición previa para mi estancia aquí?

Se enderezó, sosteniendo su mirada firme.

—¿Una condición previa?

—Sí —respondió Iona—. Creo que mi padre lo consideraría un precio a pagar por vuestra generosidad.

Alex miró a su esposa y a Duncan, y luego volvió a mirar a Iona.

—Creo que sois una MacBride, lady Iona.

—Mi padre es un hombre astuto, acostumbrado a conseguir lo que quiere.

—Si debéis referiros a ello como una condición previa, sí, hay una.

Iona asintió.

—Dentro de un mes, enviaré una misiva a tu padre para hacerle saber que estás viva y bien. El consejo y yo coincidimos plenamente en que ningún padre debería quedarse sin saber nada de su hija.

Iona contuvo el aliento con recelo.

—No se preocupe. Si envía todo el poder de su ejército a rescataros, mis hombres lucharán para protegerla.

Duncan observó cómo el color volvía a desaparecer del rostro de Iona. La conmoción de su situación, la dura cabalgada desde Dunrobin y, tal vez, la angustia de echar de menos a su familia, aunque ella lo negara, le habían pasado factura.

—Creo que lo mejor es que descanses ahora —indicó Duncan.

—Sí —asintió Isla, colocando una mano sobre el hombro de Iona—. Subamos juntas. Podemos visitar a los niños y a su niñera después de que descanses.

Mientras Duncan veía partir a las mujeres, sacudió la cabeza.

—Si la entregan en matrimonio al laird MacNair, estará muerta en menos de quince días.

—¿No crees que es lo suficientemente fuerte como para soportar a un demonio como MacNair?

—No creo que ninguna mujer pudiera sobrevivir una noche en su maldita cama.

—¿Estaría Lady Iona mejor en la tuya?

Duncan abrió la boca para decir algo en su defensa, pero la cerró rápidamente. Alex era su laird y su primo. Lo conocía mejor que nadie y no podía mentirle, aunque quisiera.

—Sí.

—Solo lleva aquí dos días.

—No he dicho que quisiera casarme con la muchacha.

Alex soltó una risita.

—No hace falta.



Frustrado por los acontecimientos del día, tras la cena, un Duncan muy ebrio se escabulló hasta las entrañas de la fortaleza, donde dormía Ewan MacNair. Varios guardias estaban de guardia y lo saludaron.

—¿Ha dicho algo el bastardo?

El joven Remus asintió.

—No ha dejado de hablar.

—Dame la llave de su celda y ve al gran salón a por un poco de cerveza.

—Pero, Laird... —comenzó otro guardia.

—Yo me encargaré de mi primo. Y soy más que capaz de mantener a Ewan a salvo.

Remus miró a Ewan y luego a Duncan.

—Ha maldecido a la señora, la ha llamado puta sin valor. Si tuviera derecho a romperle el cuello, lo haría.

Después de que los soldados se marcharan, Duncan desenvainó una de sus dagas y empezó a golpearla contra los barrotes metálicos de la celda de Ewan. Despertado sobresaltado por el ruido, Ewan se incorporó en su jergón elevado y se quedó mirando a Duncan.

—¿Dónde se han ido los guardias? Tengo hambre y sed.

Duncan le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Mentiste sobre Lady Iona.

—No lo hice. ¿Y quién eres tú para acusarme de nada?

Ewan se puso en pie.

—Exijo una audiencia con el Laird MacAllister.

—Denegada —gruñó Duncan—. Si tienes algo que decir, te escucharé.

Se sentó en un taburete de tres patas situado a solo unos metros de la puerta de la celda y sacó un odre de vino de entre los pliegues de su capa. El maldito frío de la mazmorra siempre le daba sed de alcohol. Descorchó el odre y bebió con avidez.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Ewan.

—Para verte retorcerte como el gusanito que eres.

—Si no hubiera barrotes entre nosotros, no hablarías con tanta imprudencia.

Duncan gruñó.

—¿La forma en que maldices a una mujer indefensa?

—¿De qué estás hablando? Estás borracho.

—¿No acabas de llamar puta a lady Iona?

Ewan se acercó al frente de la celda, entrecerrando los ojos para ver a Duncan a la tenue luz de la antorcha.

—Simplemente describí a la mujer tal y como sé que es. Está prometida con mi tío y se ha fugado. Solo una cosa podría llevar a una noble a abandonar la seguridad de su hogar en mitad de la noche, sola. Tiene un amante. Y antes de que mi tío cometa el error de casarse con ella, la desenmascararé para que se vea tal y como es.

Duncan se puso en pie; las palabras condenatorias de Ewan sobre Iona eran una llamada a la batalla en su mente.

—Para un hombre sensato, Lady Iona hizo lo que cualquier pobre muchacha en su situación haría: huir tan lejos como pudiera de tu diablo de tío lo más rápido que pudo.

Ewan le mostró el puño a Duncan.

—¿Por qué faltas al respeto al laird Monroe de esa manera?

—Tengo más derecho a menospreciarlo que tú a cuestionar la castidad de Lady Iona.

Aunque se tambaleaba un poco, Duncan se desabrochó el pesado cinturón de armas y lo dejó caer al suelo. Levantó la llave de la puerta de la celda para que Ewan pudiera verla.

—Esta es tu única oportunidad de recuperar la libertad, Ewan MacNair.

—¿Qué... qué quieres decir exactamente?

La voz del hombre temblaba mientras miraba la llave.

—Me encuentro en una grave desventaja en este momento —continuó Duncan—. Borracho y fuera de mí por la lujuria. Me convierte en un blanco fácil, ¿no es así?

Se rió entre dientes.

—Pero el alcohol también me hace más intolerante con hombres como tú.

Hizo una pausa, introdujo la llave en la cerradura de la puerta de la celda y esperó a oír el clic que indicaba que se abría.

Ewan se dio cuenta de lo que pasaba y retrocedió desde la entrada de la celda, escondiéndose en las sombras lo mejor que pudo.

—La luz brillará en la oscuridad.

Duncan abrió la puerta y entró dentro de la celda.

—No te acerques a mí —gritó Ewan.

Duncan ignoró su débil orden, su voz cobarde.

—Te liberaré si consigues derribarme.

—¿Derribarte?

Duncan se detuvo y miró fijamente a Ewan. No era ni demasiado grande ni pequeño, delgado, con ojos pequeños y brillantes y pelo negro; en realidad, se parecía a un cuervo desnutrido.

—¿Alguna vez has peleado con un hombre?

—¿Con una espada?

—Con los puños.

—No.

Duncan suspiró.

—¿Pero has empuñado una espada en batalla?

—He matado a tres hombres en mi vida.

—¿Tres? ¿Te enfrentaban o los apuñalaste por la espalda?

Ewan apretó los dientes como si no quisiera responder.

—¿Y bien? —insistió Duncan.

—A dos por la espalda, a uno lo ejecuté a instancias de mi tío.

—Tan culpable como tu tío asesino. Sería un servicio a todas las muchachas de las Highlands eliminarte: cortarte tus cobardes

pelotas y enviárselas al laird MacNair en un cofre para que entienda que nunca se le permitirá tener un heredero.

La amenaza surtió el efecto que Duncan esperaba. Ewan salió de las sombras, sacando pecho.

—¿Dónde está el laird MacAllister?

—Más allá de tu miserable alcance.

Duncan se movió rápidamente, agarrando al hombre más bajo por la nuca y sacudiéndolo violentamente.

—O tal vez sería mejor arrancarte esa lengua malvada de la boca, silenciándote para siempre. Si pudieras elegir, ¿qué parte conservarías, pequeño Ewan? ¿Tus pelotas o tu lengua?

Para demostrar la seriedad de su amenaza, Duncan sacó una daga y se la puso bajo la nariz a Ewan.

—Un arma gloriosa, forjada en los fuegos de un legendario armero de Constantinopla.

Ewan intentó liberarse de la presa de Duncan con una patada, fracasando estrepitosamente. Duncan simplemente apretó más fuerte, sacudiéndolo hasta que obedeciera.

—Responde o yo tomaré la decisión por ti.

—Entonces es cierto —escupió Ewan—. Los MacAllister están corrompidos. Habéis conspirado con paganos. Habéis arruinado vuestras posibilidades de salvación ante Dios.

Duncan echó la cabeza hacia atrás y se rió. ¿Ewan condenaría a los extranjeros a los que el propio Duncan había llegado a respetar porque no adoraban al mismo dios?

Duncan abofeteó a Ewan.

—Eres un hipócrita.

Justo cuando levantaba el puño para golpearlo, oyó que alguien se acercaba a la entrada de la celda.

—Duncan MacAllister —ordenó Alex con voz áspera—. Déjalo ir.
Ahora.

Capítulo 10

-Es la niña más bonita que he visto jamás, Isla.

Iona acunó a la bebé en sus brazos, haciéndole cosquillas en su perfecta barbilla.

—Rebecca es un nombre precioso.

—No le has preguntado su nombre completo —señaló Isla con una sonrisa.

—¿Cuál es?

—Rebecca Iona Elizabeth MacAllister.

Iona miró boquiabierta a su única amiga.

—¿Le has puesto mi nombre?

—Sí.

—Es un honor.

Contempló a la niña con creciente asombro.

—Y quiero preguntarte algo muy importante.

—Lo que sea.

En el poco tiempo que llevaba con Isla, se había animado. Se sentía segura y a gusto entre los muros de la fortaleza de los MacAllister. Como si perteneciera a ese lugar, como si importara. Ya no era invisible, como siempre había sido para su padre, a menos que él necesitara algo, y Iona decidió luchar por lo que quería: el derecho a elegir su propio futuro.

—¿Considerarías ser la madrina de Rebecca y John?

La petición traspasó el corazón de Iona. Se sentó en la silla más cercana y se subió a Rebecca al hombro.

—¿Y quién será su padrino?

—Duncan.

La idea de ser responsable del bienestar espiritual de un niño asustaba y encantaba a Iona. Miró con cariño a Rebecca y luego a John, que dormía en los brazos de su madre.

—¿Cómo los criarás?

Isla asintió con comprensión.

—Con más libertad de la que nosotros jamás tuvimos. Para temer al Señor, pero sin tener nunca miedo de hacer preguntas, de buscar el conocimiento o de rehuir hacer lo correcto.

—¿El laird está de acuerdo contigo?

Isla puso los ojos en blanco.

—Mi marido no puede estar en desacuerdo, Iona. Rompió con la tradición y tenía toda la intención de no volver nunca a las Highlands. Creo, todos creemos, que Dios lo trajo a casa para salvar a nuestro clan.

—¿Y lo ha hecho?

—Somos más fuertes que nunca. Fuertes alianzas, riqueza, fe y niños para llenar este antiguo lugar de risas y felicidad de nuevo.

Las lágrimas humedecieron los ojos de Iona.

—Lo siento muchísimo.

Isla dejó a su hijo en la cuna y corrió junto a Iona.

—En mi propia felicidad, no supe tener en cuenta tu situación.

—No.

Iona se secó las lágrimas.

—Estoy encantada por tu buena suerte. Y algún día, si Dios quiere, yo también encontraré mi propia felicidad.

Isla le apretó la mano.

—Te mereces todo lo que deseas. Cuando estaba perdida y sola, me diste consuelo. Ahora déjame devolverte esa amabilidad. Mi hogar es tu hogar. Mi familia, tu familia.

—Gracias.

—Sí.

Isla abrazó a Iona.

—Acepto tu oferta. Nada me complacería más que ser la madrina de tus gemelos.

—Ya se están organizando el bautizo y la fiesta.

—¿Y asistirán tu padre y tus hermanos?

—Sí. Me sorprende que aún no te hayan hablado. Aunque uno de mis hermanos ya está prendado de ti.

Iona se sonrojó.

—Estoy segura de que tu padre tiene muchas cosas que decirme, la mayoría poco amables tras descubrir dónde has estado todo este tiempo.

—No. Mi padre no te culpa. Te ha elogiado, al igual que mi marido. Nadie dentro de estas paredes te desea mal.

—Con la excepción de Ewan MacNair.

—Háblame de él. Alex no quería alterarme, así que no me dijo nada sobre por qué está aquí ese hombre.

Isla cogió a su hija del hombro de Iona y la acostó con cuidado en la cuna junto a la de su hermano, y luego se sentó en la silla junto a Iona.

—Al señor MacNair le parece indigno de él viajar para reunirse conmigo, así que envió a su sobrino y heredero, Ewan MacNair. Por supuesto, también hay preguntas sobre lo que les ocurrió a los padres de Ewan. Su padre era el hermano menor del laird MacNair. Él y su esposa murieron hace quince años, cuando Ewan no era más

que un muchacho. El laird crió a Ewan como a su propio hijo, preparándolo para ocupar su puesto, pero manteniéndolo a distancia.

—Un destino desafortunado para cualquier niño.

—Sí. No parece existir confianza entre los MacNair.

—¿Y temes casarte con ese hombre?

—Me niego a hacer nada con ese hombre.

—El conde de MacBride no te dejará marchar fácilmente.

Sí. Iona lo sabía muy bien. A su padre no le gustaba perder. De hecho, intentó recordar alguna ocasión en la que hubiera jugado limpio en algo. Incluso a su querida madre la habían engañado para que se casara con él. Suspiró. Le había gustado la idea de ser simplemente Iona de las Highlands. Pero esas fantasías eran para chicas idealistas, no para una noble de la que se esperaba que cumpliera la última jugada política de su padre para ganar un aliado en las islas. Lo único que poseía el laird MacNair y que su padre no tenía, eran barcos.

—¿En qué estás tan absorta? —preguntó Isla.

—Mi padre.

—¿Lo echas de menos?

—No como debería.

—Te comprendo. A mi padre le costó mucho perdonar por completo lo que consideraba una traición a mi familia.

Iona miró a su amiga.

—A nuestros hermanos no se les exigen esas cosas.

—¿No?

—Un hombre puede eludir sus responsabilidades y solo se enfrenta a la pérdida de su herencia si se niega a casarse. Pero una hija...

—Debes aprender a usar los dones que Dios te ha dado para conseguir lo que quieres.

Iona frunció el ceño. No se le ocurría ningún don especial.

—No soy como tú, Isla.

—¿Qué quieres decir?

—Atrevida y valiente. Apasionada y segura de quién y qué quiero ser.

—Estás muy equivocada, Iona.

—No. Mira cuánto tiempo me llevó desafiar a mi padre. Solo la amenaza de casarme con un monstruo como el laird MacNair me inspiró a huir. He sido débil toda mi vida. Aceptando todo lo que mi padre decidía por mí, incluso obedeciendo ciegamente a mis hermanos.

—Iona.

Isla se deslizó de su silla y se arrodilló frente a su amiga, tomándole la mano.

—Eres hermosa y amable, culta, puedes gestionar la casa de un conde, inspiras respeto con solo entrar en una habitación y dejas a los hombres suplicando cumplir tus órdenes. Si supieras lo difícil que me resultó ganarme el corazón de los MacAllister después de casarme con Alex. Pero tú... Cuando te digo que nadie aquí ha hablado mal de ti, lo digo en serio.

—Solo porque me compadecen, ven lo indefensa que estoy y piensan que necesito protección.

—¿Y no es así?

—Sí.

—No es culpa tuya. No puedes renegar de tu derecho de nacimiento, pero puedes forjarte una nueva vida.

Ella quería creerlo. Pero esa parte de ella que se parecía a su padre, esa lógica implacable que él le había inculcado desde que era

una niña, dominaba su mente y su corazón. Al final, debía aceptar lo inevitable. En cuanto el laird Alex enviara una misiva a su padre, esa felicidad recién descubierta terminaría.

—Lo intentaré, Isla.

—Bien —respondió su amiga mientras se ponía de pie—. Es todo lo que te pido.



—¿Tengo que repetirlo, primo? —preguntó Alex en un tono ominoso.

La neblina provocada por el vino en la que se había visto envuelto Duncan se disipó de inmediato. Miró a Ewan con odio, sabiendo que el bastardo merecía sentir dolor, sangrar, tal vez incluso morir por las cosas vergonzosas que había dicho sobre Iona. No debería sorprenderle que Alex le exigiera que soltara al heredero de los MacNair. Su primo actuaba en el mejor interés de su clan, no por satisfacción personal.

A decir verdad, aunque los MacAllister eran lo suficientemente poderosos, y su ejército crecía cada día a medida que se encontraban reclutas más aptos, si los MacBride y los MacNair unían fuerzas contra ellos, eso devastaría a su clan, posiblemente incluso lo destruiría. En cuanto a sus aliados, pocos lucharían a su lado si supieran que Iona MacBride estaba bajo su custodia, ya que legalmente, ella pertenecía a su padre.

—Como deseas.

Duncan soltó a Ewan, dejándolo caer al suelo con un fuerte golpe.

—¡Por Dios! —gritó Ewan con evidente dolor—. Exijo justicia. Este hombre me ha insultado y agredido sin motivo.

Duncan resopló y le dio una patada en las costillas al cobarde, por si acaso.

—¡Duncan! Sal de la celda y ciérrala con llave.

Duncan hizo lo que le mandaron y Alex extendió la mano, con la palma hacia arriba.

Duncan dejó caer la llave en su mano.

—He hecho lo que me pediste.

—¿De verdad?

El rostro de Alex se retorció de ira.

—Si no hubiera intervenido cuando lo hice, ¿qué le habrías hecho?

Duncan se pasó los dedos por el pelo.

—Lo habría dejado inconsciente a golpes.

Alex negó con la cabeza.

—Nunca has sabido controlar tu temperamento.

—Solo si me provocan y cuando lucho por una causa justa.

—Me parece justo —concedió su primo—. ¿Merece la pena matar a un hombre por lady Iona MacBride? ¿Al heredero de un laird?

—No he dicho que fuera a matarlo.

—¿No?

—Quizá lo amenacé.

—No me lo creo.

Ewan se lanzó contra los barrotes de su celda, aferrándose a las gruesas columnas de metal.

—Tenía la intención de matarme, laird MacAllister. Es un loco, incluso admitió que estaba enloquecido por la lujuria.

El laird Alex se volvió hacia su prisionero.

—Basta. Has dado falso testimonio contra lady Iona, un delito grave, al menos bajo mi techo y según la ley de Dios.

—¿Quién me acusa?

—Tus propias palabras te condenan, Ewan MacNair. Mi secretario ha confirmado que la firma de lady Iona en ese contrato matrimonial es una falsificación. No fue su mano la que puso tinta sobre ese papel.

—Entonces más te vale acusar a todos los lairds con hijas en Alba del mismo delito.

—No me preocupa lo que hagan los demás lairds con sus hijas, solo lo que afecta a lady Iona. Ella ha buscado mi protección, y ahora que se ha demostrado que eres un mentiroso, estoy aún más decidido a mantenerla a salvo.

—Eso también es una violación de la ley.

—¿Lo es? —preguntó Alex, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Debo llamar a un magistrado y presentar las pruebas contra ti? Seguro que a tu tío no le gustaría que se cuestionara su honor de una forma tan pública.

Los labios de Ewan se torcieron en una fea mueca mientras exhalaba un suspiro de frustración.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Para dar ejemplo a mi propio pueblo, mañana te llevarán al patio del castillo y te azotarán públicamente.

Ewan abrió mucho los ojos.

—¿Azotado? ¿Como un criminal?

—¿Acaso no lo eres?

—Te advierto de las consecuencias a las que te enfrentarás cuando esta noticia llegue a oídos de mi tío.

Duncan cogió su cinturón de armas y se lo abrochó a la cintura.

—Creo y espero sinceramente que el señor MacNair esté de acuerdo en que su sobrino malcriado necesita una buena paliza.

Dicho esto, Alex se dio la vuelta, agarró a Duncan por el brazo y lo sacó de la mazmorra.

Una vez en el gran salón, Duncan y Alex se sentaron solos en la mesa principal. Una criada les trajo cerveza, pan y queso.

—¿Quién le dará los golpes en la espalda a Ewan?

—¿Es eso en lo único en lo que puedes pensar, Duncan? ¿Qué hay de tus propias transgresiones? ¿Desobedecerme? ¿Golpear a Ewan sin motivo?

Duncan se bebió la cerveza de un trago.

—La llamó puta.

—Me habría ocupado de él a su debido tiempo. Ahora debo liberarlo después de que haya recibido su castigo.

Duncan dio un puñetazo en la mesa, aún enfurecido por las palabras de Ewan MacNair.

—¿Por qué?

—Para ser justos. Su castigo ya está decidido. No tengo motivos para retenerlo después.

—Pero...

—Tomaste la justicia por tu mano. Le diste una paliza. Yo podría haber aplazado mi decisión, mantenerlo en condiciones razonablemente cómodas y eliminar la amenaza de que causara problemas durante un tiempo.

—¡Maldita sea!

Duncan se volvió a llenar la taza y se la bebió de un trago.

—Ahora, en cuanto a ti.

Alex le impidió servirse una tercera ración de cerveza.

—Vete a casa unos días. Aclara tus ideas.

—No. Quiero ver el espectáculo de mañana.

—No lo permitiré. Confía en mí, primo. No voy a dejar que Ewan MacNair se vaya tan tranquilamente. Tres soldados lo escoltarán de vuelta a las islas, tomando la ruta más larga y peligrosa, por supuesto. No se le permitirá volver al castillo de Dunrobin, no ahora.

Duncan se sintió aliviado. Proteger a lady Iona le resultaba natural. Lo cual le hizo reflexionar. Quizá se había involucrado demasiado con una mujer... no lo sabía. Alex tenía una forma de arreglar las cosas. Un tiempo lejos de allí podría ayudarle a recuperar el control de sus sentidos. Y, por supuesto, acostarse con una de sus guapas sirvientas enfriaría su implacable lujuria.

—Está bien —cedió, levantándose de la mesa—. Me iré.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, Iona se despertó por unas voces altas en el pasillo fuera de su habitación. Bostezó y se estiró, mirando a su alrededor en la habitación tenuemente iluminada. El olor a pan recién hecho la hizo sonreír mientras sacaba los pies de debajo de las pesadas pieles de su cama. Hoy era el primer día en que entraría en el gran salón reivindicada, ya no como una mentirosa acusada. Solo por eso merecía la pena levantarse temprano.

—Lady Iona —dijo Grisel—. Debéis desayunar rápido si queréis reuniros con el laird Alex en el patio para ver cómo castigan a Ewan Monroe.

Iona se dirigió a la mesa, donde la esperaba una bandeja con comida, y bebió un sorbo de agua. No se había enterado de lo que le había pasado a Ewan hasta que se había acostado.

—No se me ha permitido presenciar semejante espectáculo.

—¿Alguna vez os ha acusado un hombre de algo, milady?

Grisel llenó una copa tallada con vino aguado y se la ofreció a su señora.

—Creo que el Laird desea que seáis testigo de cómo se hace justicia.

—¿Asistirá lady Isla?

Bebió un sorbo de vino y probó el pan.

—No, está demasiado cansada por toda la emoción de ayer. El Laird insistió en que hoy se quedara en cama.

—¿Y Duncan?

Iona no debería preguntar tan abiertamente por él, pero no pudo resistirse. Su presencia la hacía sentir segura y cómoda, bienvenida entre los muros de la fortaleza de los MacAllister.

—No. Lo siento —respondió Grisel con tristeza.

—¿Le ha pasado algo?

Dejó a un lado la comida y miró con ansiedad a su doncella.

—No está aquí.

—Grisel, no necesito protección. Si te hago una pregunta sincera, por favor, respóndeme con la verdad.

—Mi señora...

—Insisto.

Iona suspiró ante la expresión renuente de su sirvienta.

—¿Te han ordenado no decírmelo?

—No.

—¿Dónde está Duncan?

—Después de que Matteo declarara que la firma del contrato era una falsificación, el señor Duncan bebió demasiado vino y visitó a Ewan en su celda.

Iona cerró los ojos, imaginando un violento enfrentamiento entre los dos hombres.

—¿Está Duncan herido?

Grisel se rió entre dientes.

—Solo su orgullo por haber sido enviado a casa por el Laird. Dejó ensangrentado a ese cobarde sin esfuerzo alguno, sin la aprobación del laird, por supuesto. Por desgracia, eso cambió el plan original del laird de mantener a Ewan encerrado. Por eso sufrirá el azote del látigo y luego será escoltado de vuelta a las islas.

Aliviada de que Duncan permaneciera ileso, añadió:

—¿Está la casa de Duncan lejos de aquí?

—No, a medio día a caballo.

—¿Has estado allí?

Iona se quitó el camisón.

—Sí, un grupo de mujeres se ofreció voluntario para ayudar a limpiar la antigua casa solariega antes de que el señor Duncan regresara a las Highlands de sus viajes. Tardamos meses en restaurarla, pero mereció la pena el esfuerzo, mi señora. Es una casa preciosa, con extensas tierras y vistas a las montañas y al estuario. Incluso hay un pequeño lago detrás de la fortaleza. Cualquier hombre estaría orgulloso de poseerla. Y a cualquier mujer.

Grisel la miró fijamente.

—No sé a qué te refieres, Grisel. Ayúdame a vestirme.

La doncella sonrió, mientras sus hábiles manos le ajustaban a Iona el vestido de lana verde pálido.

—Si me permitís decirlo, mi señora, es difícil pasar por alto la forma en que usted y el señor Duncan se miran el uno al otro.

—¡Grisel!

Iona se giró bruscamente, sabiendo que debería reprenderla por hablar con tanto descaro. Pero no pudo. Grisel tenía los ojos más azules y sinceros. Y se preocupaba de verdad por Iona. Independientemente de cómo fuera su futuro, le pediría al laird que Grisel se quedara con ella, aunque se viera obligada a regresar al castillo de Dunrobin.

—No siento más que admiración por el señor Duncan.

—Lo sé muy bien —dijo Grisel, indicándole que se sentara en una silla para poder peinarla—. Pero le recuerdo, mi señora, que hay una docena de mujeres que desearían que ese hombre las tuviera en su punto de mira.

—¿Eres una gairdean?

Grisel se llevó la mano a la cadera.

—Se sabe que, de vez en cuando, ayudo a la gente a enamorarse.

—¿Pero no pides nada a cambio? ¿Ningún hombre para ti?

—Ya se lo he dicho, le hice una promesa a mi padre. Cuando el Todopoderoso me revele al hombre adecuado, lo sabré.

Peinó unos cuantos mechones más del cabello de Iona y luego dio una palmada.

—Sois verdaderamente una mujer hermosa, lady Iona.

Iona se llevó un pequeño espejo a la cara, admirando la forma en que Grisel le había recogido el cabello en un moño en la coronilla y las docenas de rizos sueltos que enmarcaban su rostro ovalado. No llevaba adornos en el pelo ni joyas. No sería apropiado para un momento tan sombrío. La idea de ver cómo azotaban a un hombre, aunque fuera Ewan MacNair, le revolvía el estómago. Aunque había oído historias sobre hombres a los que su padre había castigado de forma similar, nunca había estado presente en ello; nunca había visto mucha violencia.

Sí, algún que otro golpe cuando uno de sus hermanos se portaba mal de pequeños. Sin embargo, ella había sido víctima de la voz intimidante y atronadora de su padre, que ladraba órdenes a los sirvientes o incluso a ella misma. Nadie se le oponía. Nadie le desobedecía. Y si lo hacían... Tragó saliva con dificultad. Simplemente desaparecían.

Ahora que su señora estaba lista para bajar, Grisel ayudó a Iona a ponerse su pesada capa y luego le ajustó las botas en los pies.

El laird se puso de pie en cuanto ella entró en el gran salón, al igual que todos los demás hombres presentes. Iona hizo una reverencia, saludando a los hombres y mujeres que la rodeaban.

—¿Confío en que haya descansado bien, lady Iona? —preguntó Alex.

—Sorprendentemente bien —respondió ella—. No estoy segura de qué tipo de magia protege esta fortaleza, Laird Alex, pero me ha envuelto en su poder. Rara vez he encontrado tanta paz.

La gente a su alrededor se rió entre dientes.

—No es magia —la tranquilizó Alex—. Es felicidad. Ahora, llevemos a mi gente al patio interior. Hace frío y está oscuro, y estoy seguro de que Ewan MacNair está listo para recibir el castigo y volver a casa.

Alex bajó del estrado, se acercó a Iona y le ofreció el brazo. Ella lo tomó, apoyando ligeramente las yemas de los dedos en su mano, feliz de ser escoltada por un líder tan honorable. La multitud se derramó en el patio, rodeando un escenario elevado. Muchas personas —hombres, mujeres y niños— ya se habían reunido, abucheando a Ewan.

Los mentirosos y los ladrones no eran bienvenidos en las tierras de los MacAllister. Antes darían refugio al diablo.

El laird Alex y Iona, rodeados por sus guardias personales, se abrieron paso hasta la parte delantera de la multitud, a solo unos metros de la plataforma. Ewan estaba con el torso desnudo, las manos atadas por encima de la cabeza a un grueso poste de madera. En cuanto vio a Iona, gruñó y escupió.

—¡Zorra inútil! —gritó, forcejeando contra las ataduras—. Mi humillación será tu ruina. Mi dolor, tu dolor.

Sus palabras fueron pronto interrumpidas por un hombre encapuchado que le metió un trozo de tela en la sucia boca a Ewan, silenciando al desgraciado.

Iona se estremeció, pero no por el frío. No le gustaba Ewan MacNair. De hecho, le tenía miedo. La forma en que la miraba, las cosas que decía, incluso en presencia de su padre. Era como si la desnudara con sus ojos oscuros, fantaseando con acostarse con ella. Aunque lo habían enviado para asegurar un contrato matrimonial para su tío.

—Pienses lo que pienses —murmuró Alex en voz baja, acariciándole la mano—, quítatelo de la cabeza. Este hombre no volverá a acercarse a ti. Lo juro por todo lo sagrado.

Ella asintió en señal de agradecimiento. Pero ni siquiera un hombre capaz como el Laird MacAllister podía garantizarle una seguridad total, no frente a alguien tan poderoso como su padre y tan malvado como el laird MacNair. Juntos, no solo superaban en número a los MacAllister, sino que no se veían limitados en sus acciones por el honor ni por Dios.

—Ewan MacNair —comenzó Alex, levantando las manos para silenciar a los espectadores—, sois culpable de mentir, de dar falso testimonio contra Lady Iona MacBride, amiga e invitada del clan MacAllister. Creo que el rey estaría de acuerdo con el castigo que he elegido. Quien bien quiere a su hijo, le da una paliza: sabiduría impartida por el Todopoderoso. Y dado que has actuado como un muchacho malcriado, considero necesario darte una lección que tu tío ha fracasado estrepitosamente en enseñarte él mismo.

Alex hizo una señal al hombre encapuchado que estaba en el escenario detrás de Ewan. El desconocido sin rostro asintió, arrancó el paño de la boca de Ewan, lo dejó caer al suelo y se colocó en posición, con una tabla gruesa en la mano. Antes de que Alex pudiera protestar, la paleta golpeó el trasero de Ewan con tal fuerza que se oyó un fuerte chasquido.

Iona se encogió, al igual que todos a su alrededor, salvo Alex, que frunció el ceño. Pero permaneció en silencio mientras el hombre encapuchado asestaba veinte golpes más.

Si Iona sabía algo, era que el castigo prometido habían sido azotes, no una paliza con una paleta. Miró a Alex con sorpresa.

Él negó con la cabeza y murmuró:

—Le dije que se fuera a casa.

Eso solo podía significar una cosa. Con el corazón acelerado, Iona escrutó al hombre encapuchado. Lo evaluó. Sí, su complexión y

altura coincidían con las de Duncan. Había dos estrechas rendijas en la capucha negra para que pudiera ver, pero ella no lograba distinguir el color de sus ojos.

Como si el hombre supiera que ella lo estaba mirando, él la miró fijamente durante un largo momento.

La multitud coreaba con entusiasmo:

—Más. Más. Más.

Pero Ewan ya había sufrido bastante, apenas podía mantenerse en pie.

—Liberad al prisionero —ordenó Alex.

Dos guardias le soltaron las manos y Ewan se hundió de rodillas, con una expresión de dolor grabada en el rostro.

—¿Tienes algo que decirme a mí o a la víctima de tu lengua engañosa? —preguntó Alex.

Ewan levantó la cabeza y miró fijamente a Alex.

—¿C-cómo? —tartamudeó—. ¿Cómo voy a montar a caballo ahora?

La pregunta le valió la carcajada más sonora que Iona había oído jamás. Lo habían castigado como a un niño rebelde, no como a un hombre. Y había cientos de testigos. Gente que nunca le dejaría olvidarlo. Iona estaba segura de que la noticia se extendería rápidamente por las Highlands: el heredero del señorío del clan MacNair había sufrido la peor humillación a manos del clan MacAllister. Y en Alba, ese tipo de transgresión no quedaría impune, aunque se tardara generaciones en vengarla.

Capítulo 12

La satisfacción se apoderó de Duncan como un haboob en el desierto. Observó cómo la multitud se dispersaba, fijando la mirada en la encantadora lady Iona, deseando poder revelarse ante ella. Había desobedecido una vez más a su señor y a su primo. No es que fuera su intención al principio. Tal y como Alex le había ordenado, abandonó la fortaleza de los MacAllister con sus dos guardias personales y Nadir, su mejor amigo y consejero, para cabalgar hacia el norte, a su hogar. Ya borracho y con frío, decidió beber más cerveza de su odre. Incapaz de mantenerse cómodamente a lomos de su caballo después de eso, ordenó a sus hombres que acamparan.

Antes de que el blanco sol invernal asomara por el horizonte, se despertó con un plan bien definido en la cabeza. ¿Por qué iba a tener nadie más el privilegio de azotar a ese hijo de puta de MacNair? Duncan ansiaba continuar la paliza que solo había empezado a darle a Ewan la noche anterior. Duncan conocía los riesgos de la insubordinación. Era, ante todo, un soldado, educado para seguir las órdenes de sus superiores y de su señor. Y, hasta ahora, nunca había traicionado esa confianza.

Pero el rostro de halcón de Ewan y su comportamiento obsceno lo atormentaban. Había que hacer algo para poner en su sitio a ese fanfarrón demasiado seguro de sí mismo. Nadir le rogó que lo reconsiderara. Duncan hizo caso omiso de la preocupación de su amigo e incluso eximió a sus guardias de acompañarle de vuelta a la fortaleza de los MacAllister. Por supuesto, Nadir no se apartaría de su lado.

Una vez allí, no le costó mucho convencer al soldado encargado de azotar a Ewan para que dejara que Duncan ocupara su lugar en secreto. Aunque Alex se había ganado la lealtad de todos los MacAllister, los soldados seguían confiando en Duncan y siguiéndole. Había sido su líder durante tanto tiempo, especialmente mientras el laird John aún vivía, antes de que Alex regresara a las Highlands para recoger los pedazos del clan casi destrozado.

Si no hubiera sido por Duncan...

—¿Qué es lo que quieres? —gruñó Alex a sus espaldas.

—Mi señor.

Duncan se inclinó, con la esperanza de ocultar su identidad a los espectadores.

—¿Debo ordenarte que te quites la capucha del verdugo?

Duncan negó con la cabeza.

—¿Y romper una tradición centenaria? El verdugo no puede ser condenado, pues es la mano del laird, actuando bajo órdenes sagradas para llevar a los pecadores ante la justicia.

Alex se burló.

—Eres tan culpable como el pecador al que castigaste.

Duncan sonrió para sus adentros. En el fondo, quería que Alex supiera que era él, pero ninguno de los dos lo admitiría abiertamente.

—Lady Iona te reconoció. Y estoy seguro de que Ewan MacNair lo sabe.

Duncan se hinchó de orgullo mientras abría y cerraba las manos, imaginándolas envueltas alrededor del cuello de Ewan.

—¿Lo has disfrutado, milord?

—Quizá —admitió Alex—. Pero no me gusta que me ignoren. Que se desobedezcan mis órdenes.

—Ewan MacNair no tiene honor. Se merecía lo que recibió.

Ambos observaron cómo dos guardias arrastraban a Ewan fuera de la plataforma.

—Y tú has dado mal ejemplo a mis hombres, que confían en tu capacidad para mostrarles lo que significa ser un buen soldado. Se requiere una lealtad inquebrantable.

—Lo siento por eso.

—¿De verdad?

—No puedo explicarlo ahora mismo —respondió Duncan, sin perder de vista a Iona y a su doncella. Había algo en aquella dama que lo dejaba indefenso, que lo hacía incapaz de pensar en otra cosa que no fuera mantenerla a salvo y cerca de él.

—El laird MacNair es un hombre formidable.

—Sí.

—Saca al conde de MacBride de nuestra situación actual y piensa en qué derechos tiene el laird MacNair para defender su honor y el de la mujer con la que pretende casarse.

—Ella no firmó ese contrato de compromiso.

—No. Pero sopesa la ley frente a la tradición. ¿Qué hombre sale ganando?

—¡El que tenga la espada más grande!

Alex cruzó los brazos sobre el pecho, mirándolo como si no lo conociera.

—¿Y qué significa eso exactamente?

—Te dejo a ti descifrarlo. Y ahora, con tu permiso, deseo hablar con la dama, a solas.

Alex lo miró fijamente.

—Crecimos juntos —murmuró para que solo Duncan pudiera oírlo—. Eres el primogénito, como lo era John. Todo el mundo sabía que tú o John seguiríais los pasos de mi padre para liderar este clan. Yo nunca lo consideré una posibilidad. Nunca.

—Sí, lo sé.

—Incluso ahora, aquí de pie, contemplando todo aquello con lo que he sido bendecido —mi esposa e hijos, esta fortaleza, las tierras y toda esta gente querida, nuestros parientes... ¿Por qué yo? Te elegí a ti para que te convirtieras en laird, y la mitad del consejo estuvo de acuerdo.

Nadie quedaba en el escenario salvo Duncan y Alex, así que no temió responder con sinceridad.

—No soy el hombre indicado para liderar a los MacAllister. Mira en qué imbécil egoísta me he convertido. Desde mi regreso de Constantinopla, no he vuelto a ser el mismo. Desde que aquella bruja me dijo...

Algo duro y pesado golpeó a Duncan en el estómago y le costó tomar el siguiente aliento.

—¿Qué pasa?

Alex puso la mano sobre el hombro de su primo.

—Estás pálido.

—Dios —murmuró Duncan con voz tensa—. Me obligué a olvidar. No quiero creer en sus palabras proféticas, porque me parecía un pecado escuchar a una adivina.

—¿Qué bruja? —preguntó Alex—. ¿Acaso no tiene cada clan a una mujer así cerca?

—Solo si se arrodilla ante la cruz.

—Olvida a qué dios sirve. ¿Qué te dijo?

Duncan luchó por recordar. Lo había guardado bajo llave por una razón. No creía que fuera a encontrar jamás a la mujer adecuada, una que lo amara incondicionalmente, fielmente, apasionadamente...

—Me busqué una amante en Constantinopla...

Alex se encogió de hombros.

—Yo tuve seis.

Duncan le dio un empujón a su primo.

—Esto no es una competición de quién la tiene más larga.

Alex sonrió.

—Quería mostrarte mi apoyo y mi comprensión.

La amplia sonrisa de su primo le hizo esbozar una sonrisa a él también.

—Hana y yo nos separamos en buenos términos. Le di una casa y dinero suficiente para que nunca tuviera que compartir la cama de otro hombre fuera del matrimonio.

—La honraste como lo haría cualquier montañés. Estoy orgulloso de ti por eso. Los hombres del este suelen menospreciar la importancia de las mujeres fuera del dormitorio.

—Sí.

—Pero la bruja, ¿dónde la conociste?

—De camino al barco el día que me marchaba. Me dijo que Hana la había enviado como regalo de despedida.

—Entonces, ¿por qué te preocupa? ¿Previó tu muerte? ¿Te habló de cosas malas que están por venir?

—No.

Duncan casi podía oírla hablar.

—Me dijo que seré el padre de una nueva tierra, de un nuevo pueblo.

—¿Qué más te dijo?

—Que Hana me preparó para la mujer a la que estoy destinado a amar y proteger. Pero hay más... habló de ti.

Alex arqueó las cejas.

—¿Y me lo has ocultado durante dos años?

—No quería hablar de ello con nadie. Solo Nadir lo sabe.

—Ya es hora de que compartas este mensaje.

—Dijo que la mitad de Constantinopla te conocía, que algunos te echaban de menos y otros querían que tuvieras una muerte larga y dolorosa. Que, una vez que alguien derrama sangre sobre la arena del desierto, ya sea la suya propia o la de otro, te conviertes en parte de la tierra. Nada puede cambiarlo.

Alex se llevó las manos a la espalda y empezó a dar vueltas.

—Isla ha curado muchas de mis viejas heridas y me ha ayudado a olvidar.

—¿Olvidar qué?

—Todo el sufrimiento y la muerte, la brutalidad que obliga a los hombres a matar indiscriminadamente en el desierto para seguir con vida.

—¿Te arrepientes?

—A veces me atormentan las pesadillas sobre los hombres a los que maté. Veo sus rostros y los oigo gritar. Dios me ha perdonado, pues el padre Michael me absolvió de mis pecados después de casarme con Isla.

—Pero tú no te has perdonado a ti mismo.

Alex pareció indeciso.

—No importa, puedo vivir con ello. Y lo que dijo la bruja sobre que el desierto nunca deja marchar a un hombre... tenemos una creencia similar en las Highlands. Todos estamos unidos por la sangre, la sangre de nuestras venas o la sangre que derramamos. ¿Puedes perdonarte a ti mismo, primo?

¿Por qué le haría Alex una pregunta así? Duncan solo había matado a cuatro hombres durante su estancia en el este, en combates justos para protegerse a sí mismo y a sus hombres.

—Mi sentido de la moral está claro. En todos los asuntos relacionados con el pasado y el presente.

—Entonces te envidio, más de lo que jamás llegarás a saber.

—Gracias.

—Ve —ordenó Alex, dándole permiso para buscar a lady Iona—. Habla con ella en voz baja. No llames la atención.

Mientras Duncan pasaba junto a las pocas personas que quedaban cerca de la plataforma, le ofrecían monedas y elogios por hacer justicia. Era tradición pagar al verdugo.

Duncan guardó las monedas en la bolsa que colgaba de su cinturón de armas mientras se acercaba a Iona.

—Puedes irte —ordenó a Grisel.

—No —protestó la doncella—. Se supone que...

—No me hagas repetirlo, Grisel.

La comprensión se dibujó en su rostro mientras hacía una reverencia torpe y se alejaba apresuradamente.

—Lady Iona —murmuró él, aún con la capucha negra puesta, disfrutando bastante del juego que estaba jugando.

Ella lo miró fijamente, especialmente a los ojos.

—Te reconozco, Dun...

—No digas mi nombre.

Ella hizo callar con un dedo sobre sus labios.

—Ven conmigo si deseas hablar en privado.

Capítulo 13

Iona siguió a Duncan fuera del patio y por el sendero que conducía al lago. Desde el momento en que posó sus ojos en él, algo en Duncan la tranquilizó. Como si fueran viejos amigos que se reencontraban tras años de separación. ¿Podría ser la confianza, algo que ella concedía con mucha moderación, ya que todos en el castillo de Dunrobin espiaban para su padre? Había crecido aprendiendo a no creer que nadie guardaría sus secretos. Sus hermanos fueron los primeros en traicionar esa confianza, contándole a su padre todo lo que ella decía si mostraba algún tipo de pensamiento independiente.

Vivía bajo las restricciones de unas reglas estrictas. Privada de su madre tras su muerte, el padre de Iona contrató a las chaperonas más malhumoradas para su hija. Mujeres que criticaban cada uno de sus movimientos: mujeres que le decían constantemente cómo y qué pensar y decir.

Respiró hondo el aire frío, disfrutando de la sensación en lo más profundo de sus pulmones. Mientras seguían caminando en silencio, admiró el paisaje invernal. La escarcha cubría las ramas desnudas de los árboles y la nieve recién caída crujía bajo el peso de sus botas de cuero. Las densas nubes solo dejaban entrever el pálido sol y un viento constante la obligó a subirse la capucha de la capa. Sí, adoraba la estación invernal. Le recordaba cómo se sentía por dentro —una capa protectora de hielo alrededor de su corazón, aislando la verdadera naturaleza de su alma—, así como la calidez y la compasión que rara vez tenía la oportunidad de compartir con alguien en casa.

Pero aquí, en la fortaleza de los MacAllister...

Duncan se detuvo frente al lago y la miró.

—¿Crees que estamos lo suficientemente lejos del patio de armas como para que me quite la capucha?

Ella le sonrió.

—Estoy segura de que cualquiera con dos dedos de frente habría adivinado que eras tú quien estaba en la plataforma.

—¿Sí?

Se quitó la capucha y se la guardó bajo su pesada chaqueta de tartán de lana. Se sacudió el pelo, y los salvajes mechones rojos que le llegaban hasta los hombros captaron su atención como un fuego ardiente. El contraste entre el color de su pelo y sus ojos azules era sorprendente.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó él.

—Por tus gestos y tu forma de caminar.

—Eres una muchacha observadora.

—He aprendido a prestar atención a todo lo que me rodea.

Duncan se frotó la barbilla.

—La vida en Dunrobin no fue fácil.

Ella negó con la cabeza.

—Mi vida no importa, Duncan. No cuando hay tanta gente inocente sufriendo en las Highlands. He viajado un poco y he visto lo que el hambre y la guerra le hacen a la gente. Mujeres y niños sin hogar, mendigando comida y refugio.

—¿Les abrió las puertas tu padre?

Avergonzada de la verdad, se apartó.

Pero el apuesto guerrero se acercó y le alzó la cara.

—No me ocultes nada, lady Iona. No te juzgaré por los pecados de tu padre.

Sus miradas se cruzaron y ella vio el ardor detrás de sus ojos: el deseo que había visto aquella primera noche cuando se miraron en silencio al otro lado del gran salón. El ardor de su mutua atracción le estaba quemando el alma. Ella no poseía las mismas habilidades que sus hermanos, esos fríos mentirosos que eran. Sus sentimientos eran evidentes, ya fueran de alegría o de tristeza —por mucho que intentara ocultarlos—, y se imaginaba que la pasión se notaría aún más.

Grisel había comentado lo evidente que era la atracción entre ella y Duncan, para gran disgusto de Iona, por supuesto.

Una noble nunca debía revelar sus emociones más profundas. No en público, y menos aún ante un hombre. Solo Dios podía purificarla de pensamientos tan pecaminosos. Quizá debería alejarse e ir a su aposento, arrodillarse y rezar pidiendo perdón.

—¿En qué piensas, muchacha?

Se volvió hacia él.

—Mi padre muestra poca caridad hacia los necesitados. Solo cuando le beneficia.

Cansada de estar de pie, eligió una roca de superficie plana para sentarse, apartando unos centímetros de nieve antes de acomodarse, doblando las piernas y apoyando luego la barbilla sobre las rodillas.

—Parece que cuanto más tiene un hombre, menos generoso es su espíritu.

—Los clanes que más luchan entienden lo que significa el sufrimiento. No quieren que otros vivan como ellos, aunque eso solo signifique compartir un hogar y una escasa comida de pan y agua. Nada duele más que el estómago vacío.

—Yo no he sufrido así.

—Ni deberías —añadió él, estudiando una vez más su rostro—. De alguna manera, supongo que encontraste la forma de alimentar a los pobres.

—Con la ayuda de Cook y de algunas de las criadas más compasivas, sí. Almacenábamos comida y salíamos un par de veces al mes a visitar a los pequeños agricultores más pobres o a los enfermos y moribundos.

—Entonces, ¿por qué ocultas tu rostro avergonzada, lady Iona?

—Es por la vergüenza que me da mi familia. Tengo tres hermanos, y todos ellos son tan egoístas como mi padre, quizá más.

—No puedes elegir a tu familia, muchacha, pero puedes esforzarte por mejorar tu futuro.

Ella se rió suavemente.

—Palabras que solo un hombre puede pronunciar.

Él arqueó las cejas con curiosidad.

—¿Y cómo hablaría una mujer de tales cosas?

Ella jugueteó con su capa, escondiendo las manos entre los pliegues de la gruesa piel.

—Todos los que están entre estas paredes me han dicho lo mismo. Que mi futuro depende de mi propia elección.

—Entonces quizá haya sabiduría en ello.

—Los MacAllister son muy diferentes de los MacBride, Duncan.

Contempló el lago medio helado, observando cómo un par de pájaros se lanzaban en picado y luego aterrizaban sobre el hielo, posiblemente en busca de peces para comer.

—Lo he deseado todas las noches que he estado aquí. Especialmente después de ver lo feliz que es Isla.

Volvió a ocultar el rostro, secándose una lágrima del ojo.

Duncan se acercó inmediatamente a ella, haciendo ruidos tranquilizadores y acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

—No era mi intención entristecerte, Iona. Solo quiero que...

Se quedó en silencio.

Ella se apoyó en su mano grande y cálida, disfrutando de su tacto, sintiendo una necesidad desesperada de él.

—¿Qué es lo único que quieres que haga, Duncan?

Levantó la vista hacia él. El guerrero sereno y seguro de sí mismo se había transformado en un hombre que no parecía tan seguro de sí mismo. ¿Sentía él lo mismo que ella? ¿Confuso y temeroso de lo que sentían el uno por el otro?

—Nada —respondió él, retirando lentamente la mano.

Sin pensarlo, ella le agarró los dedos y volvió a llevarle la mano a la cara.

—Tu tacto me reconforta.

Duncan entrecerró los ojos mientras dejaba escapar un gruñido profundo, la levantaba de la roca y la acunaba en su regazo al sentarse. Su corazón latía con fuerza mientras él la rodeaba con sus brazos, y su aliento cálido le hacía cosquillas en el cuello.

—¿Sabes lo que estás diciendo, muchacha?

No podía pensar con claridad estando tan cerca de él, sintiendo la fuerza de su cuerpo envolviéndola protectora, su aroma tan satisfactorio como el aire fresco del invierno. Se bajó la capucha, acurrucándose más contra él, bajando la guardia por un breve instante mientras una de sus manos se atrevía a tocar su mejilla sin afeitar, la aspereza de la barba incipiente tan agradable para sus dedos como el lino.

—¿Lo sabes? —insistió él.

—Creo que sí —susurró ella.

—¿Alguna vez te han besado, Iona de las Tierras Altas?

La picardía volvió a sus ojos, y ella sonrió.

—Mil veces —mintió.

—Och —murmuró él—. Entonces no has sido sincera sobre tu padre o tus hermanos, porque si fueras mi hermana, te mantendría

encerrada donde ningún muchacho pudiera tocarle.

Su abrazo se hizo más fuerte, más posesivo.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—Sí.

—Pienso que eres un pajarito que por fin ha escapado de su jaula, que no sabes qué hacer con esta libertad recién descubierta, que ansías las mismas cosas salvajes que yo ansío, que necesitas desesperadamente que te besen y te acaricien, que te muestren el mundo desde una perspectiva diferente.

Iona tragó saliva con dificultad. ¿Cómo podía él saber cómo se sentía ella? Siempre había estado enjaulada, asfixiada bajo el control implacable de su padre. El primer paso que dio fuera del castillo de Dunrobin en medio de la noche se sintió como si renaciera. Y cuando corrió hacia los establos y luego se alejó a caballo, se sintió como un hermoso pájaro volando alto en el cielo, con las alas ya sin cortar. Sostuvo la mirada ardiente de Duncan con asombro y deseo. Había algo en ese hombre que le hacía querer arriesgarlo todo.

Y entonces, como si le hubiera leído el pensamiento, él acercó su boca a la de ella, con suavidad al principio, poniendo a prueba su voluntad. Ella estaba más que preparada, pero ojalá supiera qué hacer. Iona nunca había sido besada, ni siquiera había cogido de la mano a un hombre. Cada caricia, cada jadeo, cada ruido que él hacía la sumergía en un mundo de maravillas. Los hombres eran criaturas terrenales, duras como la piedra. Pero ahora, apretado contra ella, hambriento de su sabor y su tacto, Duncan no se parecía en nada a una piedra dura. En cambio, le recordaba a arcilla maleable. Y si ella le entregaba lo que él buscaba de ella, ¿en qué se transformaría él?

El beso se intensificó, su lengua buscando entrar en su boca. Atónita, ella se abrió a él, y su lengua se encontró con la de ella de una forma que le robó el aliento. Él le acarició el rostro con las manos, sellando sus bocas.

Iona deslizó la mano hacia la nuca de él, deseando más.

—Que el Todopoderoso tenga piedad de mí —murmuró él contra sus labios.

Iona abrió los ojos, mirándolo fijamente, y su ingenua sorpresa adquirió un significado más oscuro, amenazando con estallar a su alrededor. Los besos no eran inocentes, no estos besos, y definitivamente no con este hombre.

—Iona...

Apoyó la frente contra la de ella.

—Dime que quieres más.

Ella deslizó la otra mano alrededor de su cuello y entrelazó los dedos, tirando de él hacia abajo de nuevo, hasta que sus bocas chocaron. Esta vez él no se contuvo. Sus dedos recorrieron los costados de su cuerpo, encontrando su trasero. La apretó con fuerza, levantándola, concediéndole toda la medida de su pasión.

Sabía a tierra y a cerveza, y ella le devolvió su beso con igual ardor, explorando las profundidades de su boca con la lengua, aferrándose a sus fuertes brazos, sintiendo el tamaño y la forma de sus músculos bajo la camisa de lino.

Entonces, sin explicación alguna, Duncan se separó de ella, dejándola sola sobre la roca. Le dio la espalda mientras se ajustaba el tartán.

¿Había hecho algo mal? ¿Lo había decepcionado? Podía oír su respiración entrecortada, ver lo agitado que estaba.

—¿Duncan?

—¿Sí, muchacha?

No se dio la vuelta.

—¿Te he fallado de alguna manera?

Murmuró algo ininteligible antes de girarse, con una expresión tan sombría como las nubes del cielo.

—¿Fallarme? Por Dios, Iona, eres perfecta en todos los sentidos. Demasiado buena para un hombre como yo.

—No lo entiendo.

Él soltó un suspiro de frustración.

—Yo tampoco.

Le hizo un gesto para que se levantara, y ella lo hizo, aún temiendo haberlo ofendido.

—Debemos volver a la fortaleza. Ahora.

La tomó del brazo más por consideración que por necesidad, guiándola por el sendero hacia la fortaleza de los MacAllister.

—Espera.

Se detuvo en seco.

—¿A qué viene este cambio repentino?

La giró para que lo mirara.

—Entiende una cosa, Iona —murmuró—. La próxima vez que nos veamos así, no podré dejar de besarte y tocarte. Corres un grave peligro a mi lado.

Ella asintió con comprensión, pero no podía adivinar por qué eso le enfurecía tanto. Y no cabía duda de la rabia que había en su interior. Habían descubierto algo precioso entre ellos, verdadero deseo, verdadera necesidad, una amistad poco común en su opinión.

—¿Podemos seguir siendo amigos, Duncan?

Él negó con la cabeza. Una vez que entraron en el patio, la acompañó hasta las puertas principales.

—Entra, busca a Grisel o a Isla y diles que te mantengan bien lejos de mí.

Dicho esto, Duncan se alejó a zancadas, montó en el caballo ensillado más cercano y cabalgó a través de las puertas abiertas sin mirar atrás.

Capítulo 14

Habiendo perdido el hábito de sentirse fuera de control, tan pronto como Duncan dejó a Iona en la fortaleza, eligió un caballo a ciegas y se dirigió al único lugar que le devolvía la paz mental: Sands Airgid. Silver Sands, la casa solariega y las tierras circundantes que una vez habían pertenecido a su padre y que Duncan había recuperado gracias a su arduo trabajo para Alex y su clan.

El lugar recibía su nombre de la fina arena que adornaba la orilla en el extremo norte de su propiedad. En pleno verano, se asemejaba al color de las telas de araña bajo la luz de la luna. Se creía que esa era la estación en que las selkies salían a tierra, y algunos hombres esperaban durante días con la esperanza de atrapar una.

El lugar siempre había ocupado un lugar especial en su corazón...

Se detuvo, escuchando. Sí, era el sonido de cascos. Alguien lo seguía a caballo. Se detuvo y esperó a que lo alcanzara. ¡Nadir! ¿Cómo lo había sabido?

—¿Por qué te has marchado sin decirme que te ibas? —le reprochó Nadir, con aire decepcionado.

—No tengo que dar explicaciones a nadie.

—Soy tu amigo.

Duncan no podía culparlo por preocuparse.

—Lo siento. Esa mujer...

—Os vi juntos. No puedes culparla, Duncan. Ella es inocente.

—Por eso estoy aquí fuera y no de vuelta en la fortaleza con ella. Me hace desear cosas prohibidas.

Las oscuras cejas de Nadir se arquearon en señal de interrogación.

—Nada está prohibido para un MacAllister. Eres un noble. Igual a ella.

—En cierto modo, sí. Pero no soy un laird.

—Por tu propia elección.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuántas veces hemos hablado de la posibilidad de que fundes tu propio clan?

Duncan soltó un suspiro.

—No voy a hablar de eso aquí y ahora. Es un sueño inalcanzable.

—No estoy de acuerdo.

—Si no puedes callarte, da media vuelta y vuelve a la fortaleza. Prefiero estar solo con mis pensamientos.

Nadir asintió.

—Como desees, Duncan. Pero siempre estaré cerca, recuérdalo.

Se alejó cabalgando.

Un rato después, Duncan atravesó las puertas abiertas, recibido por sus guardias, que estaban ocupados practicando con sus armas.

—Duncan —saludó Fergus, uno de sus capitanes, al acercarse—. No te esperaba tan pronto.

Un mozo de cuadra tomó las riendas de su caballo mientras desmontaba.

—Tengo más hambre que una bestia. Dime que hay carne fresca y pan... y cerveza.

Agarró a Fergus por el antebrazo.

—Evan abatió un ciervo hace un par de días. ¿Dónde está Nadir?

El capitán miró más allá de Duncan.

—No sabe que me fui de la fortaleza de los MacAllister.

—Duncan. Por tu propia seguridad, por el futuro de la gente que confía en ti aquí...

—Ya lo he oído muchas veces antes.

Duncan no quería que su amigo le reprendiera, quería beber y olvidar, hacer el amor con una mujer a la que pudiera llevarse a la cama sin sentirse culpable por ello.

—Así es el mundo —replicó Fergus—. Si alguna vez queremos ganarnos la bendición del Laird y formar nuestra propia rama del clan MacAllister, debes demostrar tu capacidad para tomar decisiones acertadas, para valorarte a ti mismo, para aceptar la responsabilidad de no viajar solo, de no convertirte en un blanco fácil para nuestros enemigos.

—No me confundas con un hombre blando como mi primo John, que en paz descanse.

—¿Por qué has vuelto realmente? —inquirió Fergus—. Estás de mal humor.

Duncan contuvo el aliento, tentado de contarle todo.

—Hay cosas en este mundo que un hombre no puede tener, y yo decidí alejarme de ellas.

Fergus ladeó la cabeza, mirándolo con atención.

—¿Se trata de la mujer de MacBride?

A Duncan no le gustó que esa noticia sobre lady Iona ya hubiera llegado a su casa. ¿Qué otros rumores se estaban

difundiendo?

—Se trata de todas las mujeres.

—¿Todas las mujeres? —repitió Fergus—. ¿Contigo? No me lo creo. Se necesitaría un tipo especial de mujer para dejarte tan hecho un ovillo por dentro. Y, por lo que he oído, esa dama tiene el pelo dorado como una valquiria y los ojos de un ángel.

No iba a deshonar a Iona, pero su capitán lo conocía demasiado bien.

—Mentiría si negara que la muchacha me ha afectado de formas a las que no estoy acostumbrado.

Fergus se rió a carcajadas y le dio una palmada en la espalda.

—¿Por qué crees que me negué a casarme con Merry MacDonald hace tantos años? Con una sola mirada de esa muchacha enloquecida supe que mi vida nunca volvería a ser mía. Es mejor tener una màthair. Al menos ella sabe cuáles son sus deberes y, por la mañana, te deja en paz.

Duncan no quería que lady Iona lo dejara en paz. De hecho, se odiaba a sí mismo por haberla abandonado a las puertas de la fortaleza. Había huido como un niño asustado, incapaz de afrontar la realidad de cómo le afectaba ella. No podía imaginar cómo sería pasar aún más tiempo a su lado, llegar a conocerla, compartir sus secretos con ella y descubrir qué la convertía en la mujer orgullosa que era. La intimidad infundía a Duncan un miedo profundo. No acostarse con una muchacha. Sabía cómo hacer suspirar a una mujer, cómo dejarla con ganas de más —todo de él.

Con Iona, aunque había querido levantarle las faldas y hacerle el amor apasionadamente junto al lago, el honor y el cariño lo frenaron. No le quitaría su inocencia a menos que hiciera lo correcto por ella. Y la idea de comprometerse con una sola mujer para el resto de su vida, por muy hermosa e inteligente que fuera, por muy caritativa y amable que pudiera ser, no era suficiente para convencerlo de casarse. Todavía no.

Era mejor escapar antes de que se viera más profundamente envuelto en su vida.

Y las posibilidades de que su poderoso padre, el conde de MacBride, la dejara quedarse con los MacAllister eran una fantasía. El hombre utilizaría toda su influencia para recuperar a su hija y casarla con el bastardo al que Duncan había llegado a odiar en los últimos días: el laird Callum MacNair.

Nunca antes había querido matar a un hombre al que no conocía. En verdad, lo había visto una vez en una reunión de los clanes del norte. Solo le había llevado unos minutos darse cuenta del tipo de violencia de la que era capaz MacNair.

—¿Es tan hermosa como dicen? —preguntó Fergus mientras entraban en la mansión.

Antes de que Duncan pudiera responder, miró a su alrededor, apreciando el refinamiento de su gran salón. Había encargado a las mujeres de la fortaleza de los MacAllister que decoraran su hogar. Todo era nuevo, desde las robustas mesas con caballetes y elaboradas tallas, las sillas a juego con respaldo alto y tapizadas en cuero, las gruesas pieles sobre el suelo de piedra, los elaborados tapices de las paredes —algunos traídos de Constantinopla— hasta los candelabros de plata pura expuestos en la espaciosa tarima donde se alzaba la mesa principal.

Dos chimeneas calentaban el salón, con un fuego brillante y acogedor. Alrededor de las chimeneas había dispuestas una serie de cómodas sillas y bancos, lugares donde los hombres podían reunirse por la noche y discutir cualquier asunto que tuvieran. Duncan no había escatimado en gastos para amueblar su hogar. No permitiría que se dijera que no se merecía este lugar. Incluso las piedras grises que formaban las paredes habían sido fregadas hasta quedar casi como nuevas, dejando a la vista la veta azul única que las atravesaba.

—Parece que estés viendo este lugar por primera vez —comentó su capitán.

—Así lo siento —admitió Duncan, adentrándose en el salón—. Soy un hombre orgulloso. Y creo que mi padre y mi madre aprobarían todo lo que hemos hecho para restaurar su antiguo hogar.

—Conocí bien a tu señor. Recuerdo esta casa. Sí, seguro que está sonriendo desde el cielo.

Duncan subió al estrado y ocupó el asiento del laird en el centro de la mesa principal e invitó a Fergus a sentarse a su derecha.

Varias criadas entraron apresuradamente en el salón llevando bandejas llenas de venado asado y abadejo ahumado, cebollas y col encurtida, pan y mantequilla, nueces tostadas y cerveza. Una de ellas colocó una bandeja de plata delante de Duncan y luego una de peltre delante de su capitán. Duncan eligió un trozo de lomo y probó la carne, saboreando el jugo sazonado. Sonrió a su amigo mientras acompañaba la carne con un trago de cerveza.

—Uno podría acostumbrarse a esto —comentó.

—Los MacAllister han prosperado bajo el cuidado del Laird, y ahora bajo el tuyo.

—Si no fuera por el viaje a Constantinopla...

Fergus negó con la cabeza.

—No, Duncan, habrías encontrado la manera de recuperar tu hogar. Tú y Alex no podéis pasar toda la vida compartiendo el poder. Un hombre solo puede servir a un amo.

Duncan frunció el ceño.

—Yo no comparto el poder con mi primo. Él es el laird de los MacAllister.

Fergus tamborileó con los dedos sobre la mesa, con aire poco convencido.

—¿Cuántas veces vas a negar tu derecho ancestral a formar una nueva rama del clan MacAllister? Los hombres que te sirven lo

apoyan. Yo lo apoyo. Y, en lo más profundo de tu mente obstinada, sabes que es lo correcto.

La verdad era difícil de aceptar a veces, y Duncan lo sabía bien. Mucha gente había sembrado esa semilla en su mente durante los últimos años. Él no era un seguidor. Su padre lo había preparado para ser un líder, un laird. Y Sands Airgid, aunque no era una propiedad tan extensa como la fortaleza y las tierras de Alex, era autosuficiente, con tierras de cultivo fértiles, un lago y un río, y kilómetros de costa que permitían a sus hombres proporcionar pescado fresco para complementar sus reservas de alimentos.

Algunos de sus vecinos no eran tan prósperos. Los MacAllister se habían vuelto más fuertes y ricos en los últimos tres años. Duncan quería aprovechar eso, ampliar las propiedades de los MacAllister, para proporcionar defensas sólidas contra los MacBride y sus aliados en caso de que estallara otra guerra.

—Necesitas una esposa —afirmó Fergus.

—Como si necesitara un agujero en la cabeza.

Su amigo se rió y levantó su vaso en señal de saludo.

—Puede que una mujer no te haga un agujero en la cabeza, pero te abrirá uno en el corazón, si eliges a la equivocada.

Mientras Duncan reflexionaba sobre las palabras de Fergus, no pudo evitar pensar en la adivina de Constantinopla. Ella había previsto su futuro, sabía que tenía ambiciones y cuáles eran exactamente. ¿El mayor obstáculo? El Laird MacAllister, su querido primo, hermano y amigo. ¿Consideraría tal petición una traición? ¿Una amenaza? ¿O vería la sabiduría que había en ella?

Justo cuando estaba a punto de levantarse, oyó a alguien moverse tras las cortinas al otro lado de la sala. Miró a Fergus. Su capitán desenvainó la espada y se dirigió rápidamente hacia donde provenía el ruido. Pero cuando Fergus corrió las cortinas, no había nadie allí.

—¿Ratones? —preguntó Duncan, sabiendo que no era así. Todas las fortalezas tenían espías.

—No —respondió Fergus, volviendo a la mesa—. Una pareja de amantes secretos.

—Que casualmente han oído nuestra conversación.

Eso era lo que más preocupaba a Duncan. Si Alex se enteraba, su primo nunca se lo perdonaría.

Había otras cuatro ramas de los MacAllister. Y, antes de que Alex aceptara a regañadientes el título de laird, casi había accedido a dejar que la más grande absorbiera las propiedades del laird John. Las cosas se habían vuelto así de desoladoras.

Duncan había jurado que nunca volvería a permitir que eso sucediera. Por eso pasaba tanto tiempo con Alex en lugar de estar en casa. Sin embargo, con el nacimiento de los gemelos de Alex, su hijo garantizaba que el linaje MacAllister continuaría.

La presencia de Duncan ya no parecía necesaria. Y, siempre que podía, Alex lo animaba a que se fuera a casa. ¿Por qué? ¿Para deshacerse de él? ¿O para darle tiempo a Duncan a formar su propia familia y clan?

Quizá los dos pensaban lo mismo, pero nunca lo habían hablado por miedo a lo que el otro pudiera decir o hacer. Más allá de eso, Duncan, por su derecho de nacimiento —su madre era prima del rey inglés—, debía aspirar a un puesto más importante que el de simple jefe del ejército de Alex. Un hombre que no supiera cuál era su lugar podía morir prematuramente en las Highlands, eso era lo que siempre decía el padre de Duncan. Pero luego, cuando no había nadie cerca, le decía a Duncan que lograra más de lo que él había logrado.

El padre de Duncan era el segundo hijo. Se había casado bien y había obtenido tierras y riqueza gracias a la dote de su madre. Y Duncan debía hacer lo mismo si quería fundar un nuevo clan. Casarse por conveniencia, no por amor. Lo cual excluía a lady Iona

como posible esposa, pues, si Duncan pasaba demasiado tiempo con ella, su corazón lo debilitaría; eso lo tenía claro.

Capítulo 15

Me prometes no decírselo a tu marido? —le preguntó Iona a Isla mientras estaban a solas en el salón de las mujeres al día siguiente de la partida de Duncan.

Isla había convertido aquel espacio, situado en la segunda planta, en un lugar tan elegante y confortable como el propio salón de Iona en el castillo de Dunrobin. Una única ventana en arco permitía que la luz natural inundara la estancia. En la pared opuesta había una chimenea de piedra. Sobre la chimenea colgaba un tapiz en honor al clan MacLeod, el clan del padre de Isla. Una mesa con caballetes, un mantel bordado y bancos acolchados adornaban el centro de la habitación. Los materiales de tejido y bordado se guardaban en cestas a lo largo de la pared norte. En una mesa más pequeña, en la esquina, había una bandeja con comida y vino.

—Los secretos pueden dañar un matrimonio —le dijo Isla—. Lo aprendí por las malas. Pero también valoro la honestidad y la confianza que tú y yo compartimos. ¿Es vergonzoso que Duncan haya mostrado interés en ti?

Iona se levantó de la mesa con caballetes y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Él quiere que me mantenga alejada.

—No le creo. Creo que tú le planteas un reto, le haces pensar en cosas que no se había planteado en mucho tiempo.

—Le pregunté si podíamos seguir siendo amigos.

Isla la miró de reojo.

—Iona, un hombre como Duncan no quiere ser tu amigo, ni el amigo de ninguna mujer.

Esa noticia decepcionó enormemente a Iona.

—¿Ha habido otras mujeres, entonces? ¿Por las que se haya preocupado?

Isla dejó a un lado su bordado.

—Por supuesto —respondió sin dudar—. Ha viajado por medio mundo, ha conocido a mucha gente, ha hecho muchas cosas. Es un guerrero de las Highlands de sangre caliente. ¿Esperarías menos?

—No —respondió con pesar—. No tengo aventuras que contar, ni grandes logros que compartir. Para un hombre experimentado como Duncan, debo parecerle una niña.

—¿Por qué eres tan dura contigo misma, Iona?

—Porque deseo mucho más de lo que tengo.

—No estás sola.

—Lo sé.

Se inclinó sobre la mesa y apretó la mano de Isla con gratitud.

—Siento si parezco egoísta. Es solo que...

—¿Qué?

—Mientras nos besábamos...

—¿Te besó?

Iona sintió que se sonrojaba.

—Fue más que un simple beso.

—Alex no lo aprobaría. Y no estoy segura...

—No —interrumpió Iona—. Quería que me besara.

—¿De verdad?

—Tengo veintiún años, Isla. Nunca he estado a solas con un hombre, nunca se me ha permitido hablar con uno como lo he hecho

con Duncan, y desde luego nunca he disfrutado de la atención romántica de un hombre.

—Solo porque tu padre quería lo mejor para ti.

Iona no pudo evitar reírse.

—Lo mejor para él, Isla. Protegí mi virtud para poder casarme con un laird poderoso, no porque realmente le importe.

—No me lo creo. En el fondo, bajo toda esa bravuconería, sigue siendo tu padre. Recuerda que mi propio padre es de ideas fijas.

—Quiero creerlo. Pero después de que mi madre muriera, él cambió. Intentó olvidarse de ella y se buscó una amante una semana después. Hasta el día de hoy, los sirvientes cuchichean sobre ello, especialmente cuando muestra interés por una mujer nueva. No deseo casarme con un hombre así.

—Te prometo una cosa —afirmó Isla—. Duncan no es ese tipo de hombre. Y si has despertado sus emociones tanto como dices, entonces no me preocuparía. Él volverá.

—Aunque sea diferente, eso no cambiará nada, sobre todo quién soy yo. Quizá sea hora de que le envíe una misiva a mi padre, ahorrándole la tarea al laird. Yo soy la que huyó. Es mi responsabilidad decirle por qué.

Isla rodeó la mesa de caballetes y se plantó frente a Iona.

—Estoy orgullosa de ti. La mujer que conocí hace siete años no habría tenido el valor de decirlo.

—¿No?

—No —le aseguró Isla.

—Deseo hablar con el laird.

—Antes de llevarte con él, recuerda que el banquete en honor de mis hijos es dentro de cinco días. Espero que sigas queriendo ser la madrina de mi hijo y mi hija.

Nada podría disuadir a Iona de aceptar ese honor. Esos dos dulces bebés eran lo único que hacía que mereciera la pena dejar Dunrobin. Cualquier momento que pasara con Isla y su familia se convertiría en uno de los recuerdos favoritos de Iona, incluso si tenía que casarse con Callum MacNair.

—Sí —respondió con entusiasmo—. Tengo planes muy especiales para John y Rebecca.

Sonrió.

—Me alegro mucho.

Isla la abrazó.

—Ahora vamos a ver qué pasa con Alex. Estoy segura de que no te impedirá escribir a tu padre.

Encontraron a Alex en su estudio con Matteo.

—Adelante —dijo Alex, levantándose y haciendo una reverencia—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas del día, querida esposa?

—Un favor especial —respondió ella, dirigiéndose directamente a su marido y aceptando un beso en la mejilla.

—Pídeme lo que quieras.

A Iona le encantaba la forma en que Alex y Isla se hablaban y se miraban con tanto amor y admiración. Podía sentir la química entre ellos, y eso casi le robaba el aliento.

—Después de hablar con lady Iona, ella ha decidido que sería mejor que redactara la misiva al conde de MacBride, no tú.

Alex volvió a sentarse, casi como si le hubieran obligado a ello.

—Me has pillado desprevenido, dulce esposa.

—No era mi intención, Alex.

Alex miró a Matteo.

—Siempre llena de sorpresas.

Matteo sonrió.

—Por eso es la perfecta Lady MacAllister.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión sobre que yo le escribiera a tu padre? —preguntó Alex a Iona.

Ella se adentró más en la gran sala.

—He tenido tiempo para pensar en todo —respondió—. He dejado que otros tomen decisiones por mí toda mi vida, Laird. Por una vez, me gustaría que el conde me respetara, aunque piense que estoy equivocada.

Alex juntó las manos sobre la mesa e inclinó el cuerpo hacia delante.

—Tu padre, sin duda alguna, creerá que te equivocas. ¿Estás preparada si envía a tus hermanos y a un ejército a rescatarte? Porque, si inicias la conversación con él, Lady Iona, deberás afrontar las consecuencias cuando se presente para obtener una explicación directa de tus acciones.

Iona intentó aliviar la tensión entre sus hombros mientras reflexionaba sobre la advertencia de Alex. Cada vez que pensaba en su padre, los músculos de su cuello se tensaban y sentía como si llevara el peso del mundo sobre sus espaldas. Al menos había superado la parte en la que se le secaba la garganta y no encontraba las palabras adecuadas que decir. Pero, en realidad, la idea de enfrentarse al conde le daba ganas de esconderse en su dormitorio.

—Parece que no tengo otra opción.

—De acuerdo —concedió Alex—. ¿Matteo?

—¿Mi señor?

—¿Estás dispuesto a ayudar a lady Iona con su misiva al conde de MacBride?

Matteo asintió a Alex y luego se volvió hacia Iona.

—Sería un honor para mí ayudarla, lady Iona.

—Entonces está decidido.

Alex se puso de pie y se estiró.

—Os dejaré solos a los dos. En cuanto a mi esposa...

Se acercó a Isla y le rodeó la esbelta cintura con un brazo.

—Creo que deberíamos tomar un poco de aire fresco juntos.

—Alex —dijo Isla—, llama primero a Grisel. Lady Iona no debería quedarse sola con un hombre en tu estudio.

—Sí.

Se dirigió a la puerta del estudio y la abrió. Un guardia se inclinó.

—Ve a buscar a Grisel.



—No tenía motivos para decírtelo —dijo el conde, observando cómo el coloso, el laird MacNair, paseaba por su gran salón.

—¿Que no tenías motivos? —gruñó su invitado—. ¿Es mi prometida o no?

—La muchacha nunca me ha desobedecido. Para proteger su reputación, he manejado esto en secreto. Mis hombres la están buscando en este mismo momento. Si está en las Highlands, encontrarán a Iona y la traerán a casa. Eso te lo prometo.

Callum MacNair no era un hombre con quien resultara fácil estar. No le importaban mucho las formalidades y trataba al conde como si fueran iguales.

—Este vino francés —se quejó— está pensado para que lo beban las mujeres. Dame algo con garra, algo que me calme los ánimos.

El conde puso los ojos en blanco. Ese vino costaba más plata que toda la cerveza de las islas. Sin embargo, los modales bárbaros

del laird proporcionaban un entretenimiento secreto al conde, pues podía imaginarse fácilmente al hombre vestido con pieles de animales y vagando por las vastas colinas descalzo y medio muerto de hambre en los días de los pictos.

—Recuerda el tesoro que obtienes con mi única hija.

El laird metió la mano dentro de su túnica y sacó un pequeño retrato de lady Iona.

—¿Es este un retrato fiel? —preguntó.

—No le hace justicia —respondió el conde mientras hacía señas a una de las criadas—. Trae cerveza para el laird MacNair.

La criada hizo una reverencia y salió del gran salón.

—Es una belleza excepcional, como su madre antes que ella.

La respuesta pareció apaciguar a Callum lo suficiente como para dejarse caer en la silla junto al conde.

—John...

El conde podía soportar muchas cosas, pero no esto.

—No te he dado permiso para usar mi nombre —replicó con voz dura—. Se tratará a Iona con rapidez y sin piedad si ha deshonrado a nuestra familia. Sin embargo, si ha huido por miedo, como hacen muchas doncellas antes de casarse, le mostraré bondad, pues ha sido una muchacha tolerable todos estos años.

Callum gruñó mientras se bebía el último sorbo de vino.

—Tú tienes la suerte de tener tres hijos. Yo estoy maldito con seis hijas, de las cuales solo dos valen la pena.

El conde sabía que el laird era un hombre de lo más bajo, y tenía grandes esperanzas de que, tras casarse con Iona, moriría pronto, por accidente, por supuesto. Con él fuera del camino, tal y como estipulaba el contrato matrimonial, la mitad de sus bienes pasarían a ser propiedad de MacBride y Iona sería libre de volver a casarse, esta vez con el hombre que ella prefiriera.

Aunque fuera injusto para la dulce Iona, la recompensaría por su dolor y sufrimiento. El laird MacNair había prometido —y lo había garantizado por escrito— que no maltrataría, ni causaría daño físico, ni dejaría morir de hambre a Iona: una medida necesaria para proteger a su hija.

El laird MacNair dejó caer el retrato de Iona sobre la mesa.

—¿Dónde se ha metido la muchacha?

El conde sonrió detrás de su copa de plata. Sabía exactamente dónde buscar. La fortaleza de los MacAllister.

Capítulo 16

El día de la fiesta en honor a los gemelos de Alex y Isla había llegado. Iona se había mantenido ocupada ayudando a Isla y a las demás mujeres de la casa a prepararse para la celebración. Sin noticias de Duncan, Iona no sabía si se esperaba de ella que llevara a John y a Rebecca al gran salón para recibir la bendición del padre Michael. La idea no le gustaba, pues se culpaba a sí misma por su ausencia. No solo eso, sino que se rompería la tradición; el padrino debía llevar a los niños varones y la madrina, a las niñas.

Mientras Iona esperaba impaciente a que Grisel terminara de peinarla, se quedó mirando por la única ventana de su dormitorio.

—Si sigue retorciéndose como una niña pequeña, no podré dejarle los rizos perfectos, mi señora.

—No me importa cómo me vea —respondió ella.

Grisel chasqueó la lengua en señal de reproche.

—No me lo puedo creer. En cuanto al señor Duncan...

—No digas nada sobre él —advirtió Iona.

—¿No? Lleva callada casi una semana. Pero cualquiera con dos dedos de frente puede ver que está sufriendo.

—¿Sufriendo? ¿Por qué?

—Por la decepción.

¿Debería seguir mintiendo? Le latía la cabeza y tampoco podía evitar que le temblaran las manos. Todas las señales de que algo andaba mal. Y, si pensaba demasiado en Duncan, le daba un tirón en el ojo derecho. Levantó la barbilla, mirando a la criada.

—A pesar de todos mis esfuerzos por olvidarme de él mientras trabajo de la mañana a la noche, no estoy mejor.

Grisel retorció el último mechón del pelo de Iona y lo sujetó con un pasador antes de apartar el peine de marfil. Con la mano en la cadera, dijo:

—Tanto si ese mhic an Diabhail vuelve como si no, debería estar orgullosa de lo que ha logrado en el poco tiempo que lleva aquí.

Iona volvió a tragarse la risa después de que Grisel dijera algo inapropiado. Pero esa era una de las razones por las que le había tomado cariño a la criada tan rápidamente; la muchacha decía lo que pensaba sin dudarle. Iona nunca la dejaría marchar. Aunque no podía estar de acuerdo con que Duncan fuera el hijo del diablo. Se aclaró la garganta.

—Grisel, agradezco tu lealtad, pero no pongas tantas esperanzas en mí. Ni siquiera pude terminar la misiva a mi padre sin rogarle a Matteo que me diera tiempo para pensar en lo que quiero decirle.

—Se equivoca por completo. Pedir ese tiempo demuestra lo mucho que le importa. En lugar de decir algo por ira o desesperación, está esperando a que le vengan las palabras adecuadas. Eso es admirable, mi señora. Todo el mundo habla de lo buena mujer que es, de lo mucho que desearían que fuera una MacAllister en lugar de una MacBride.

Grisel dio un pequeño grito ahogado y luego se tapó la boca.

—Perdóneme, lady Iona.

Aunque las palabras herían su orgullo, Iona había deseado lo mismo una y otra vez. Iona de las Highlands, el nombre especial que Duncan le había dado. O Iona MacAllister también le atraía. Sueños de una muchacha tonta. No podía convertirse en una MacAllister más de lo que podía ser una simple muchacha de las Highlands. Llevaba una pesada carga por haber nacido MacBride. Se esperaba

mucho de ella, pero, Dios la ayudara, no podía aceptar el destino que su padre había elegido para ella.

—No te preocupes —respondió Iona, haciendo un gesto para que le pasara el espejo.

Grisel se lo entregó y Iona se miró el pelo. Solo se había recogido la parte delantera y los lados; el resto de su melena rubia, que le llegaba hasta la cintura, estaba suelta. Unas flores secas de color púrpura adornaban los rizos, y llevaba un vestido de lino color lila ribeteado con bordados plateados y zapatillas a juego. Para demostrar lo importante que era el honor de ser nombrada madrina de los hijos de Isla, decidió ponerse las joyas favoritas de su madre: un anillo romano de granate, un collar y una pulsera.

—Gracias, Grisel —dijo, devolviendo el espejo a la doncella y poniéndose de pie—. No sé por qué Isla no te ha nombrado su doncella personal. Y mi oferta sigue en pie. Por favor, ven conmigo adondequiera que vaya.

Grisel parpadeó varias veces y sonrió.

—Me honras mucho con su petición, milady. Pero los MacAllister son mi familia, y esta fortaleza es el único hogar que he conocido.

—Lo entiendo.

Y lo entendía, pero eso no significaba que fuera a renunciar a intentar que la criada cambiara de opinión todavía.

Alguien llamó a la puerta de la habitación y Grisel se apresuró a abrirla.

El laird Alex y dos de sus guardias los saludaron.

—Grisel —saludó Alex, y luego miró más allá de ella—. Lady Iona. ¿Estás lista para bajar?

—Sí.

Hizo una reverencia y Alex sonrió de oreja a oreja.

—Estás preciosa.

Lady Iona se enderezó, manteniendo la cabeza alta, tal y como le habían enseñado toda su vida.

—Gracias. ¿Nos está esperando lady Isla?

—Es la mujer más impaciente que he conocido jamás.

Alex se rió entre dientes, luciendo majestuoso con su túnica negra con hilos dorados y lo que parecía ser un nuevo tartán de los MacAllister, sujeto con un espléndido broche de rubíes y plata.

Le ofreció el brazo a Iona, y ella lo tomó, seguida de Grisel y los guardias.

La estrecha escalera de caracol, tallada en piedra, terminaba en un arco que daba al gran salón. A diferencia de otras fortalezas de su tipo, la casa ancestral de los MacAllister tenía ventanas en la planta baja que permitían ver el exterior. Con el sol a punto de ponerse, la luz del día que se desvanecía y la luz de las velas bañaban el salón de forma espectacular.

Se escucharon aplausos cuando el laird y lady Iona entraron en la vasta sala. El padre Michael esperaba al fondo, frente a la tarima donde se encontraba la mesa principal. Lady Isla y los capitanes de los MacAllister ya estaban sentados.

Iona contó al menos un centenar de asistentes en el gran salón, más si tenía en cuenta a la multitud de la antecámara —la mayoría de ellos pequeños agricultores.

El laird le acarició la mano antes de excusarse y caminar lentamente hacia la mesa principal, mientras su gente se ponía en pie para honrarlo. Sí, el respeto y el amor que el laird se había ganado de su clan se reflejaban en sus rostros felices. Incluso podría llamarlo adoración, tanto por parte de hombres como de mujeres. Eso la llenaba de alegría y melancolía a la vez, pues Iona deseaba que su padre inspirara ese tipo de devoción.

Un poco nerviosa, Iona miró a su alrededor. Por desgracia, no había ni rastro de Duncan. Sin embargo, llegaron las niñeras con los bebés en brazos y apareció Matteo.

—Lady Iona —se inclinó—. La ceremonia es informal, pero muy importante para los orgullosos padres.

Miró en dirección a Alex y a Isla.

—Ni un bufón de la corte podría sonreír tan radiante como ellos.

Iona estuvo de acuerdo. Isla y Alex eran inmensamente afortunados.

—El bautizo se celebrará el próximo sábado, una ceremonia privada para la familia.

—¿Llevaré a los dos niños? —preguntó ella—. ¿O vas a sustituir a Duncan?

Matteo suspiró y bajó la voz.

—Alex me dio instrucciones específicas. Si Duncan se niega a cumplir con su deber de presentarse a esta celebración, entonces el honor de ser el padrino de los niños ya no será suyo. En ese caso, el laird me ha pedido que sea su padrino.

Iona lo miró. El erudito italiano desempeñaba un papel muy importante para los MacAllister. En numerosas ocasiones, el laird lo había elogiado. Parecía un sustituto adecuado para Duncan, alguien que podría enseñar a los niños mucho sobre el mundo.

—Enhorabuena por tal honor —dijo con sinceridad.

—¿Qué honor es ese? —preguntó una voz familiar.

El corazón de Iona casi se detuvo al volverse y encontrar a Duncan en la antesala. Tenía un aspecto diferente, bien descansado. Bien afeitado y con el pelo a la altura de los hombros recogido en una coleta, parecía un guerrero de las Highlands de alto rango. Él también llevaba un tartán MacAllister negro y azul más nuevo sobre una camisa de lino limpia. Pero sus rasgos apuestos no bastaban para calmar su ira. Su repentina aparición no compensaba lo que les había hecho a ella, a Alex y a Isla.

—Duncan —saludó Matteo, sorprendido—. Habría que informar al laird y a lady Isla de su presencia.

Una sonrisa juvenil iluminó el rostro de Duncan.

—¿Y arruinar la sorpresa, Matteo?

Luego se volvió hacia Iona, con esa misma sonrisa que amenazaba con derrumbar sus defensas.

—Lady Iona.

Hizo una profunda reverencia.

—Perdona mi descaro. Reaccioné de forma exagerada tras nuestra conversación del otro día...

¿Por qué había enfatizado así la palabra conversación? Fueron los besos los que lo desarmaron, no sus palabras. Temiendo que pudiera decir demasiado delante de todos, ella lo interrumpió:

—No hay necesidad de disculparse, Duncan. No conmigo.

Él le guiñó un ojo.

—Soy un hombre sencillo.

Aun enfadada, volver a verlo le calentaba el corazón, aunque nunca se lo admitiría. Sacudió la cabeza.

—No eres un hombre sencillo.

—Duncan, ¿lady Iona? —interrumpió Matteo—. Es hora de llevar a los niños con el padre Michael. Nuestros invitados se están impacientando.

Iona mantuvo la mirada fija en Duncan.

—Nadie pensó que vendrías —dijo—. El Laird se vio obligado a nombrar a otro hombre como padrino.

La noticia hizo que Duncan frunciera el ceño.

—¿Quién?

Iona señaló a Matteo.

—Un nombramiento que estoy segura de que él no quería —susurró.

—Bueno...

—Duncan —insistió Matteo, y luego hizo una señal a las nodrizas para que les trajeran a los niños—. Iona, tú coge a Rebecca. Duncan, coge a John.

Una vez que Iona tomó a la pequeña en sus brazos, nada más importó.

Los gemelos representaban una nueva oportunidad para el clan MacAllister, un futuro feliz.

—Caminad uno al lado del otro hasta el padre Michael —indicó Matteo—. Y, una vez que lleguéis a él, rezará y luego bendecirá a los niños. Les pedirá a ambos que hagan un voto de protección, jurando velar por las necesidades espirituales y el bienestar de John y Rebecca. ¿Aceptan ambos estas condiciones?

Duncan miró fijamente a Iona durante un largo rato.

—Por muchas veces que huya de ti, Iona de las Highlands, parece que el Todopoderoso me trae de vuelta.

Un calor le recorrió el cuerpo. ¿Cómo podía decir algo así a la vista de todos? ¿Quién lo habría oído? Miró a su alrededor nerviosa. Matteo parecía ser el único que escuchaba, pues los músicos tocaban dentro del gran salón, una afortunada distracción.

—Formaremos un equipo formidable —añadió Duncan, levantando las cejas en señal de interrogación—. ¿Estás de acuerdo?

—¿Un MacAllister y un MacBride? —respondió ella—. Los milagros pueden suceder si los beneficiarios de la gracia de Dios son dignos.

Duncan echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Entonces serás la única bendecida con un milagro, pues yo soy una humilde bestia de las Highlands, Iona, con una sola cosa en mente.

Su expresión desenfadada se transformó en algo que ella prefería no ver, no tener que reconocer. Sus ojos azules ardían de deseo.

Matteo tosió exageradamente.

—Ya habrá tiempo más tarde para que vosotros dos os reconciliéis.

—De acuerdo —aceptó Duncan, abrazando al pequeño John contra su pecho—. Sí, juro proteger a estos niños con mi vida.

Pero, de alguna manera, aunque Duncan dijera estos niños, Iona intuyó que también quería protegerla a ella.

Capítulo 17

Después de que casi todos los invitados cogieran a los niños y los enviaran arriba a dormir, la celebración continuó hasta bien entrada la noche. Incluso la señora Iona parecía haber olvidado el estricto control que se había impuesto y bebió más vino del que Duncan jamás hubiera imaginado que podía beber. Si fuera menos hombre, alguien que solo tuviera en cuenta sus propios intereses, se habría llevado a esa hermosa mujer arriba y la habría desvestido, la habría acostado en esa cama digna de una reina en su habitación, y la habría amado hasta que ella gritara su nombre, hasta que no pudiera caminar, hasta que no pudiera imaginar vivir sin despertarse junto a él cada mañana.

Mierda. Quería a Iona MacBride. En la cama. En su corazón. En la vida. Pero la chica no le pertenecía. Según su padre, pertenecía a Callum MacNair, un hombre al que más le valdría estar muerto. Un hombre que merecía sentir el golpe fatal de la espada de Duncan por haber matado a sus anteriores esposas. Y Duncan, sin importarle las consecuencias, se aseguraría de que Iona nunca se casara con ese bastardo. Nunca, repitió mil veces en su cabeza mientras veía a Iona terminar de bailar con uno de los soldados de Alex.

Había tenido mucho éxito esta noche. La suave luz de las velas, la excelente comida y bebida, la música melódica capaz de domar a la criatura más salvaje... ese tipo de magia fae le hacía cosas a la mente de un hombre. Y cualquiera de esos viriles guerreros MacAllister moriría por pasar una noche con Iona.

Duncan se bebió de un trago el resto de su cerveza. Había tenido un cuidado inusual con la cantidad que había bebido. No

podía permitirse perder de nuevo su agudeza mental, no con el futuro de Iona en juego. No con su cordura ya en entredicho.

—¿Qué pasa? —preguntó Isla, acercándose y dándole una palmadita en la mano—. Gracias por volver a tiempo.

—No es nada —respondió él—. John y Rebecca son unos niños encantadores, Isla. Has salvado a nuestro clan.

Le besó en la mejilla.

—Te conozco bien, Duncan MacAllister. Algo no va bien. Y, a menos que me lo digas, te perseguiré día y noche hasta que me digas la verdad.

Que Dios le ayudara, ahora tenía dos mujeres que le complicaban la vida.

—Me fui de aquí con la intención de no volver hasta que Iona MacBride se hubiera ido.

Curiosamente, Isla no pareció sorprendida.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? Y no uses a mis hijos como excusa.

Duncan se recostó en la silla, reacio a decir exactamente lo que sentía. Pero Isla no era una doncella, y lo entendería.

—No he sido ningún santo, Isla.

Su confesión la hizo sonreír.

—ningún MacAllister lo es.

—Amo a las mujeres.

—Sí.

—Y ellas me aman.

—Eres arrogante, Duncan.

—Quizá un poquito —admitió—. Intenté acostarme con una de mis criadas después de volver a casa.

—¿Qué quieres decir con intenté?

¿Por qué, en nombre de todo lo sagrado, tenía que hacer esa pregunta? ¿No podía deducirlo sin más explicaciones? Se inclinó hacia su prima política.

—La besé, pero no me gustó.

—¿No?

—¿Te estás burlando de mí, Isla?

—No. Solo estoy orgullosa de ti.

Las mujeres nunca dejaban de confundirlo. ¿Aprobaba el hecho de que hubiera besado a otra muchacha? ¿Cómo podía ser eso, cuando Duncan estaba seguro de que Iona le había confiado a Isla lo de su intimidad en el lago?

—Tienes que hablar con Iona, no conmigo. Pero te lo advierto, Duncan, como sé que lo ha hecho mi marido. Es una muchacha frágil, insegura de sí misma y del futuro. No la lleves por un camino equivocado. Dile la verdad.

Duncan podía cumplir esa promesa.

—Lo haré.



Iona confiaba en Keith MacAllister para que la llevara sana y salva de vuelta a la mesa principal. No recordaba una ocasión más alegre que la de esta noche, en la que realmente sentía que formaba parte de algo real, y no solo un adorno para ayudar a su padre a conseguir lo que quería. Aquellos preciosos bebés le daban esperanza para su propio futuro. Y quería olvidarse de la verdad por un rato.

Una vez de vuelta en la mesa principal, sentada entre Isla y Duncan, se rió como una niña pequeña.

—¿Y qué líos has estado armando, Iona? —preguntó Isla en tono juguetón.

—¿Yo?

Se llevó la mano al pecho.

—Ninguno que yo sepa.

Duncan permaneció en silencio mientras la miraba y daba un sorbo a su cerveza.

—Es muy agradable hablar con Keith MacAllister —continuó Iona—. Y también con Magnus y Ross...

Duncan dejó su jarra sobre la mesa con cierta fuerza.

—Parece que no me dejas otra opción, Iona MacBride.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con inocencia.

Duncan se puso de pie y le tendió la mano.

—Si no bailo contigo, lo único que recordarás de esta noche será a todos ellos.

Nada más lejos de la realidad. Las mujeres le habían advertido de que Duncan no bailaba. Y, como quería pasarlo bien, decidió bailar hasta que ya no pudiera mantenerse en pie. Lamentablemente, en ese momento no eran sus pies los que le fallaban, sino su cabeza. Se dio cuenta de que había bebido demasiado vino.

—Duncan. Si me haces girar demasiado rápido, me temo que me caeré.

Él se rió.

—¿Sí? Bueno, quizá un poco de aire fresco nos vendría bien.

Con la esperanza de que ella lo acompañara, Duncan se encontró con la mirada vigilante de Grisel. La doncella siempre parecía estar a menos de un paso detrás de Lady Iona, probablemente haciendo exactamente lo que Alex le había ordenado.

—¿Un paseo? ¿En la nieve?

—Te encanta el frío.

—Sí —confirmó ella.

—Duncan —intervino Isla—, quizá Lady Iona debería subir a las habitaciones.

—No.

Iona cogió un trozo de pan y le dio un buen mordisco.

—No te preocupes por mí, Isla. Duncan no dejará que nadie me haga daño, ¿verdad?

Su familiar sonrisa burlona volvió a aparecer.

—Ten por seguro que la única amenaza para ti en esta fortaleza soy yo.

Ahora Iona sabía que no estaba pensando con claridad, pues sus palabras la emocionaban de una forma peligrosa, de una forma prohibida. Quería otro beso. Quería recorrer con las yemas de los dedos los contornos de su cuerpo fuerte, inhalar su aroma masculino, escuchar sus susurros entrecortados en su oído y sentir su excitación. Cerró los ojos con fuerza, recordando lo que creía haber sentido en el lago cuando estaba sentada en el regazo de Duncan. Que Dios la perdonara.

—¿Muchacha? —preguntó Duncan, con un tono de preocupación en la voz—. ¿Te encuentras mal?

—No.

Abrió los ojos y se fijó en su rostro.

—Estaba recordando, nada más.

—Espero que sean agradables.

La piel se le erizó de deseo.

—Mucho.

—Entonces, ¿aceptas mi invitación para dar un paseo?

De repente se sintió sobria y consciente de lo que él le estaba pidiendo. El paseo no le importaba. Él quería lo mismo que ella: encontrar otro momento fugaz para escapar juntos a un lugar privado. Y Iona no permitiría que nadie le robara esa oportunidad. Al fin y al cabo, podría ser su último encuentro.

—Sí.

Se puso de pie y miró a Isla.

—Gracias por dejarme formar parte de la vida de los niños, de tu vida.

—Ve —la animó Isla—. Aprovecha el tiempo que tienes, mientras todos están celebrando y no está Grisel.

Iona le besó las mejillas con el más profundo afecto y luego siguió a Duncan a través del salón abarrotado, en dirección a las puertas principales.

Capítulo 18

En el momento en que escaparon de los confines del salón y Duncan supo que Grisel no los seguía, en lugar de salir de la fortaleza, guio a Iona a través de la antecámara, salió por una pequeña puerta y bajó por un estrecho pasillo que daba a la despensa y a varios otros almacenes. Eligió uno al azar, abrió la puerta, la empujó suavemente hacia dentro y cerró tras ellos.

Podía oler las hierbas y observó los barriles y otros recipientes que había en aquel pequeño espacio. Varios candelabros con velas encendidas proporcionaban luz suficiente para ver. En una esquina había un par de sillas, un lugar donde se sentaban las mujeres que clasificaban y secaban las hierbas para la casa. Podría haber elegido un escondite peor. El entorno no importaba; solo ella importaba.

La miró, fijándose en sus grandes ojos azules, sus labios temblorosos, la necesidad en su rostro. ¿Cómo se sentiría él en su lugar? Un extraño en su casa, sin familia que la protegiera, sin nada familiar. Y, para complicar aún más su situación, una doncella sin experiencia a la que solo Duncan había besado.

La respuesta le vino rápidamente. Pero no fue una respuesta humilde.

—¿Por qué sonríes así? —preguntó ella.

Por todos los huesos de Dios, no podía ocultar su orgullo.

—Estaba pensando en ti y en cómo debe de ser estar lejos de casa y aquí sola conmigo.

—¿Sí? ¿Y a qué conclusión has llegado?

—Si yo fuera tú, Iona de las Highlands, también me enamoraría de mí.

Ella le lanzó una mirada de reojo, al principio en silencio, tan quieta como una noche de invierno. Entonces, de repente, se rió tan fuerte que tuvo que sentarse y abrazarse a sí misma.

Duncan no veía nada gracioso en lo que había dicho. Frunció el ceño.

—¿Esta es mi recompensa por ser sincero contigo?

Poco a poco se fue calmando, hasta que solo un pequeño jadeo escapó de sus labios.

—Yo... yo... Me has hecho reír más fuerte que nunca. Eres el pícaro más arrogante que he conocido, Duncan MacAllister. Te pavoneas por esta fortaleza como un gallo rodeado de una bandada de gallinas desenfrenadas.

—¿Un gallo?

—Sí. Con una corona roja.

Duncan se alisó el pelo con una mano.

—¿No te gusta mi pelo rojo?

Ella puso los ojos en blanco.

—Es parte de ti.

—¿Qué me estás diciendo, Iona?

Se acercó a ella.

—¿No te das cuenta? Con toda tu experiencia con las mujeres... ¿todos los lugares que has visitado? ¿Todos los hombres con los que has luchado y a los que has matado?

Duncan se arrodilló frente a ella.

—¿Es así como me ves?

—Veo lo que eres en este momento. Un hombre tan temeroso de lo que siente como yo lo estoy de lo que siento. No hay diferencia

entre nosotros; aunque te hubieras acostado con una reina en Constantinopla, ella no habría podido tocar tu corazón como yo lo he hecho.

Impresionado por su confianza y comprensión, él simplemente la miró con asombro. Aquella doncella lo había puesto de rodillas, como un pecador. Pero aún no buscaría la redención, pues quería pecar aún más con ella. Mirarla fijamente para siempre, memorizar cada detalle de su hermoso rostro, conocer cuáles eran sus sueños futuros y ponerse manos a la obra para hacerlos realidad.

Duncan le pasó un dedo por debajo de la barbilla y le inclinó la cabeza de izquierda a derecha. La luz de las velas iluminaba su piel clara de la forma más seductora. Y su melena dorada como el oro: era la primera vez que la veía en toda su extensión. Caía en cascada sobre sus hombros y le bajaba por la espalda. No pudo resistir el impulso de tocarla y tomó un rizo cerca de su mejilla.

—Bòidheach —susurró.

Más hermosa que el Rionnag Tuath o que el mar azul profundo que bordeaba el oasis desértico de Constantinopla.

—Ningún hombre me había llamado hermosa antes.

Una sola lágrima le resbaló por la mejilla. Él se movió para atraparla, pero ella le apartó la mano.

—No. No lloro por dolor, sino por alegría.

Se secó la lágrima ella misma.

—Después de que mi madre muriera, vinieron y se fueron muchas mujeres encargadas de educarme: algunas amables, otras crueles. Todas me enseñaron la modestia, a no mirarme nunca demasiado tiempo en el espejo para no acabar siendo una mujer vanidosa con la que ningún hombre respetable quisiera casarse.

—Tontas —murmuró él, acariciándole la mejilla.

—¿Prefieres que dude de la sinceridad de tus elogios o que los reciba tal y como tú lo harías, engreído como un gallito?

Duncan resopló, y luego ambos se rieron.

Él le tomó las manos entre las suyas.

—Te debo una disculpa por marcharme sin dar explicaciones.

Ella pareció sopesar sus palabras.

—¿Por qué te fuiste?

—Hay algo especial entre nosotros, Iona. No puedo decir con certeza qué es ni cuánto durará, pero sé que mi vida nunca volverá a ser la misma por ello. Es algo difícil de admitir para un hombre como yo. Así que, en lugar de enfrentarme a ello, decidí intentar huir.

—¿Funcionó?

—Ni siquiera un poco.

Soltó sus manos, llevó su muñeca derecha a sus labios, besó su interior y saboreó la tierna piel.

Ella dejó escapar un pequeño gemido desde lo más profundo de su garganta. Así que él puso a prueba la profundidad de su pasión trazando un camino de besos ligeros como plumas por su brazo. Ella se estremeció y se inclinó hacia delante en la silla.

—Duncan —susurró.

—¿Sí?

No quería dejar de besarla y tocarla.

—Mi cuerpo...

—¿Qué pasa, muchacha?

Ella pestañeó y lo miró.

—¿Es este el raro don que comparten un hombre y una mujer?

—Es pasión, Iona; un regalo muy especial, sin duda.

—No me gusta cómo me hace sentir por dentro.

—¿No? ¿Aquí dentro? —Señaló su cabeza.

Ella recompensó su tontería con una media sonrisa.

—No, no en la cabeza.

—¿Aquí?

Le puso la mano sobre el corazón y sintió los latidos contra su pecho.

—¿Y aquí?

Esta vez, le separó las rodillas con un leve empujón y le levantó el dobladillo del vestido para dejar al descubierto sus esbeltas piernas.

Iona apretó los ojos con fuerza mientras se recostaba en la silla.

—¿Muchacha?

—Sí —susurró ella—. Ya sabes la respuesta, Duncan.

Y así era. La tentación empuñaba una espada superior a la determinación de Duncan. Sabía que, si levantaba la falda un poquito más, vería el paraíso. Imaginó una corona de rizos dorados y pliegues de carne suave y húmeda. Podría tomarla ahora mismo. Amarla hasta la luz de la mañana y luego llevarla rápidamente arriba antes de que nadie notara que había desaparecido. ¿No había dado Isla su aprobación? ¿Incluso Alex?

¡Por Dios! Duncan le bajó la falda y, en su lugar, la agarró por las caderas y la atrajo hacia él, hasta su regazo. Ella se sentó a horcajadas sobre él, y él le puso una mano en la nuca, acercando su rostro al suyo.

—Bésame, Iona.

Ella inclinó la boca sobre la de él, dándole exactamente lo que quería. Su lengua sedosa se entrelazó con la de él, y él profundizó el beso. Si esto era todo lo que iban a compartir jamás, se aseguraría de que ella nunca lo olvidara. De hecho, quería grabar la imagen de ambos juntos en su memoria. ¿En quién pensaría ella cuando Callum MacNair le quitara la virginidad...?

Lleno de celos, Duncan gruñó y volteó a Iona debajo de él. Se cernió sobre ella, incapaz de ocultar su excitación. Ella se quedó mirando, con absoluta fascinación, la protuberancia que su erección formaba bajo el tartán.

—¿Te duele?

Ella empezó a alargar la mano hacia él, pero se lo pensó mejor y la bajó.

—Sí, en cierto modo.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—Iona...

Repitió su nombre varias veces. El único alivio vendría si pudiera hundirse en ella y hacerla suya. Se inclinó y capturó sus labios perfectos, con la lengua buscando un dulce refugio en su boca. La besó larga y apasionadamente hasta que ambos quedaron sin aliento.

Entonces, incapaz de resistirse, le acarició el pecho, encontrando carne firme y un pezón duro a través del delicado tejido de su vestido. Tenía los pechos llenos, de esos que le llenarían las grandes manos. Le acarició el otro, apretándolo suavemente y besándola al mismo tiempo. Ella se retorció debajo de él, y sus pequeños gemidos y jadeos lo endurecían aún más y lo convertían en una bestia.

¡Basta!, se dijo a sí mismo.

Ella se merecía algo mejor que acostarse en un suelo lleno de tierra. Interrumpió lentamente el beso, se apartó de ella y luego la ayudó a levantarse.

—Empiezo a pensar que quedarme con Griselda es la mejor opción.

Ella sonrió y se limpió la suciedad de la espalda del vestido.

—Déjame ayudarte.

La giró y le alisó las arrugas de la falda, admirando la curva de su espalda y la forma de su precioso trasero. Sí, Iona MacBride era una dama de gran belleza en todos los aspectos.

Se oyó un suave golpe en la puerta y Duncan maldijo mientras le indicaba a Iona dónde esconderse antes de abrir. Para su sorpresa, Grisel estaba en el pasillo.

—Señor Duncan, es hora de que lleve a lady Iona a su aposento. El laird Alex os busca a vos y a ella. Lady Isla le ha dicho que ha bebido demasiado vino. Pero en cuanto a vos...

Él asintió con agradecimiento.

—Iona.

Ella apareció de detrás de una fila de cajas.

—¿Sí?

—Ve con Grisel, por favor.

Antes de que se marchara, él la besó en los labios.

—Esto es solo el principio.



Duncan regresó al gran salón solo. Solo quedaban los hombres, la mitad de ellos desmayados en los bancos o tirados en el suelo. Pasó por encima de numerosos cuerpos y llegó a la mesa alta donde Alex estaba sentado con Mathe y Matteo.

Duncan frunció el ceño a Mathe. Aún no habían hecho las paces.

—¿Alex?

Hizo una reverencia.

—Primo —balbuceó Alex—. Ven. Siéntate con nosotros. Mathe, haz un hueco, dale a Duncan el lugar que le corresponde.

Duncan sabía que estaba mal guardar rencor a su pariente, pero Mathe lo había sacado de quicio durante el último año con sus quejas incesantes. E incluso después de que Alex le ordenara moverse, no se movió de su sitio.

—¿Mathe? —insistió Alex.

—¿Por qué le concedes el honor de ser tu mano derecha cuando tiene ambiciones de formar su propia rama del clan MacAllister?

Tardó un buen rato en asimilar las palabras del anciano. Pero entonces Duncan se inclinó sobre la mesa y agarró a Mathe por la camisa. Lo tiró hacia él hasta la mitad de la mesa antes de que Alex diera un puñetazo sobre la madera.

—Suéltalo, Duncan.

La ira llenó cada rincón vacío del alma de Duncan. ¿De dónde había sacado Mathe esa información? ¿De Fergus? ¿De Nadir? ¿O de una de sus criadas indiscretas?

—Se merece una paliza, Alex.

—Quizá.

—Habla sin pruebas.

—¿De verdad? —preguntó Alex, mirándolo fijamente—. ¿Hay algo de verdad en lo que dice?

Duncan miró a Mathe con un odio recién nacido y luego lo soltó. Mathe balbuceó y se levantó de la mesa, enderezándose la túnica arrugada mientras se alejaba varias sillas.

—Responde a mi pregunta, Duncan.

—Se ha hablado del tema, nada más.

—Siéntate —ordenó Alex.

Duncan no tenía derecho a desobedecer a su señor. Hizo lo que se le dijo, rodeó la mesa y se sentó junto a su primo, avergonzado.

—No estoy ciego, Duncan.

—Lo sé.

—Ni soy un hombre irrazonable.

—Lo sé.

—Díselo, Matteo.

—Laird —intervino Matteo—. Estás cansado, y estoy seguro de que a lady Isla le gustaría pasar un rato contigo esta noche.

—Siempre el pacificador.

Alex hizo un gesto a su amigo para que se marchara.

—Duncan... háblame con franqueza.

—No es el momento ni el lugar para esta conversación, Alex.

—¡Yo soy el laird aquí!

Alex rara vez gritaba, pero cuando lo hacía, la gente corría a refugiarse.

—Yo decidiré dónde y cuándo hablamos. La traición es una acusación grave.

¿Era eso lo que su primo pensaba realmente, que él lo traicionaría? A Duncan se le partía el corazón al pensarlo.

—No soy un criminal ni un traidor de ningún tipo. Moriría por ti, Alex.

—¿Lo harías?

¿Cuántas veces había demostrado su lealtad? Las acciones hablaban más alto que las palabras, y Duncan no había hecho nada para formar una nueva rama del clan.

—Sí.

Duncan inclinó la cabeza en señal de respeto.

—¿Deseas separarte de este clan y formar tu propia rama de los MacAllister?

—Mi padre siempre lo deseó, y tu padre, mi querido tío, prometió que un día, una vez terminada esta fortaleza, nos devolvería nuestro hogar para que mi padre pudiera fundar su propio clan.

Alex se frotó la barbilla sin afeitarse.

—Hablas con sinceridad. Recuerdo haber oído eso.

—Los hombres suelen hacer promesas que tienen intención de romper.

—Ni mi padre, ni yo.

Duncan se sirvió una jarra de cerveza.

—No deberías haberlo descubierto así —gruñó, alzando la voz para que Mathe lo oyera—. Me gustaría saber dónde oyó ese rumor.

—Mathe se acuesta con una de tus criadas.

Duncan se levantó de un salto y se dirigió hacia Mathe. Pero Alex lo agarró por el tartán.

—Siéntate.

—¿Qué criada? —exigió saber Duncan.

—Struanna —respondió Mathe.

—¿La moza desdentada de las cocinas?

Duncan comprendió de inmediato que había sido él quien se escondía tras las cortinas la noche en que hablaba con su capitán.

—¿Qué hombre en su sano juicio se acostaría con ella? Es tan vieja y demacrada como las colinas.

Alex prorrumpió en carcajadas.

—Puede que no sea gran cosa a la vista —replicó Mathe—. Pero nunca te será infiel, y cose las túnicas más finas.

Duncan negó con la cabeza. Todo el mundo merece una oportunidad de ser feliz, incluidos Mathe y Struanna. Sabiendo que ya no podía emplearla, sentenció:

—Te casarás con esa mujer y la traerás a vivir aquí.

Mathe levantó las manos.

—No he dicho que quisiera casarme con ella.

—Si puedes arar en su campo... —añadió Alex— entonces te casarás con ella.

Duncan se rió mientras bebía su cerveza. Por fin, una forma de vengarse de Mathe sin cortarle la maldita cabeza. Endosarle a Struanna como esposa le complacía.

—¿Y por qué estás tan contento? —preguntó Alex con seriedad—. Me has decepcionado enormemente, primo. Y costará mucho reparar la confianza entre nosotros.

—No puedes echarme en cara las aspiraciones de mi padre. Reconociste haber oído hablar de ello.

—Es la forma en que lo llevaste a cabo lo que me molesta. Discutirlo en secreto con tus hombres, pero no conmigo. Si yo fuera cualquier otro laird...

—¿Me matarías?

—Podría hacerlo, y nadie diría nada en contra.

Duncan se puso en pie de inmediato y se aflojó el cuello de la túnica, dejando al descubierto su garganta.

—Si me consideras un usurpador, acaba con mi vida ahora. No deseo vivir ni un día más sin tu confianza y respeto.

Sus miradas se cruzaron.

Duncan no estaba poniendo a prueba la determinación de su primo. Prefería morir antes que vivir fuera de su favor. Eso era lo que significaba para él. Todo el clan lo era. Miró a su alrededor en el gran salón; allí se habían forjado tantos recuerdos. Había aprendido a luchar en el patio, había dado su primer beso junto a la chimenea, se había metido en su primera pelea en las mesas de abajo y había sido elegido miembro del consejo...

—Eres mi hermano y mi señor, Alex.

—¿Lo soy?

Alex le hizo un gesto para que se retirara.

—Esperarás a conocer mi opinión sobre este asunto.

Capítulo 19

Una semana más tarde, mientras Iona y Duncan daban un paseo junto al lago, acompañados de Matteo y Grisel, una criada de las cocinas llegó sin aliento.

—¿Qué pasa, Tavia? —preguntó Duncan—. ¿Está a salvo el Laird? ¿Isla?

—Sí —respondió ella—. El señor os ha convocado, señor Duncan. Es de gran importancia. Han llegado forasteros de Constantinopla.

Iona lo miró.

—¿Quizás unos amigos han hecho un largo viaje para verte?

Duncan no tenía ningún amigo allí, nadie que viajara hasta allí para verlo. ¿Había fallado de alguna manera cuando fue allí a llevar a cabo negocios en nombre de Alex? Eso significaría que le había fallado a su primo por segunda vez. No serviría de nada quedarse ahí preguntándose.

—Debo irme —le dijo a Iona—. Perdona lo repentino de mi partida. Matteo, quédate con las mujeres.

—Con mucho gusto.

Matteo hizo una reverencia.

Duncan subió trotando por el sendero y atravesó las puertas con paso decidido. Un séquito de hombres a caballo, vestidos con armaduras otomanas y portando el estandarte rojo del imperio, esperaba en el patio interior, rodeados por los capitanes del laird Alex.

El corazón de Duncan latía con fuerza mientras se acercaba a Keith MacAllister para averiguar qué estaba pasando.

—¿Dónde está Alex?

—En el gran salón —respondió Keith, con la mirada fija en los extranjeros.

—¿Por qué están aquí?

—No sé mucho. Una anciana con un bebé, escoltada por dos hombres, entró con Mathe. Son escoltas contratados, no soldados enemigos.

Duncan observó las cimitarras que colgaban de la cadera de cada soldado y los arcos y flechas que llevaban a la espalda. Si no eran enemigos, ¿por qué iban tan fuertemente armados?

—¿Dónde está Nadir?

—Adentro —respondió Keith.

—Gracias.

Duncan se dirigió al gran salón.

Subió las escaleras hasta las puertas principales, con los instintos en alerta máxima. De alguna manera, sabía qué esperar. Aquella anciana debía de ser la adivina que había predicho su futuro; había recorrido todo ese camino para asegurarse de que su profecía se cumpliera. Al entrar en el salón, todos se volvieron y lo miraron fijamente. Y fue entonces cuando Duncan la vio: Nudar, la bruja. Pero apartó rápidamente la mirada de ella y se fijó en el bulto que llevaba en brazos. Un niño con el pelo rojo como el fuego, igual que él. Su hijo. Lo sentía en lo más profundo de su ser. Pero esa certeza no atenuó la conmoción.

—Duncan —Alex le hizo un gesto para que se acercara—. ¿Conoces a esta mujer?

Duncan se unió a su primo en la tarima.

—Maestro Duncan —saludó Nudar inclinando la cabeza—. He recorrido un largo camino para verte.

—¿Has venido a gastarme una broma? —preguntó él—. ¿A usar tu magia contra mí?

La anciana sonrió, mostrando sus dientes perfectos.

—He traído a tu hijo... mi nieto.

—¿Duncan?

Alex miró al niño en sus brazos y luego volvió a mirarlo a él.

—¿Es esta la mujer...?

—Sí. Se llama Nudar y, según Nadir, es una famosa profetisa. ¿Cómo has conseguido a este niño?

—Mi hija era Hana.

Duncan se sintió mareado y se apoyó en la mesa alta para sostenerse.

—¿Hana es la madre del niño?

—Está muerta —respondió Nudar con tristeza—. Pero nos dejó a ambos un regalo precioso. Su último deseo fue que yo te trajera a Ramsey.

Duncan observó al bebé dormido en sus brazos. El niño tenía la piel dorada y una espesa mata de rizos rojos, lo que hacía que el muchacho fuera indudablemente suyo. Aunque quisiera negar el derecho de nacimiento del niño, no podría.

—¿Por qué le puso Hana un nombre escocés? —preguntó.

—Ella lo llamaba el puente entre el viejo y el nuevo mundo: Estambul y Alba. Creía que debía conocer a su padre. Se llama Ramsey Jaleel MacAllister.

—Sabías que Hana estaba embarazada cuando me visitaste en el puerto.

—Sí —admitió Nudar—. Quería conocer al hombre que cuidaba de mi hija y le había dado un hijo.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces? Si lo hubieras hecho, se habría quedado con Hana.

—Hana sabía que no la amabas. Y yo percibí tu inquietud. Al igual que con tu primo, el laird, el desierto no era el hogar adecuado para ti. Ambos dejasteis pedazos de vuestras almas atrás. Nada puede cambiar el pasado, pero el futuro...

—¿Tienes pruebas de que mi primo es su padre? —intervino Alex.

—Alex...

Duncan arqueó las cejas.

—¿No has mirado bien al muchacho?

—¿Y si ella le tiñó el pelo? —insistió Alex con tono crítico—. Esos engaños son posibles.

—¿A un rojo fuego?

Duncan se enderezó y bajó lentamente los dos escalones del estrado, deteniéndose a unos metros de su hijo.

—¿De qué murió Hana?

—De fiebre. Aunque no sufrió, simplemente se apagó mientras dormía.

—Lo siento profundamente.

—La vida y la muerte son lo mismo para mí —repuso Nudar—. Mi preocupación es por Ramsey. Lo que harás con él.

Duncan extendió la mano hacia la cabeza del niño, deseando acariciarle el pelo, deseando confirmar que el niño no era un sueño. Pero bajó la mano, sin saber qué hacer.

—Duncan.

Nadir se adelantó.

—Este es un truco habitual para atrapar a los hombres, para obtener apoyo económico para una familia. Déjame interrogar a la

anciana y a sus acompañantes.

—No quiero que se eche a la mujer y al niño ni que se les haga daño.

—Hay formas de obtener respuestas sin romper huesos —le aseguró Nadir—. Conozco bien a esta mujer. Visitó mi casa en muchas ocasiones, era una consejera respetada de las mujeres del harén de mi padre.

—Eres el hijo de Emine Hatun bint Mehmed. Una belleza excepcional y la esposa favorita de tu padre.

—Esa vida terminó hace mucho —replicó Nadir con amargura—. ¿Por qué estás aquí, mujer? ¿Qué es lo que buscas?

—Príncipe Nadir —respondió ella—. La razón de mi largo viaje está en mis brazos. Míralo, está despierto.

Liberó su diminuto cuerpo de las ataduras de su piel.

—Busca la verdad en los ojos de tu hijo, maestro Duncan.

El niño gritó, apretando sus diminutas manitas y abriendo sus ojos azules. La prueba definitiva que Duncan necesitaba para reconocerlo como su hijo.

—Dámelo.

Nudar se lo entregó, y Duncan levantó al muchacho para poder verle la cara. Sí, la piel dorada de su madre, con sus ojos y su pelo.

—Ramsey —murmuró—. Si pudieras hablar, ¿qué dirías, pequeño?

Le besó la cabeza.

—¿Duncan?

Duncan se estremeció al oír la dulce voz de Iona. No era el momento adecuado para que ella se enterara de su hijo ilegítimo. Había esperado que Grisel y Matteo la mantuvieran ocupada un rato. Pero esa esperanza se desvaneció cuando se encontró con su mirada curiosa.

—¿Qué niño tienes en brazos? —preguntó ella.

—Is treun te an eolais —susurró Nudar—. La mujer que sabe es poderosa. Y ella es quien gobierna tu corazón.

—Llévatelo —gruñó Duncan a la anciana—. No digas nada.

Nadir acompañó a Nudar al otro extremo del salón, dándole a Duncan la oportunidad de explicárselo todo a Iona.

—Siéntate conmigo.

La condujo hasta una de las mesas con caballetes.

—No sé cómo decírtelo...

—¿Quién es esa mujer? ¿Y el pequeño?

—Ya hemos hablado antes de mi estancia en Constantinopla. Tuve una màthair. Hana.

—¿La amabas?

—No, pero nos entendíamos, nos respetábamos.

—Entonces no te conocía, Duncan. Esa etapa de tu vida ha terminado.

Aunque su voz era firme, su rostro delataba un atisbo de dolor y tristeza.

Iona era demasiado generosa para juzgarlo, para echarle en cara nada de su pasado.

—Antes de marcharme, le regalé una casa y dinero suficiente para que viviera cómodamente el resto de su vida. No quería que tuviera que buscarse otro amante para comer y vestirse. A las mujeres se las trata de otra manera al otro lado del océano, Iona. De formas que no apruebo, que he llegado a despreciar desde que regresé a casa. Y después de conocerte...

—¿El bebé es tuyo? —preguntó ella con calma.

—Sí —admitió él—. No lo sabía. Lo juro.

Iona posó su mano sobre la de él en la mesa.

—No te juzgaré. Todos los niños son un regalo de Dios.

Asombrado por su naturaleza desinteresada, él colocó su mano libre sobre la de ella, pero enseguida se lo pensó mejor, pues sus sentimientos mutuos aún no eran de dominio público.

—No deberíamos actuar con tanto descaro delante de nadie.

Iona retiró las manos.

—A veces me olvido de mí misma.

—Yo también. Han pasado tantas cosas en las últimas semanas. Siento como si viviera en un mundo de ensueño, como si mañana fuera a despertar y tú ya no estuvieras.

Ella sonrió con dulzura.

—Ve con el niño. Estaré aquí cuando me necesites, Duncan.

Ojalá pudiera llevarse a Iona y a su nuevo hijo a casa y desterrar al resto del mundo de su vida. Quería algo que pudiera llamar suyo. Y ahora —Duncan miró en dirección a Ramsey— tenía un hijo. Uno al que debía reclamar inmediatamente ante el padre Michael, pues Ramsey no se criaría en la vergüenza, como un bastardo sin nombre. Era un MacAllister y merecía todos los honores que conllevaba el título.

—Reúnete conmigo en el almacén esta noche —propuso Duncan.

Iona se sonrojó.

—Eres un hombre al que le gusta arriesgarse.

—No —replicó él—. Soy un hombre que se está muriendo lentamente de hambre porque no te he besado en tres días.

Ella asintió.

—De acuerdo, allí estaré. Me siento lo suficientemente segura como para terminar hoy la misiva a mi padre.

—Estoy orgulloso de ti, Iona. Quizá el conde se dé cuenta de su error de juicio una vez que lea esa misiva. Habla desde el

corazón.

Duncan se puso de pie.

—Llevaré tu dulce sonrisa conmigo durante el resto del día.



Una vez que Iona, Grisel y Matteo salieron del gran salón, las lágrimas le picaron a Iona en los ojos.

—¿Mi señora? ¿Por qué llora? —preguntó Grisel—. ¿Es por el bebé?

—En parte —admitió ella—. Tenía la esperanza de...

Se sonó la nariz y se secó las lágrimas.

—Lady Iona —intervino Matteo en voz baja—, ¿está enamorada de Duncan MacAllister?

Sorprendida y avergonzada de que el erudito le hiciera tal pregunta, lo miró fijamente, sin saber qué decir.

—¡Matteo! —protestó Grisel—. No es apropiado preguntarle eso a una dama.

—¿No?

Matteo juntó las manos a la espalda.

—En Roma...

—Estamos en las Highlands —lo interrumpió Grisel.

—Sí. ¿Acaso el corazón de una mujer de las Highlands es diferente al de una doncella italiana?

Iona negó con la cabeza.

—Estoy segura de que dirás que el amor es igual en todas partes.

El erudito le había caído muy bien y confiaba en su opinión.

—El amor es amor, mi señora. Lo que más importa son los dos corazones en cuestión.

Grisel frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Ahora vas a hacer de casamentero?

—Hablaré con Duncan cuando sea el momento adecuado.

—Deja eso en manos del laird —replicó Grisel.

—Creo que tu señora desea que hable con su highlander.

Iona no pudo ocultar la esperanza que albergaba en su corazón. Necesitaba saber qué planeaba hacer Duncan. Era muy importante, pues si tenía a alguien a quien amar, algo en lo que creer de verdad, lucharía con más fuerza por su independencia.

—Sí —aceptó—. Si crees que servirá de algo.

—Considéralo hecho. ¿Vamos ahora al estudio a terminar la misiva? Estoy seguro de que a tu padre le gustaría saber cómo le va a su hija.

Sentada a la mesa con Matteo, comenzó a escribir sus pensamientos. Aunque su letra era legible, Matteo tenía mano experta y se encargaría de la copia final. Poco a poco, las palabras acudieron a su mente, todo lo que había mantenido encerrado en su corazón durante años. Pero resultó demasiado para ella, y dejó el instrumento de escritura sobre la mesa, con la mano temblorosa.

—Yo escribiré por ti, lady Iona.

En pocas horas, la misiva estaba terminada, y Iona la leyó por última vez, con la esperanza de que ayudara a su padre a comprenderla mejor y, tal vez, a perdonarla por haberse escapado. Leyó las últimas líneas en voz alta:

—Te imploro que pienses en mi madre, en cómo sufrió al final porque no acudiste a su lecho de enferma. Yo cargué con ese dolor, padre. Temía cómo sería mi vida. Si me tratarías de la misma manera, si me vería obligada a sufrir el mismo destino solitario. Te

suplico que reconsideres el matrimonio con el laird MacNair. No es un buen hombre, y prefiero entregarme al servicio del Todopoderoso, dejando de lado los caminos de este mundo y viviendo en la pobreza, antes que tomar a este hombre como mi esposo. Te suplico que pienses en mi felicidad futura y en mi amor por ti.

—Es una misiva maravillosa —dijo Grisel, secándose una lágrima de la mejilla—. Si tu padre no te libera de los lazos matrimoniales con ese lord MacNair asesino, entonces no es digno de tenerte como hija.

—Gracias, Grisel.

Iona le entregó el pergamino a Matteo.

—Estaré eternamente en deuda contigo.

Matteo hizo una reverencia, luego dobló cuidadosamente el pergamino y lo selló con el escudo de los MacAllister.

—Tú eres la poeta, mi señora; yo solo soy el instrumento mediante el cual has podido plasmar tus pensamientos en el pergamino. Ahora, si me disculpas, le haré saber al laird que está listo para ser entregado en el castillo de Dunrobin.

Capítulo 20

Tres semanas más tarde...

—El parecido contigo es increíble —observó Isla, abrazando a Ramsey contra su pecho—. Ha pasado por tantas cosas para ser tan pequeño.

—Sí —respondió Duncan, complacido de que Isla se hubiera encariñado con el bebé con tanta rapidez.

—Aún no ha cumplido dos años —añadió Alex—. Crecerá con sus primos.

Se habían retirado al salón privado de las mujeres para tener intimidad, para hablar del futuro de Duncan y del de su hijo.

—Si Duncan desea que viva aquí con nosotros...

—Sí, es su elección. Pero ¿dónde más viviría, Isla? —replicó Alex.

—En la casa de Duncan.

Alex frunció el ceño.

—No he olvidado la conversación que iniciamos. Recuerda que escuchar esas noticias de uno de mis capitanes me hizo cuestionar todo lo que sabía de ti.

Duncan arrastraba esa culpa desde entonces.

—No te mentí, Alex. Quería esperar al momento adecuado, hasta estar seguro de que era lo que debía hacer.

Alex se recostó en una de las sillas acolchadas.

—Los MacAllister son más fuertes que nunca, y nuestro ejército está creciendo. Necesito capitanes fuertes, hombres íntegros.

Hombres dispuestos a luchar por mí.

—Tienes diez capitanes que morirían por ti sin dudarlo.

—Once —corrigió Alex con firmeza.

—Si me incluyes a mí.

—Lo hago.

—La región norte de nuestras tierras está escasamente poblada y necesita protección urgente. Los piratas patrullan la costa en busca de presas fáciles. Los pastores de ovejas son vulnerables y viven con miedo durante la temporada de pastoreo. Los MacAllister poseen algunos de los mejores rebaños de toda Escocia, y su lana de calidad tiene gran demanda. El barco en el que navegaba Nadir pasó desapercibido, Alex. ¿Y si hubiera desembarcado todo un ejército? ¿Qué defensas tenemos?

—Las patrullas hacen rondas regulares.

—Entre nosotros, los MacLeod y los Sinclair, no tenemos suficientes hombres de sobra para vigilar la costa como es debido. Necesitamos más barcos, Alex. Más hombres. Más puestos avanzados.

—¿Es eso lo que consideras Sands Airgid? ¿Un mero puesto avanzado?

—No. Quiero que sea más. Pero es un comienzo importante para lo que tienes que hacer para que tu legado perdure para el joven John y Rebecca.

—Alex —intervino Isla con suavidad—, Duncan habla con sabiduría.

Alex se inclinó hacia delante y se frotó la nuca.

—Lo sé, querida esposa. Las ramas ya existentes de los MacAllister ocupan las regiones del sur. Estamos bendecidos y malditos con las mayores propiedades, con la tierra más salvaje e inhóspita.

—Nuestros huertos tienen un alto rendimiento, Alex —apuntó ella—. Piensa en lo que Duncan podría hacer como jefe. Ampliar los cultivos, los rebaños y construir nuevos barcos. Juntos, los dos formáis una pareja indomable.

—Si lo considero...

Duncan avanzó con decisión y se arrodilló ante su primo.

—Te protegeré a ti y a tu familia para siempre.

—¿Y qué hay de tu hijo?

—Soy el padre de Ramsey. Su lugar está conmigo.

—Necesita una madre. Y tú necesitas una esposa y un heredero.

—Ramsey es mi primogénito.

—Nunca heredará el título de laird, Duncan. No puede. Aunque es un montañés de nacimiento, la mitad de su sangre proviene de...

—No lo digas —lo cortó Duncan, tenso.

—No lo haré. Pero si permito esto, si te convierto en laird, firmarás un contrato conmigo. Una de las condiciones será que a Ramsey nunca se le permitirá convertirse en laird, incluso si no logras engendrar más hijos.

Duncan se puso en pie, dividido entre orgullo y recelo.

—¿También me elegirás a mi esposa?

—¿Crees que me resulta fácil ver al niño de esa manera, a mi propia carne y sangre? —rebatía Alex.

—Prefiero una respuesta clara.

—No. Escoge a la mujer que desees. Pero deberá ser de las Highlands.

—¿Qué otras condiciones tienes pensadas?

—Un impuesto.

—¿Un impuesto?

—Sí. Un tercio de tus beneficios anuales por la lana que sé que venderás en mercados extranjeros.

—De acuerdo. ¿Eso significa...?

—No te adelantes todavía, Duncan. Prometí considerarlo seriamente. Te haré saber lo que decida.

Duncan miró a Isla. El niño dormía profundamente en sus brazos, su carita redonda de querubín era un recordatorio silencioso de lo que estaba en juego.

—¿Y la esposa? —insistió Alex—. ¿Tienes a alguna en mente?

—Iona MacBride.

El rostro de Alex no se alteró.

—¿Le has quitado su inocencia?

Duncan apretó los puños.

—Créeme cuando te digo que lo he deseado cada día. Apenas puedo pensar en otra cosa.

—¿Qué te detuvo?

—Alex... —Isla negó con la cabeza—. Hay cosas que no deben pronunciarse.

—Tengo derecho a saberlo —afirmó él—. Lady Iona está bajo mi protección. ¿Qué diría su padre si Duncan se acostara con ella sin promesa de matrimonio?

—¿Tan poco me estimas?

—No. He visto cómo os miráis. Eso no se puede ocultar.

Duncan esbozó una sonrisa.

—'S ceart-leth m' anama i.

—Entonces ve con ella —concedió Alex—. Pídele la mano. Me siento generoso. Y temo que, cuando su padre reciba esa misiva, venga a por ella. Si te casas, tendrá otra capa de protección.

Duncan lo contempló en silencio.

—Hace semanas querías que me mantuviera lejos de ella. ¿Qué ha cambiado?

—Tú.

Duncan salió con la mente agitada. Sabía lo que sentía. Sabía lo que ella sentía. Pero ignoraba si Iona lo aceptaría como marido... y si recibiría a su hijo como propio.



El conde de MacBride terminó de leer la misiva de su hija. La dobló con parsimonia y la dejó sobre la mesa antes de alzar la vista hacia el laird MacNair.

Si no necesitara esos malditos barcos, quizá reconsideraría el compromiso.

—Callum, acercaos —indicó con frialdad—. Sentaos.

El laird avanzó con paso firme.

—Habéis tenido noticias de ella.

—¿Cómo lo sabéis?

—Os vi leer la carta. Y el mensajero era un MacAllister.

El conde entrelazó los dedos.

—¿Qué haríais vos?

—Ir a buscarla.

—¿Con qué propósito?

—Recuperarla.

El conde lo escrutó con atención.

—¿La encontraríais allí?

Guardó silencio unos instantes. Tal vez había elegido con demasiada ligereza.

—¿Matasteis a vuestras esposas?

Callum frunció el ceño.

—Amé a la primera. Murió en el parto, junto a mi hijo. Me dejó tres hijas. Después volví a casarme.

—¿Y las otras?

—La segunda se quitó la vida. No soportaba vivir conmigo. La tercera me fue infiel.

—¿Y qué hicisteis?

—La dejé morir de hambre. Estaba en mi derecho.

—¿Y su amante?

—Hervido vivo.

El conde sintió un leve desagrado.

—Los MacAllister son vuestros enemigos.

—No exactamente. Pero ha habido paz.

—¿Y permitiréis que mi hija os humille?

El conde esbozó una sonrisa fría.

—Iona es más inteligente de lo que pensaba. Y me ama.

—No podéis anular el compromiso.

—Soy un hombre justo —replicó con calma—. ¿Cuántos hombres os acompañan?

—Treinta.

—Entonces hagamos una apuesta.

Callum lo observó con interés.

—Hablad.

—Si conseguís traer a Iona de vuelta a Dunrobin, bendeciré la unión. Pero deberá permanecer ilesa.

—¿Y si fracaso?

El conde sonrió.

—Vuestros barcos.

Capítulo 21

Dar un paseo por la tarde con Duncan se había convertido en una rutina para Iona. Se daba cuenta de que cada vez esperaba con más ganas el tiempo que pasaban juntos. Sin duda lo amaba, si es que el amor por un hombre te hace alborotar el estómago, te quita el sueño y te hace perder el apetito. Todo eso lo soportaba con gusto, pues era un pequeño precio a pagar por la sonrisa constante en su rostro y la alegría en su corazón.

—Ya casi es hora de reunirse con el señor Duncan en el patio —dijo Grisel, ajustándole la capa a Iona sobre los hombros.

—Sí —respondió ella—, no me lo perdería por nada del mundo.

—Estáis más feliz, mi señora, más tranquila.

—Poco a poco estoy aprendiendo a disfrutar de esta libertad recién encontrada, a creer que podría durar. Pensaba que, a estas alturas, mi padre ya habría enviado a sus hombres. Solo puedo esperar que mi misiva le haya llegado al corazón y haya decidido darme algo de tiempo.

—Estoy segura de que ayuda que lady Isla haya vivido con usted todos estos años. Quizá su padre sabe que aquí estáis a salvo.

Iona se ató los cordones de la capa y se calzó las botas que Grisel había dejado en el suelo delante de ella.

—Sí. Al conde le gustaba mucho Isla. De hecho, a menudo elogiaba su ingenio y me sugería que aprendiera de ella.

Grisel sonrió.

—Lady Isla es una mujer fuerte.

—Y la mejor de las amigas.

Salieron de la alcoba y bajaron las escaleras, salieron al exterior y encontraron a Duncan y a Nadir esperando.

—Buenas tardes, lady Iona y Grisel —saludó Duncan con una reverencia.

—Lady Iona. Señora Grisel —añadió Nadir.

—¿Dónde está Matteo hoy? —preguntó Grisel.

—Está ocupado con el laird —respondió Nadir—. Espero que no te importe que hoy te acompañe yo en lugar de Matteo.

—No —respondió Grisel—, siempre y cuando podáis seguirme el ritmo y entretenerme con historias como hace el erudito.

—Grisel —la reprendió Iona con suavidad—. Te doy la bienvenida, Nadir.

Una vez llegaron al lago, Nadir invitó a Grisel a seguir caminando. Pero ella dudó.

—Es mi deber quedarme con lady Iona.

—Y yo te libero de ese deber por un rato —dijo Duncan—. Su reputación no sufrirá un golpe fatal por sentarse conmigo a solas aquí, sobre las rocas.

—Bueno...

La doncella miró a Iona.

—¿Te apetece conejo fresco para cenar? —preguntó Nadir.

—¿Conejo?

—Sí. Puse trampas hace dos días y tengo que revisarlas. ¿Me ayudas?

Grisel se humedeció los labios.

—Lo haré.

Iona la vio alejarse, deteniéndose varias veces para mirar atrás.

—Te protege mucho —comentó Duncan.

—Sí, es un regalo del cielo. Desde la primera noche me trató con amabilidad.

—Grisel es una muchacha poco común.

—¿Sí?

—Es mi prima.

—Seguro que tienes cientos de primos aquí.

—¿Qué montañas no los tiene? —rió entre dientes—. No es una pariente lejana. Es la hija de mi tía.

Iona no lo sabía. Eso explicaría el entrenamiento de Grisel y su capacidad para leer y escribir.

—Entonces, ¿por qué vive como sirvienta?

Duncan se encogió de hombros.

—Por aburrimiento. Tras la muerte de sus padres, la muchacha se encerró en sí misma, dejó de comer y de hablar durante un tiempo.

—¿Cómo murieron?

—Como murieron muchos de los nuestros, en ataques no provocados —respondió con gravedad, apartando la mirada.

Iona supo de inmediato quién era el culpable.

—¿Mi padre?

—No hay pruebas definitivas. Tu padre es un enemigo calculador, Iona. Envía mercenarios para que cumplan sus órdenes, no soldados de MacBride.

—Yo... yo...

Duncan le tomó la mano.

—Nunca te culparé por lo que haga el conde. Pero nunca te mentiré si me haces preguntas. Tienes derecho a saber la verdad.

A veces pensaba que quizá fuera mejor no saber hasta dónde llegaba la traición de su padre en las Tierras Altas del norte. Como noble más rico y poderoso de la región, Iona creía que su padre tenía la responsabilidad de hacer las paces con los clanes menores, no de usar su superioridad contra ellos.

—Si él es el culpable de la muerte de los padres de Grisel, siento una ira y una tristeza inconmensurables.

—Nada puede cambiarlo, lady Iona.

—No, pero puedo esforzarme el doble para asegurarme de que la muchacha tenga una buena vida.

—Grisel no es como otras mujeres de su edad. Es testaruda y franca. Y tiene una dote lo suficientemente grande como para atraer a cualquier hombre que desee.

—¿De verdad?

—Su padre era comerciante. Viajaba a Glasgow, Edimburgo, Londres y París, vendiendo sus mercancías y nuestra lana.

—Le deseo toda la felicidad del mundo, Duncan. Le he rogado que venga conmigo dondequiera que tenga que ir.

—¿Y qué te dijo?

—Este es su hogar.

—Es muy leal.

—Y enigmática.

—Sí, eso es.

—¿Por dónde daremos un paseo hoy? —preguntó Iona, con la esperanza de aligerar el ambiente entre ellos.

—No deseo dar un paseo a ningún sitio —respondió él, mirándola—. Este lugar tiene un significado especial para nosotros, ¿verdad?

Ella contempló el lago y luego los bosques que rodeaban la zona.

—Sí.

—Entonces quiero quedarme aquí.

—Como quieras, Duncan.

Ella lo observó, preocupada.

—¿Está bien Ramsey?

Las comisuras de sus labios se curvaron.

—El chico es fuerte y está sano.

—¿Y su abuela?

—Ella desea quedarse aquí, para ayudar a criarlo.

Duncan se pasó los dedos por el pelo.

—Lo admito, al principio no me gustaba la idea. Pero después de ver cómo cuida al chico, no tengo el corazón para decir que no. La verdad es que no sé nada de criar a un niño.

—No seas tan duro contigo mismo —lo animó ella—. Aprenderás rápido. Además, creo que ya eres un buen padre. Mira lo considerado que eres, dejando que Nudar se quede.

—Es una adivina; Nadir la llama bruja.

—Hay muchas videntes en las Tierras Altas, ¿qué hay de malo en añadir otra?

—Iona...

Le acarició la mejilla con una adoración que ella jamás había visto.

—¿Qué te preocupa, Duncan?

—Todo —confesó—. No saber dónde acabaremos. No saber qué pretende hacer tu padre contigo.

—Lo entiendo.

Las mujeres no tenían el lujo de tomar decisiones por sí mismas. Ella vivía a merced de su padre y sus hermanos, y ahora del

Laird. Esa incertidumbre la hacía sentir como si caminara sobre cáscaras de huevo cada día.

—¿Crees en el destino, Iona?

—Quizá un poco. Pero creo más en la providencia de Dios. En que todo el mundo y todo tiene un propósito.

Duncan recogió un puñado de nieve.

—¿Incluso esto?

—Sí.

Dejó caer el trozo de nieve al suelo.

—Eres una mujer curiosa.

—Creo en ti, Duncan.

—Esperaba oír esas palabras, Iona de las Highlands.

¿Qué estaba pasando dentro de su mente de guerrero? Parecía tan diferente, tan fuera de sí.

—¿Por qué?

—Porque tengo algo que contarte, que pedirte.

Iona respiró hondo y se sentó en su roca favorita. Cruzó las manos sobre el regazo y centró toda su atención en él.

—Dime lo que sea.

—He pasado suficiente tiempo contigo como para saber que eres la mejor mujer que he conocido jamás. Más amable y encantadora que cualquier otra muchacha. Y tus besos... Dios, Iona, tus besos encienden mi alma en llamas. No puedo pensar en nada más. Solo en cuándo se presentará la próxima oportunidad para arrastrarte a ese maldito trastero y saborear tu dulce boca de nuevo.

El aliento se le escapó. Sintió un calor húmedo entre los muslos. ¿Cómo podían las palabras de un hombre provocar aquello?

—No soy un hombre paciente, Iona. Ni siquiera uno bueno, comparado con Alex o Matteo. Soy una bestia; he pensado en

acostarme contigo desde aquella noche en el gran salón, cuando ambos nos miramos fijamente.

—¿Por eso me preguntaste sobre el destino?

—Sí.

—¿Y cómo sabes que yo no estaba pensando lo mismo aquella noche?

Él se rió entre dientes.

—¿Tú? No me lo creería si dijeras que sí.

—Lo estaba —confesó ella.

La mirada de Duncan se intensificó mientras se movía de un pie a otro. Ella contempló sus piernas robustas, su cintura estrecha y sus anchos hombros. Desprendía poder, inteligencia y peligro.

—Muchacha...

—Duncan... háblame claro. No te entiendo.

Se colocó frente a ella, le tomó ambas manos entre las suyas y luego se arrodilló.

—Lady Iona MacBride, ¿quieres casarte conmigo?

Su corazón casi estalló.

—¿Casarme contigo?

—Sí.

—Duncan... casarte conmigo es peligroso. No hay garantía de que mi padre te acepte. ¿Y si el laird MacNair...?

—Lo mataré antes de que te ponga la mano encima, Iona. Créeme, nadie te tomará jamás contra tu voluntad. Si me amas...

—Te amo.

—¿De verdad?

—Desesperadamente.

—Te amo, muchacha. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Ella se levantó de un salto, casi tirándolo al suelo.

—Sí. Me casaré contigo.

Él se puso en pie y la levantó en brazos, inclinando su boca sobre la de ella.

Iona podría besarlo para siempre. Se separó y lo miró.

—¿Cuándo deseas casarte?

—Esta noche —respondió él.



Después de que Grisel y Nadir hubieran recorrido la mitad del lago, a ella se le ocurrió que no había conejos. ¿Por qué le había mentido? ¿Para que Duncan e Iona pudieran estar a solas? ¿O...?

Se detuvo en seco y se apoyó una mano en la cadera.

—¿Por qué estamos aquí?

—Conejos —respondió él en voz baja.

—¿Conejos? Eres un mal mentiroso.

Frunció el ceño, y sus profundos ojos marrones se oscurecieron.

—No vuelvas a acusarme de mentiroso.

—¿O qué?

—Esto...

La atrajo hacia sus brazos y la besó con firmeza.

Al principio, a Grisel le gustó cómo se sentía, pero luego se acordó de sí misma y de quién era él. Lo empujó violentamente y

escupió al suelo.

—¡Ves! ¡Eres un mentiroso!

Nadir se rió, algo que ella nunca le había visto hacer.

—¿Por qué soy un mentiroso?

—No hay ningún conejo.

—Tú eres el conejo, mi hermosa.

¿Hermosa?

—No me conoces. Y no tienes derecho a...

Acortó la distancia de nuevo y la besó con más fuerza. Ella le mordió el labio inferior, haciéndole sangrar.

Alarmado, dio un paso atrás, se tocó la boca y luego miró la sangre en sus dedos.

—Me has mordido.

—Me has llamado conejo. Y cuando los conejos se asustan, muerden.

Nadir se rió tan fuerte que ella tuvo ganas de abofetearlo.

—Te denunciaré al laird Alex.

—Iré contigo y le contaré cómo me besaste por segunda vez.

Ella lo miró boquiabierta.

—Más falsedades.

—Tergiversar la realidad a tu antojo no es mentir.

—¿No?

—Te exijo que me lleves de vuelta con lady Iona y Duncan.

Dio una patada en el suelo.

—No.

—¿Qué?

—No. Se merecen este tiempo a solas.

—Entonces volveré corriendo a la fortaleza sin ti.

Nadir miró hacia la fortaleza.

—Vete, pues. Pero date prisa, mujer, a menos que quieras que te alcance y te bese de nuevo.

Grisel lo miró atónita. Estaba acostumbrada a los arrogantes montañeses, especialmente a sus primos. Pero Nadir... aunque era un hombre de una belleza ruda y peligroso con la espada, era un extranjero: ni un pariente, ni siquiera un aliado de confianza. Solo un desconocido con un rostro hermoso que se había aprovechado de ella.

—’S e plaigh a th’ annad —maldijo, llamándolo plaga.

La risa de Nadir resonó a su alrededor mientras ella huía, siguiendo el estrecho camino que sus huellas habían dejado en la nieve fresca. Lo despreciaba, y siempre lo haría.

Capítulo 22

Iona se merecía todas las galas que exigía una boda, pero el tiempo apremiaba: tenían que casarse rápidamente para que él pudiera protegerla no solo con su cuerpo, sino con su nombre. Duncan no le había contado esa parte, pero la muchacha no necesitaba razones para dudar de su amor. Como su esposa, él tendría todo el derecho legal de llevársela a donde quisiera, y si eso significaba marcharse de Escocia con ella, lo haría. Sin embargo, Sands Airgid sería el primer paso. Que su padre o el laird MacNair vinieran allí si se atrevían.

—Duncan —expresó Isla, con sus dos bebés en brazos—. Eres un hombre afortunado. Iona siempre ha sido como una hermana para mí, y ahora lo será de verdad.

—Sí. Todo el clan parece aprobar nuestro matrimonio. —Contempló el gran salón y todo el amor y el esmero que se había dedicado a decorarlo con guirnaldas y flores secas, las velas recién encendidas en cada mesa, la generosa cantidad de comida que Alex había encargado que prepararan: jabalí y venado, almejas y pescado, verduras y frutos secos, pan y pasteles, y el mejor vino.

—No sé cómo daros las gracias por todo esto.

—Ámala mucho —pidió Isla—. Y al niño... ámalo.

—Ya lo hago, Isla. —Besó a John y a Rebecca en la cabeza, y luego a Isla en la mejilla—. Me hace muy feliz ver a los niños aquí para la boda.

—Tal y como pediste, solo se invitó a la familia cercana y a los soldados. Sé que estás ansioso por llevártela a casa, para empezar vuestra nueva vida juntos.

Alex se unió a ellos.

—Acabo de dejar a tu novia —comentó con una sonrisa—. ¿Estás satisfecho de que no la haya obligado a casarse conmigo? Es mi obligación, en ausencia de su familia, aconsejarla.

—¿Y qué te dijo?

—Que está deseando ser tu esposa y que entiende los riesgos. Es una muchacha valiente, y admiro su disposición a plantarle cara a su padre. Pocas muchachas lo harían. Aunque se me ocurre una. — Alex miró a Isla y sonrió.

Su esposa le entregó a Rebecca.

—Si no hubiera desafiado a mi padre, no estaríamos aquí ahora y estos bebés no serían nuestros.

Alex rodeó con un brazo protector los hombros de su esposa y la atrajo hacia sí para darle un beso.

—Es tu espíritu el que hará que nuestros hijos tengan éxito en la vida.

El padre Michael llegó y saludó a todos los invitados.

—¿Estás listo? —preguntó Alex.

—Sí —respondió Duncan.

Todos ocuparon sus respectivos lugares. Alex se quedó de pie junto a Duncan, y Nudar y Ramsey se sentaron en un lugar de honor junto a la chimenea. Esta noche, Duncan haría las dos cosas más importantes que un hombre puede hacer: casarse con la mujer que amaba y reclamar a su hijo ante Dios y su clan. Esperó nervioso a que apareciera Iona. Matteo y Grisel entraron primero en el salón, seguidos de Iona.

Llevaba un elegante vestido de satén verde ribeteado de terciopelo y armiño. Tal y como él le había pedido, llevaba el pelo suelto, peinado con gran brillo. Un collar de perlas adornaba su cuello y él reconoció el anillo con el sello de los MacBride en su mano izquierda. Debía de ser su forma de mantener cerca a su

familia, aunque estuviera enfadada con su padre por tratarla como si no fuera más que una propiedad.

Con el tiempo, si Duncan podía, buscaría la paz con el conde en nombre de Iona y de su clan. No le importaba su dote, solo su futura felicidad con él y su hijo.

Matteo unió las manos de Duncan y Iona, y luego le besó la mejilla antes de apartarse.

El padre Michael hizo la señal de la cruz sobre sus cabezas y rezó una oración.

Aunque Duncan sabía lo que se esperaba que dijera, los votos tradicionales y el intercambio de anillos, lo único que podía hacer era mirar fijamente a su hermosa novia. Estaba tan enamorado que, cuando el sacerdote los declaró marido y mujer, casi se olvidó de besarla.

Alex le dio una palmada en la espalda y le susurró:

—Si no la besas, lo haré yo.

Duncan hizo precisamente eso, tomándola en sus brazos y mostrando al mundo cuánto la amaba. El beso apasionado se ganó el deleite y la aprobación de la multitud. Y cuando la soltó, el padre Michael volvió a rezar y luego los bendijo.

—Que el Señor os cuide, os proteja, tenga misericordia de vosotros y llene de luz y amor vuestro lecho matrimonial.

Entonces Duncan hizo una señal a Nudar para que trajera a Ramsey.

La anciana se adelantó ante el padre Michael. El sacerdote tomó al niño de sus brazos.

—¿Quién es este niño? —preguntó.

—Mi hijo, Ramsey Jaleel MacAllister —respondió Duncan.

—¿Juras ante Dios y tu clan que es hijo tuyo?

—Sí.

—¿Prometes criarlo en la fe de la Iglesia, temer al Todopoderoso y amar las Highlands?

—Sí —afirmó Duncan.

El padre Michael miró a su alrededor, al salón abarrotado.

—¿Y acepta el clan a este niño como uno de los suyos? ¿Prometen amarlo y protegerlo si algo les sucediera a sus padres?

—Lo hacemos —respondió la multitud al unísono.

—Entonces os bendigo, Ramsey Jaleel MacAllister. —El padre Michael hizo la señal de la cruz en la frente, la barbilla y cada mejilla del bebé—. An t-Athair, am Mac, agus an Spiorad Naomh.

Duncan repitió sus palabras:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El padre Michael le entregó el niño a Duncan, y este besó a su hijo una y otra vez, fascinado por sus grandes ojos azules y su pelo rojo.

—Siempre será tu hijo —expresó Iona, agarrando una de las manitas regordetas de Ramsey.

—Y siempre será tuyo también.

Un rato después, cuando los niños ya estaban arriba, Duncan bailó con su nueva esposa, abrazándola con fuerza y deseando llevársela a su alcoba nupcial. Cuando terminó la música, admiró la corona de oro que lucía en su dedo; el anillo había pertenecido a su madre.

—Si deseas otro anillo...

—No. —Iona le besó tiernamente en los labios—. Nunca me lo quitaré.

—Soy un hombre muy feliz, muchacha.

Se sentaron en la mesa principal con Alex e Isla y comieron y bebieron, disfrutando de las risas y la música. Y justo cuando

Duncan estaba a punto de llevar a Iona en brazos por el salón y subir las escaleras, Alex se puso de pie y pidió silencio.

—Os agradezco a todos que hayáis asistido a esta celebración.. Duncan es mi pariente favorito, en su día mi heredero, y el mejor capitán que cualquier laird podría desear.

Los hombres dieron un golpe con las manos sobre las mesas en señal de aprobación.

—Nunca pensé que conocería a la muchacha que se ganaría su corazón. Pero... —Alex saludó a Iona con una sonrisa cortés—. Lady Iona es una mujer excepcional.

Los invitados aplaudieron y alzaron sus copas en honor a Iona.

—Como es costumbre —continuó Alex—, el laird debe entregar un regalo a su capitán de mayor rango en su noche de bodas. Una tarea más difícil de lo que podríais pensar, pues mi primo no necesita plata ni oro, ni una casa, ni ovejas, ni nada más que un hombre pudiera necesitar para comenzar una nueva vida.

—¿Le aconsejaste cómo complacer a su esposa? —gritó alguien desde las mesas de abajo.

Duncan se rió.

—Con la aprobación unánime del consejo y en el mejor interés del clan MacAllister, Duncan, tienes mi bendición para formar otra rama de nuestro clan. Has asumido una carga más pesada que la mayoría de los hombres, pero si el norte ha de ser domesticado y cultivado, no hay mejor highlander nacido para ello.

A Duncan le sudaron las palmas de las manos mientras se ponía de pie lentamente, mirando con incredulidad a su esposa y luego a su primo.

—¿Alex?

—Sí.

¿Qué debía decir? No se lo esperaba tan pronto.

—¿De verdad te has quedado sin palabras? —bromeó Alex—. ¿El chico que siempre ha tenido algo que decir sobre todo desde que éramos niños?

A veces las palabras no eran necesarias. Duncan abrazó a su primo, eternamente agradecido a Alex por hacer realidad el sueño de su padre, y ahora el suyo propio.

Alex se apartó para poder verlo.

—Hay un contrato que firmar por la mañana. Decisiones importantes que tomar. Debemos trabajar juntos, proteger a nuestra gente mientras ampliamos nuestro poder con prudencia.

Duncan agarró el antebrazo de su primo.

—Somos familia, nada cambiará eso jamás.

—Quédate con nosotros un par de semanas y luego llévate a tu preciosa novia a casa.



En cuanto Duncan cruzó el umbral del dormitorio con Iona en brazos, la dejó en el suelo y cerró la puerta con llave. ¿Cuánto tiempo había esperado este momento, para estar verdaderamente a solas con ella? Solo ahora ella le pertenecía. Lady Iona era su esposa... su esposa. Aún no lo había asimilado del todo. Apoyó la frente contra la puerta.

—¿Duncan? ¿Qué estás haciendo?

—Pensando en todas las bendiciones que he recibido esta noche.

—Eres un hombre honorable, merecedor de todo lo que Dios te ha dado.

Se dio la vuelta. Su corona de cabello dorado, sus intensos ojos azules, el cuello que siempre deseaba besar, sus labios perfectos...

—¿Te he dicho lo hermosa que eres?

—Sí —respondió ella—. Y yo podría decir lo mismo de ti.

—¿Me crees hermoso?

Se adentró más en la alcoba, la habitación que había ocupado desde que era un muchacho.

Un agradable fuego ardía en la chimenea, y alguien había tenido la amabilidad de dejar una bandeja con comida y una jarra de cerveza en la mesita de noche. Grisel había trasladado las cosas de Iona desde su alcoba un poco antes. Compartirían este espacio cada vez que visitaran la fortaleza de los MacAllister.

—Creo que soy la mujer más afortunada del mundo —expresó Iona.

Duncan se acercó a ella y la atrajo hacia sí. Apoyó la barbilla sobre su cabeza, inhalando su aroma a miel. Un deseo irresistible le pedía que la desnudara en ese mismo instante, que la colmara de besos y caricias ardientes, que la lamiera de la cabeza a los pies, que la hiciera gemir su nombre y temblar en sus brazos hasta el amanecer.

—Iona...

Ella lo miró a los ojos.

—¿Sabes lo que se espera de ti, cuáles son tus deberes como esposa?

—Sí —respondió ella, sin apartar la mirada—. Isla y Grisel hablaron conmigo. Incluso Nudar, bendita sea, me dio un consejo que agradezco mucho.

Que te lo dijeran y hacerlo eran dos cosas diferentes.

—¿Me tienes miedo?

—¿Miedo? —Ella se rió—. He estado en tus brazos muchas veces, Duncan MacAllister. Si alguien ha preparado mi mente y mi cuerpo para esta noche, ese has sido tú.

La absoluta sinceridad de sus palabras y la mirada decidida de su rostro hicieron que él la deseara aún más. Se inclinó y besó sus labios carnosos.

—Te llevaré a casa pronto. Pero esta noche...

Iona se dio la vuelta y se apartó el pelo para que Duncan pudiera acceder a los cordones de la espalda de su vestido. Con manos temblorosas, él desató lentamente los cordones, saboreando cada momento. Le deslizó el delicado tejido por los hombros, dejando al descubierto su pálida piel. Le besó el hombro izquierdo, luego el derecho, y ella se estremeció.

Entonces Iona se volvió hacia él de nuevo y terminó de quitarse el vestido, colgándolo del respaldo de la silla más cercana. Se quedó de pie con su camisola y sus zapatillas de seda.

—Ahora tú —pidió.

Duncan se desabrochó el broche del clan en el hombro, aflojándose el tartán, y luego se lo quitó por completo. Ahora estaba ante ella con su túnica y sus botas de cuero. Su hermosa esposa le rodeó con los brazos, presionando su suave cuerpo contra el suyo. Él le acarició los pechos y gimió. Ninguna mujer se había sentido jamás tan bien en sus brazos. Era hora de llevarla a la cama y demostrarle cuánto la amaba y la deseaba.

—Envuelve tus piernas alrededor de mi cintura, muchacha.

La levantó, y Iona hizo lo que él le pidió.

La llevó hasta la cama, sentándose en el borde del colchón con ella apoyada en su regazo. Ella le mordisqueó el labio inferior y sonrió cuando él se acercó para besarla, entrelazando sus lenguas con renovado deseo.

Había elegido a una muchacha apasionada como esposa. Le excitaba saber que sería él quien le mostrara lo que un hombre y una mujer compartían en la alcoba, quien despertara sus deseos más profundos. Su piel era suave y tersa, y él deslizó las palmas de las manos por sus brazos, sobre su espalda, hasta llegar a su trasero

bien formado. Ella se aferró a él, su beso se intensificó y su cuerpo se movió rítmicamente al compás del suyo.

Cayeron juntos hacia atrás y Duncan la giró sobre su espalda, mirándola fijamente, amándola con la mirada.

—Eres perfecta, Iona de las Highlands.

—Gracias —respondió ella, pasando los dedos por su cabello—. Me encanta el color de tu pelo, Duncan. Me recuerda al fuego.

—El que tú encendiste dentro de mí, muchacha.

Encontró calor húmedo entre sus delgados muslos y le masajeó suavemente el sexo, observando fascinado cómo ella cerraba los ojos y arqueaba la espalda.

Tumbándose a su lado, besó su pecho, chupando su pezón color atardecer. Como no era una muchacha tímida, las manos de Iona vagaron libremente por su cuerpo, deteniéndose justo antes de llegar a su erección. Acarició las zonas que la rodeaban, sonriendo.

—El vello que rodea tu virilidad es del mismo color que el de tu cabeza.

—Sí —respondió él, respirando entrecortadamente, con la paciencia a punto de romperse—. Ese fuego es profundo, muchacha. Muy profundo. Siéntate y déjame quitarte la camisa, muchacha.

Ella le ayudó a quitársela por la cabeza y se tumbaron, quedando él sobre ella.

—Te deseo, Duncan MacAllister.

Él le acarició el rostro con las manos, sosteniendo su mirada, maravillándose ante su belleza de valquiria. La lujuria también la tenía en su férreo control. Con una suave embestida, la penetró, y ella abrió mucho los ojos.

—No pasa nada, muchacha —susurró, moviendo las caderas lentamente.

Empujó de nuevo, penetrando más profundamente, envuelto en un calor húmedo y apretado.

—¿Iona?

—No pares ahora, por favor.

No podría aunque quisiera. Perdido en la oleada de emociones y en la sensación de ser uno con ella, lo único que podía hacer era rendirse a la tensión creciente. Sí, un pedazo de cielo en la tierra. Dios o el destino los había reunido aquella noche en el gran salón. Mientras daba embestidas más cortas y rápidas, llenándola, retirándose y luego llenándola de nuevo, su cuerpo se tensó y ella susurró su nombre al alcanzar el clímax. Su carne se apretó a su alrededor, y Duncan no pudo detener la respuesta de su cuerpo. Explotó dentro de ella, desplomándose sobre ella, sin aliento y débil.

Porque ella le había robado algo más que el corazón. Muy posiblemente, era dueña de su alma.

Capítulo 23

Iona se despertó en una cama vacía. Al apartar las mantas y sentarse, descubrió a Grisel junto a la chimenea, concentrada en su bordado.

—¿Grisel? ¿Dónde está mi marido?

—Me llamó hace unas horas para que me quedara con usted mientras terminaba unos asuntos con el laird. Me pidió que no la despertara.

Iona bostezó y se estiró, y solo entonces advirtió su desnudez. Se cubrió con rapidez.

—Mi señora —intervino Grisel, dejando el bordado y acercándose—, no tenéis por qué avergonzaros. Ya os he visto desnuda antes.

—Pero...

—Ahora sois una mujer. ¿Creéis que eso cambia quién sois?

—Me siento distinta.

—Todas coinciden en que fuisteis la novia más hermosa. Y el señor Duncan... el más feliz de los hombres.

La tina humeante junto al fuego le llamó la atención. No recordaba haber oído a los sirvientes entrar. Sobre la mesa cercana, la comida desprendía un aroma que despertó su apetito al instante.

—¿Tienes hambre? —preguntó Grisel.

Al ponerse en pie, Iona sintió la punzada entre las piernas. El recuerdo de la noche y del amanecer la recorrió como un calor íntimo, vivo aún en su cuerpo.

Grisel la envolvió con una sábana limpia.

—Así estaréis más cómoda.

Iona asintió. Mientras comía, observó cómo la criada retiraba las sábanas, separando la manchada.

—¿Qué haces?

—El Laird quiere evitaros la vergüenza de mostrarla en el gran salón, pero debe ser examinada por testigos.

—¡Mi marido puede dar fe! No lo permitiré.

—Debéis hacerlo, lady Iona. Es tradición.

—¿Y la inocencia de mi marido? ¿También se exhibe?

Grisel dejó escapar una risa suave.

—Los hombres no sangran así.

Iona la miró con curiosidad.

—Sabes más de lo que aparentas.

—He servido a muchas damas.

—Pero no eres solo una sirvienta.

Grisel se quedó inmóvil.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Iona—respondió con sencillez—. Duncan.

—Debería haber guardado silencio.

—Se preocupa por ti. Yo también.

—Lo sé.

—Entonces ven conmigo.

—No es decisión mía. Lady Isla me envía a Sands Airgid como vuestro regalo de boda.

Iona la abrazó con fuerza.

—No te arrepentirás. No eres mi doncella, eres mi compañera.

—Y me alegra acompañaros —aseguró Grisel—. Ese lugar también será mi hogar.



Más tarde, ya vestida, Iona descendió al gran salón. Fue recibida con aplausos y bendiciones. Grisel desapareció discretamente con la sábana.

Matteo se acercó poco después.

—Lady Iona, el señor Duncan os espera.

—Soy feliz —respondió ella, con una serenidad nueva.

—Se nota. El amor es el mayor don de Dios.

Duncan la recibió con calidez. Alex se puso en pie.

—Quiero que presencies esto —indicó—. He cumplido mi palabra. Tu marido es ahora un laird independiente. Pero sobre ti recae una gran responsabilidad.

—Haré cuanto sea necesario.

—Debes darle un heredero varón. Si no, las tierras no permanecerán en sus manos.

Iona aceptó sin vacilar. Firmó el documento junto a Duncan.

—Ya está hecho —anunció Alex, abrazando a su primo—. Avisaré a las demás ramas.

—Te lo agradezco.

—¿Algo más?

—Nadir —respondió Duncan—. Lo quiero a mi lado.

—Es libre de elegir.

—Será mi mano derecha.

—Buena elección. Marchaos ahora.



Dos semanas más tarde, la comitiva avanzaba hacia el norte.

Iona contempló por primera vez Sands Airgid entre la niebla. La casa, sólida y elegante, se alzaba sobre la colina con una dignidad serena.

Duncan la sostuvo con firmeza.

—¿Qué te parece?

—Es... mágico.

—Todo lo que desees cambiar, hazlo. Este lugar crecerá contigo.

Una emoción profunda la recorrió.

—Nuestro hogar prosperará —añadió él—. Y antes del verano, llevarás a nuestro hijo.

Un estremecimiento la atravesó. Se movió contra él, provocándolo deliberadamente.

Duncan dejó escapar un gruñido bajo.

—No me provoques... o no esperaremos.

Al llegar, la multitud los recibió con vítores. Fergus avanzó el primero.

—Bienvenidos, mi señor, mi señora. Que vuestra casa se llene de hijos y dicha.

—Abrid los almacenes —ordenó Duncan—. Hoy se celebra.

La alegría estalló en el patio.

Duncan ayudó a Iona a bajar del caballo y la alzó en brazos. Cruzó el umbral con ella y, sin detenerse, ascendió por la escalera.

—Nadie sube aquí sin permiso —advirtió en voz baja.

La apoyó contra la pared fría, desatándole la capa con impaciencia. Sus manos la recorrieron con urgencia contenida.

—Estás hecha para mí.

Iona respondió con un suspiro tembloroso, aferrándose a él. El mundo desapareció a su alrededor, reducido al calor de su cuerpo, a la intensidad de ese momento que sellaba su nueva vida.

Cuando finalmente recuperó el aliento, buscó sus labios.

—Quiero ver tu dormitorio —susurró, con una sonrisa cargada de promesa.

Capítulo 24

A la mañana siguiente, le presentaron a muchos MacAllister y sirvientes, al cocinero, los mozos de cuadra, los capitanes y los soldados de Duncan. En total, sesenta y cinco personas vivían dentro de los muros principales de la casa solariega. Un centenar de soldados dormían en cuatro barracones contruidos dentro del patio de armas y numerosos arrendatarios vivían en sus tierras en sus propias casitas.

El cocinero, Dunmore MacDonald, le enseñó a Iona la despensa y otros almacenes, todos bien surtidos para el resto del invierno. Parecía que se había casado con un hombre que no solo sabía manejar la espada, sino que también administraba su hogar tan bien como cualquier castellano.

Había una sala de mujeres que necesitaba ser habilitada, y como Iona tenía habilidad para tejer y coser, se propuso como prioridad crear un lugar acogedor donde todas las mujeres de la casa pudieran reunirse.

Más tarde, esa misma noche, mientras estaba sentada en la mesa principal con su marido, los pequeños agricultores y sus hijos llegaron con regalos para honrar a su nuevo señor. Un niño, de no más de siete años, se acercó al estrado con una corderita acurrucada alrededor del cuello, con las patas colgando sobre sus piernas. Hizo una reverencia torpe y luego se enderezó.

—Bienvenida a Sands Airgid, Lady Iona.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Nab MacAllister.

—¿Y quién es tu mascota?

—Es una corderita muy especial, milady. Un regalo para usted.

La diminuta criatura baló y se retorció. Iona no pudo resistirse; bajó para recibir ella misma a la dulce corderita. Nab colocó al animal en los brazos de Iona y sonrió cuando ella le besó la cabeza.

—La criaré como si fuera mía —le dijo a Nab—. ¿Te gustaría ponerle nombre?

El muchacho se rascó la cabeza.

—Tiene una pequeña estrella negra en la cabeza. ¿Y si la llamáis Estrella?

—Estrella —repitió Iona con una sonrisa.

Duncan hizo un gesto para que uno de los muchachos cogiera al animal.

—Gracias, Nab.

El muchacho se inclinó de nuevo y se apartó para que la siguiente familia pudiera dar un paso al frente y felicitar a su señor.

Iona contó cuarenta familias, la mayoría con niños pequeños, algunos viudos y viudas, y algunos huérfanos a los que cuidaban los pequeños agricultores. Había mucho que podía hacer para mejorar sus vidas, cosas que le había suplicado a su padre que hiciera, como enseñar a los niños a leer y escribir. Los niños educados se convertirían en valiosos trabajadores para los MacAllister. Y Duncan le había dicho que hiciera lo que quisiera en lo que respecta a la gestión de la casa.

La comida estaba deliciosa: pescado y almejas, verduras encurtidas, frutos secos, pan y mantequilla y aguamiel, algo que Iona nunca había bebido antes. Tenía un sabor dulce en la lengua, pero, una vez que llegaba al estómago, la calentaba como el uisge beatha, un tipo de licor que sus hermanos le habían dado en alguna ocasión para hacerla hablar de forma graciosa. Pero el agua de vida sabía fatal. Con mucho gusto volvería a beber aguamiel.

Una vez terminada la comida, una de las mujeres tocó el arpa, llenando el salón con los sonidos más dulces. Si esto era un atisbo del futuro de Iona, y si esta gente la había aceptado de verdad como su señora, nunca volvería a sentirse infeliz ni sola. Con Duncan como marido, Griselda como compañera e Isla a solo medio día a caballo, podría soportar cualquier cosa. Incluso una vida sin su padre y sus hermanos.

Para cuando ella y Duncan subieron a la planta de arriba, hicieron el amor y luego se acurrucaron juntos para dormir, ella estaba agotada pero saciada, infinitamente agradecida a Dios y a su marido. Pero muy tarde aquella noche, se despertó sobresaltada por una pesadilla, o lo que ella creía que era una. Unos ruidos fuertes llegaban hasta el dormitorio, y ella buscó a Duncan para sacudirlo y despertarlo, pero ya no estaba.

Saltó de la cama, se puso una bata y unas zapatillas y luego corrió abajo. Nadir y algunos de los hombres custodiaban las puertas, y las criadas estaban reunidas en un rincón junto a una de las chimeneas, con aspecto aterrorizado.

—¡Nadir! —lo llamó—. ¿Dónde está Duncan? ¿Y el resto de los hombres?

Nadir se inclinó.

—Duncan no quiso despertarla —dijo—. Alguien disparó flechas incendiarias contra uno de los establos. Hemos perdido varios caballos y al muchacho que dormía allí.

—¿Está apagado el fuego?

—Sí, mi señora. Fue una forma siniestra de sacar a Duncan de su escondite. Le pedí que se quedara aquí y me dejara dirigir a los soldados, pero se negó.

El miedo se apoderó lentamente del corazón de Iona.

—¿Quién haría algo así? Acabamos de llegar.

—Los MacAllister tienen enemigos, lady Iona. Quizá quienquiera que haya hecho esto esperó el momento oportuno para

atacar.

—¿Y los pequeños agricultores?

—He enviado guardias al pueblo principal.

—¿Y dónde está ese pueblo?

—A dos millas al norte.

—Llévame allí —exigió ella.

—No.

—No ha sido una petición, Nadir. Soy la señora de esta mansión.

—Y yo soy la mano derecha del laird Duncan. Si le pasara algo, él me mataría.

—Si le pasa algo a mi marido, yo también te mataré a ti.

Nadir se quedó en silencio, mirándola fijamente, al igual que los demás soldados. Iona nunca antes había amenazado con violencia. Que Dios la perdone, no había recorrido todo este camino en busca de la felicidad para que se la arrebataran de sus brazos. Ya no se acobardaría en su aposento como le habían enseñado a hacer. Y no descansaría hasta saber que su marido estaba a salvo y que su gente estaba protegida.

—Entiendo que las costumbres sean diferentes en tu tierra —le dijo a Nadir con calma—. Que las mujeres sean sumisas. Pero yo no soy ese tipo de muchacha. Ya no.

—Si tengo que encerrarla en su dormitorio para mantenerla a salvo, lady Iona, lo haré.

Ella se apoyó las manos en las caderas.

—Puedes intentarlo, Nadir. Pero por la mañana, cuando todo esto haya terminado, te haré sufrir junto con cualquiera que te ayude. No me lo impedirán.

Grisel entró corriendo en el salón.

—Lady Iona, por favor, venid conmigo. Dejad que los hombres monten guardia. Ramsey y Nudar os están esperando.

—Vuelve con ellos y protege a esa niña con tu vida —ordenó Iona.

Grisel no discutió con ella; hizo una reverencia y obedeció.

—Bradana —llamó Iona a una de las criadas que estaba en un rincón.

—¿Sí?

—Sube arriba y trae mi capa. Hace un frío glacial fuera, no quiero resfriarme mientras cabalgo con Nadir y los demás soldados.

—Sí, mi señora.

La joven doncella se escabulló y subió corriendo las escaleras. Regresó unos instantes después y ayudó a Iona a vestirse.

—¿Me acompañarás al pueblo, Nadir? ¿O me veré obligada a cabalgar sola?

—Lady Iona.

—Señor, el tiempo apremia.

Se dirigió hacia las puertas y varios de los soldados dieron un paso atrás, pero no Nadir. Él le bloqueó el paso.

—Apártate de mi camino.

—No.

—¡El laird Duncan podría morir ahí fuera!

—Él es un guerrero —argumentó Nadir—. Usted no lo es.

—Soy una montañesa.

Nadir le agarró la muñeca, pero Iona no cedió. Le dio una bofetada, y Nadir la soltó, sorprendido, incluso ofendido por el gesto.

Siguió un tenso momento de silencio; los murmullos a su alrededor se redujeron a un susurro.

Nadir finalmente cedió, apartándose para que ella pudiera pasar.

Iona corrió hacia los establos, donde ya había varios caballos ensillados. Los muchachos la miraron como si estuviera loca, pero Iona no perdió el tiempo en dar explicaciones. Era una jinete experta; se impulsó y pasó la pierna por encima de la silla como un hombre. Justo cuando estaba a punto de salir cabalgando, Nadir y otros cinco soldados se unieron a ella.

—¿Vas a venir conmigo? —preguntó ella.

—No puedo dejar que vaya sola.

Galoparon a través de las puertas abiertas, girando hacia el norte. Iona había conocido el dolor de perder a los pequeños agricultores de MacBride mientras crecía; había visto las secuelas cuando ayudó a atender heridas en el gran salón de su padre una vez, cuando era joven. No quería que nadie resultara herido o muriera por su culpa. Y en su corazón sabía que quienquiera que hubiera cometido aquel acto malvado, quemando el establo y matando a aquel pobre muchacho, lo había hecho por su culpa. Su padre había enviado a alguien a buscarla o a castigar a quienquiera que la estuviera protegiendo. ¿Qué haría él cuando se enterara de que se había casado con Duncan?

Avanzaron con dificultad por la nieve hasta llegar al pueblo. Todo parecía estar en su sitio. Columnas de humo se elevaban de las chimeneas de las casitas, todas las puertas estaban cerradas y no había nadie fuera.

—Gracias a Dios —dijo Iona al detenerse junto a Nadir.

—¿Está usted tranquila ahora, lady Iona?

—¿Tranquila? Para nada. Duncan sigue ahí fuera.

—Usted pidió que comprobáramos cómo estaba el pueblo, y lo hemos hecho. Quiero que vuelva a la casa solariega, donde podré mantenerla a salvo.

Iona soltó una risa sombría.

—No me obligues a pelear contigo otra vez, Nadir. Por favor.

—Dejaré aquí a tres guardias si viene conmigo. Una vez que lleguemos a la casa, enviaré a más hombres a patrullar la zona. Es imposible adivinar adónde ha ido Duncan. Está oscuro y hace frío, y estoy seguro de que ha dividido a sus soldados y los ha enviado en todas direcciones para ganar tiempo. Si encontramos un rastro, no hay garantía de que sea el de tu marido.

—Un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Espoleó a su caballo y la bestia respondió, lanzándose hacia delante con agresividad. El caballo que había elegido al azar no era una yegua dócil. Tenía carácter y estaba claramente acostumbrado a ser montado por un guerrero.

Se dirigió hacia el sur, segura de que, si los atacantes no habían apuntado a la aldea principal, iban tras Duncan. Pasó junto a la casa solariega y encontró huellas frescas de caballos en la nieve —muchas de ellas—, lo que le indicó que Duncan y los soldados habían cabalgado hacia el sur, también.

Fue entonces cuando oyó a alguien corriendo detrás de ella para alcanzarla. Se giró en la silla y vio a Nadir. Él levantó la mano, indicándole que se detuviera. Decidió darle el beneficio de la duda, con la esperanza de que hubiera decidido ayudarla.

—Lady Iona —dijo él—. No me deja otra opción que cabalgar con usted.

Agradecieron el cielo nocturno casi despejado y la luna reflejándose en la nieve, que proporcionaba luz suficiente para seguir las huellas que ella había encontrado. Pero al poco rato, tal y como Nadir había sugerido que ocurriría, tres juegos de huellas se desviaron en diferentes direcciones.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Rece para que nos guíen —sugirió Nadir.

—Siento haberte golpeado —dijo ella con sinceridad—. No sé qué me pasó.

Él frunció el ceño, pero asintió.

—Miedo.

—Quizá —dijo ella—. O tal vez por fin tenga algo por lo que valga la pena luchar.

—Elija una dirección —dijo él.

Iona se decantaba por el oeste, pero también consideró ir hacia el sur.

—Por aquí.

Antes de que pudiera hacer que su caballo se moviera, se vieron rodeados por hombres a caballo.

—Sacad a esa zorra del caballo —ordenó un hombre barbudo—. Y quitad al bárbaro moreno de su montura. Atadlo. No voy a arriesgarme a que se escape para dar la voz de alarma.

Tres hombres desmontaron y se acercaron al caballo de Iona. La ansiedad le oprimía las entrañas y no sabía qué hacer. Cuando uno de los soldados la agarró por el tobillo, ella se zafó de su agarre con una patada. Los otros dos lograron controlar el caballo, y Iona supo que había perdido.

El que había rechazado antes la sacó a rastras de la silla, agarrándola por un puñado de su largo cabello para controlarla.

—Suéltame.

Pero el corpulento guerrero solo se rió y la arrastró ante el hombre barbudo que montaba a caballo.

—¿Quién eres? —exigió ella.

—Laird Callum MacNair —respondió él—. ¿Y quién eres tú?

Su nombre le quemó el corazón. Nunca lo había visto antes, ni siquiera sabía qué aspecto tenía. Pero por sus modales se daba cuenta de que estaba lleno de odio y que haría daño a ella y a todos sus seres queridos.

—Soy lady Iona MacAllister.

Eso lo hizo bajarse de su montura y se dirigió hacia ella a zancadas.

—¿Qué has dicho?

—Soy la esposa de Duncan MacAllister.

Él la rodeó, inclinándose para oler su cabello. Su cercanía le provocaba náuseas, pero se mantuvo erguida y orgullosa. Callum MacNair no tendría la satisfacción de verla asustada, aunque por dentro ella quería gritar de terror.

—Eres Iona MacBride, mi prometida.

—No —dijo ella—. Es mentira. Nunca firmé un contrato de compromiso, como descubrió su sobrino.

—¿Mi sobrino? ¿Dónde está Ewan?

Se detuvo frente a ella y le colocó los dedos bajo la barbilla, obligándola a mirarlo.

—Lo envié de vuelta a las islas hace semanas con una escolta de los MacAllister. El secretario del laird demostró que mi firma en el contrato de compromiso era una falsificación.

El laird prorrumpió en carcajadas.

—Eres altiva. Nada que ver con lo que describió tu padre.

—¿Ha estado con mi padre?

—Sí, salió del castillo de Dunrobin hace dos semanas en tu búsqueda, con su bendición, por supuesto.

Iona no podía creerlo. Su esfuerzo por compartir sus sentimientos más profundos en aquella misiva había sido en vano. Su padre era tan despiadado como el laird MacNair, preocupado únicamente por sus propias necesidades egoístas, no por la felicidad de ella.

—No me casaré contigo... ya estoy casada con Duncan MacAllister. —dejó las formalidades a un lado, pues estaba claro que ese hombre no las merecía.

—Más te vale estar mintiendo, muchacha. Porque no permitiré que nadie se burle de mí, no como tu padre te permitió que hicieras con él.

Se zafó del soldado que la sujetaba, apretando los puños a los lados, sintiéndose de repente fría y cansada.

—No puedes deshacer lo que ya está hecho. Hice votos ante Dios. Soy la esposa de Duncan.

Callum MacNair maldijo su vida y su infidelidad.

—Eres una puta sin valor.

Le dio una bofetada tan fuerte que cayó al suelo.

El orgullo le dio fuerzas para levantarse de nuevo. Levantó la barbilla desafiante, con las lágrimas picándole en los ojos. Buscó a Nadir con la mirada, lamentando cómo lo había tratado antes. Estaba de rodillas, con las manos atadas a la espalda. Si moría, nunca se lo perdonaría.

—¿Qué quieres?

—Justicia —dijo Callum entre dientes.

—Si liberas a ese hombre, iré contigo de vuelta al castillo de Dunrobin.

El laird soltó una risa aterradora.

—No vas a volver a casa, Iona. Te llevaré conmigo de vuelta a las islas y te mantendré como mi amante. Y si me das un hijo, quizá te deje vivir.

Sabía que el laird no estaba lanzando una amenaza vana. A sus ojos, ella lo había deshonrado de la peor manera posible, pues un compromiso matrimonial era tan vinculante como un matrimonio en las Highlands.

—Tu padre tenía razón en una cosa —dijo el laird.

—¿Sí?

—Eres una belleza excepcional, digna de ser salvada para follar cada noche.

Le acarició la mejilla y Iona le escupió en la cara.

Eso le valió un puñetazo en el estómago. Cayó de rodillas, dolorida, luchando por respirar, resistiéndose a la oscuridad vertiginosa que amenazaba con conquistarla.

Justo cuando estaba a punto de rendirse, tres flechas se clavaron en la nieve frente a ella.

—¡Duncan! —gritó, desesperada por verlo, ansiosa por estar de nuevo en sus fuertes brazos.

Capítulo 25

Duncan salió volando de la silla de montar, con sus guerreros a su lado. Se abalaron sobre los hombres del laird MacNair.

—iMacAoidh! —gritó Duncan, identificándose como un MacAllister. A continuación, pronunció el lema del clan—. ¡Bi tren...!

Sé fiel, sé valiente. Y así lo fue, derribando a cuatro enemigos mientras luchaba por acercarse a Iona.

Había visto a MacNair golpearla en el estómago y había oído sus viles palabras. Juró que aquel hombre no viviría ni un día más. Pero cuando llegó junto a su esposa, Duncan no tuvo más remedio que detenerse, pues el cobarde MacNair tenía a Iona delante de él con una espada apuntándole al cuello.

—Da un paso más —advirtió Callum— y le cortaré el cuello.

—¿Es este el tipo de hombre que quieres ser? ¿Un cobarde, protegiéndote con una mujer indefensa?

—No me importa lo que pienses de mí —siseó Callum—. Pienso irme de aquí con Iona. Ella es mía, casada o no la tendré.

La furia se desató en el interior de Duncan. Si tan solo pudiera tener un tiro claro, tenía una daga de lanzamiento escondida bajo la manga. Y tenía una puntería letal. Todo lo que amaba pasó ante sus ojos: su noche de bodas, Ramsey, Alex e Isla y sus gemelos, su hogar, su gente... pero todo acabaría si Iona lo abandonaba o moría. Ella le daba una razón para vivir, para esforzarse por ser un hombre mejor, para amar a Dios, para respirar... Iona de las Highlands... su chica apasionada y salvaje. Y aunque no sabía qué hacía ella ahí fuera en plena noche, podía imaginarlo fácilmente, pues había furia en sus ojos.

Ella había intentado encontrarlo.

—Haz las paces con tu creador —advirtió Duncan al laird—. Esta noche, morirás.

Desenvainó la espada, levantó el brazo y estuvo a punto de asestarle el golpe, pero algo romo y pesado le golpeó en la nuca y cayó de rodillas.

—¡No! ¡Duncan! —gritó Iona.

Podía oírla, pero no la veía con claridad.

—Tú eres el que va a morir, Duncan MacAllister. He oído hablar de ti, diablo pelirrojo —rió MacNair.

Duncan levantó la cabeza y miró hacia Iona. Fue entonces cuando vio cómo la cimitarra de Nadir cortaba el cuello del laird. Su cabeza rodó sobre la nieve frente a Iona y ella se desmayó.

Reuniendo todas sus fuerzas, Duncan se arrastró hasta ella, tratando de alcanzar su cuerpo inerte. Consiguió tocarle la yema de los dedos de la mano derecha antes de que todo se oscureciera.



Duncan llevaba dos días inconsciente, e Iona no se había apartado de su lado ni un momento. Grisel le traía comida y agua, pero ¿cómo iba a comer o dormir cuando su marido había recibido un golpe tan peligroso en la nuca?

—Por favor, lady Iona —suplicó Grisel—, vaya al solárium y descanse. Yo me quedaré con él.

—No. Es culpa mía que se haya hecho daño, y no me moveré de aquí hasta estar segura de que vivirá.

—El sanador dijo que despertará, y que si estuviera destinado a morir, ya habría sucumbido a sus heridas. Es joven y fuerte, y está profundamente enamorado.

Las lágrimas de culpa llenaron los ojos de Iona. Ya ni siquiera se reconocía a sí misma. Hacía dos meses, nunca habría puesto en peligro la vida de otra persona, pero en el último día había puesto en peligro a su marido, Nadir y a todos los guerreros que servían a los MacAllister. Se merecía ser castigada, desterrada, quizá incluso divorciada. Duncan se merecía una esposa mejor, una que no le desobedeciera.

—Ninguna de las mujeres está enfadada contigo, lady Iona —aseguró Grisel de forma íntima y cercana—. Admiran tu valentía, y yo también. Si tuviera un marido, yo también habría luchado por él, le gustara o no.

Iona se secó las lágrimas de los ojos.

—Solo estás siendo amable.

—No. No soy mentirosa. ¿Y si el laird MacNair y sus hombres hubieran atacado la casa? ¿Matado a más gente? ¿Puesto sus sucias manos sobre Ramsey o alguno de los otros niños? Al marcharnos de aquí, protegiste a tu clan.

—¿De verdad?

—Sí.

Iona volvió a sentarse en la silla junto a la cama, mirando a su marido con nostalgia.

—Por favor, despierta, amor mío.

Grisel le trajo un vaso de agua y ella dio un par de sorbos.

—Gracias —murmuró—. Ahora déjanos, voy a descansar un rato.

Grisel hizo una reverencia y salió de la habitación. Bostezando, Iona apoyó la cabeza en el colchón junto al brazo de Duncan. Rezó una oración en silencio antes de empezar a quedarse dormida.

—¿Iona?

—¡Duncan! Estoy aquí —respondió ella, abriendo los ojos e incorporándose.

—¿Qué estoy haciendo en la cama? —preguntó él.

—Gracias a Dios que estás despierto. —Se llevó su mano a los labios y la besó una y otra vez—. ¿Recuerdas algo?

—¡Lo recuerdo todo! —gruñó, quitándose las pieles e intentando ponerse de pie.

—No —exclamó ella—. No te levantes todavía. Voy a buscar al sanador...

—Puedo soportar el dolor de cabeza, Iona.

Se negó a escucharla y se puso en pie tambaleándose, con los ojos sorprendentemente lúcidos.

—¿Dónde está mi ropa? ¿Mi cinturón de armas?

Estaba desnudo y espléndido, como siempre, un guerrero.

—En el baúl. Tu cinturón de armas está colgado junto a la puerta.

—Trae mi tartán y una camisa limpia.

Ella se apresuró a cumplir sus órdenes y le ayudó a vestirse.

—Por favor, Duncan. ¿Qué vas a hacer?

—Matar a todos los malditos MacNair que queden vivos.

—No más muertes —replicó ella con convicción, plantándose frente a él—. El señor MacNair ha pagado el precio más alto por sus pecados. Y también una docena de sus hombres. El resto están encerrados en las celdas.

—Entonces cabalgaré hasta el castillo de Dunrobin y someteré a tu maldito padre a golpes, pues él hizo esto, sé que lo hizo.

Iona se quedó mirando al suelo. No quería creerlo, pero el señor MacNair había estado con el conde antes de que este

cabalgara hacia Sands Airgid.

—El señor MacNair mencionó a mi padre, Duncan. Pero no puedo afirmar con certeza que mi padre lo enviara a matarte.

—Quizá no directamente, pero no impidió que MacNair viniera. Y alguien le dijo que estabas aquí. Y cuando encuentre al culpable, morirá.

—Si mi padre es culpable, seré la primera en condenarlo, en no volver a hablarle jamás.

Duncan le acarició la mejilla.

—Te quiero, Iona. Y no quiero volver a sentirme como me sentí cuando te vi con esa daga en la garganta. Si te hubiera pasado algo, me habría muerto.

Hizo una mueca de dolor.

—Duncan, vuelve a la cama.

—No me quedaré en la cama como una anciana débil. Quiero ver a Nadir. Y quiero respuestas de ti. Me acompañarás abajo.

Arrastrando los pies como una muchacha castigada, Iona siguió a su marido hasta el gran salón. Nadir y los demás capitanes ocupaban la mesa principal, y las mesas inferiores estaban llenas de hombres, mujeres y niños. Cuando vieron a Duncan y a Iona, todos se callaron.

Nadir se puso de pie.

—Sois un regalo para la vista.

Duncan sonrió.

—Y tú me haces doler los ojos.

Su amigo y mano derecha se rió entre dientes.

—El golpe en la cabeza no ha mejorado tu actitud.

—No, estoy de muy mal humor y tengo un dolor de cabeza horrible. —Se dirigió a una de las criadas—. Traedme cerveza y

comida.

Duncan se volvió hacia Iona y le tomó la mano.

—Todo irá bien, dulce esposa.

Tras comer y beber una copa de vino muy necesaria, Iona esperó a ver qué haría Duncan. Como nuevo señor, ella entendía que debía dar ejemplo con cualquiera que le desobedeciera, incluida ella. Y con la cantidad de gente que había en el salón, debía demostrar su liderazgo aún más, pues hiciera lo que hiciera, la noticia se extendería rápidamente.

—Nadir —llamó Duncan—. ¿Puedes decirme qué estabas haciendo tú y mi esposa fuera de estas murallas la noche en que nos atacaron?

Una vez más, el silencio se apoderó del salón, con todos escuchando.

—Hice lo que me pediste, Duncan, aseguré el perímetro y vigilé las puertas yo mismo.

—¿Cómo salió Iona?

Nadir miró a Iona y luego volvió a mirar a Duncan.

—No logré convencerla de que te esperara.

—¿Es eso cierto, Iona?

Ella no iba a dejar que Nadir cargara con la culpa.

—No. Cuando Nadir intentó bloquearme el paso, le di un golpe.

Duncan entrecerró los ojos.

—¿Golpeaste a mi capitán?

Ella bajó la cabeza, avergonzada de lo que había hecho, pero no por la razón por la que lo había hecho.

—Le ordené que se apartara de mi camino después de que amenazara con llevarme arriba. Nada iba a interponerse entre tú y

yo, Duncan. No podía esperar impotente mientras tú estabas ahí fuera buscando al laird MacNair.

—Pero aún no sabemos quién fue.

—En mi corazón lo sabía.

—¿Cómo?

—Conozco a mi padre.

—¿Y si hubiera sido un ejército?

—Entonces habría muerto encantada contigo.

Las mujeres de la multitud dieron un grito ahogado.

—Muchacha tonta y valiente —murmuró él, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué voy a hacer contigo? No puedes golpear a un capitán y no esperar ser castigada. Y no puedes salirte con la tuya desafiando a tu marido, porque ¿qué pasaría si todas las mujeres deshonraran a su padre o a su marido e hicieran lo que quisieran?

Se arriesgó a mirar a Nadir, pensando que él nunca querría volver a hablarle. Pero, para su sorpresa, él le hizo un gesto de asentimiento, mostrándole su apoyo. ¿De verdad había perdonado su imprudencia?

—Tengo otra pregunta —continuó Duncan, dirigiéndose a sus capitanes—. ¿Por qué hay tanta gente reunida en el gran salón a estas horas?

—Muchos deseaban esperar para ver si sobrevivíais, —respondió Nadir—. Los demás vinieron a ver a nuestro invitado.

—¿Invitado? ¿Quién?

Incluso Iona escudriñó las mesas de abajo en busca de un rostro nuevo.

—Yo —dijo una voz masculina desde el otro extremo del salón, cerca de las cocinas.

Iona se giró y casi se cae de la silla al ver a su hermano mayor, Collin.

—¿Y quién eres tú? —Duncan se puso de pie.

—Collin MacBride.

Duncan desenvainó inmediatamente su espada.

—¿Te atreves a ensuciar mi salón?

Collin no pareció inmutarse ante la ira de Duncan.

—Vengo en misión de paz por parte del conde.

Nadir se inclinó hacia Duncan y le susurró algo al oído que Iona no pudo oír.

Duncan asintió y enfundó su arma.

—No hay nada que tu señor pueda decir que me haga creer que desea la paz con los MacAllister.

—No he dicho todos los MacAllister, señor Duncan. Solo usted.

Iona empezó a decir algo, pero Duncan la hizo callar con un gesto de la mano.

—¿Te ha enviado el conde al señor MacNair aquí?

—No directamente.

—No hables con acertijos.

—Hizo una apuesta justa con el señor.

Duncan arqueó las cejas.

—¿Una apuesta?

—Si el señor MacNair regresaba al castillo de Dunrobin con mi hermana ilesa, mi padre habría bendecido su unión. Desde el día en que Iona desapareció, mi padre sabía adónde había ido. Lady Isla gozaba de gran favor por parte de mi familia.

—Especialmente por parte de tu humilde hermano bastardo, Struan.

Collin se rió entre dientes.

—Era joven y demasiado ambicioso. Si lo conociera hoy, vería que es un hombre cambiado.

—Un perro atado con una correa puede parecer dócil, hasta que se le suelta.

—Sí. Pero yo no mentiría.

—¿Y qué ganaba el conde si el laird MacNair fracasaba?

—Esto...

Collin sacó un pergamino de debajo de su túnica.

—Lee el contrato. En cuanto a la segunda misiva, es para Iona.

Nadir recuperó el pergamino y se lo entregó a Duncan. Iona observó cómo él desenrollaba los documentos, leyendo cada palabra lentamente.

—¡Esto no es un contrato sobre una apuesta! —exclamó Duncan, mirando a Collin.

—No, pero es el contrato de compromiso que mi padre aprobó entre Iona y MacNair.

—El contrato nunca fue legítimo, pues tu hermana nunca lo firmó.

Collin se rió entre dientes.

—¿Qué mujer firma jamás su contrato matrimonial? Ni siquiera a la reina se le concedía tal privilegio.

Duncan resopló.

—La ley está destinada a proteger al pueblo.

—Cuando no supone un inconveniente para la nobleza, como pronto aprenderás como laird.

—¿Qué tiene esto que ver conmigo y con tu hermana, mi amada esposa?

—Preguntaste qué ganaba el conde con su apuesta. Lo mismo que ganaría si MacNair se casara con Iona y muriera

prematuramente.

Duncan volvió a mirar el contrato.

—¡Barcos!

—Sí, muchos barcos. Mi padre nunca tuvo la intención de que el laird MacNair se quedara con Iona; lo quería muerto. Y al enviarlo a los McKay, el conde sabía que moriría.

—¿Nos utilizó y puso en peligro a su propia hija para conseguir barcos?

—Mi padre es un hombre rico porque se arriesga, laird MacAllister. Iona está ilesa, y es su esposa. Como el conde es un hombre justo, me pidió que le entregara esto.

Collin le lanzó una bolsa de cuero a Duncan.

Duncan la atrapó y vació el contenido sobre la mesa alta.

—Oro.

—Una pequeña fortuna —explicó Collin—. En realidad, seguí al laird MacNair hasta aquí por si acaso no conseguía matarlo. Mis hombres están a solo unas millas de distancia. Llevo dos días esperando a que se despertara. La misiva destinada a mi hermana contiene una bendición secreta para su matrimonio con usted. Aunque el conde no puede reconocer abiertamente vuestra unión porque Iona le desobedeció, existe la posibilidad de una reconciliación algún día. Hasta entonces, este oro servirá como su dote. Además, sus pertenencias han sido empaquetadas y serán entregadas pronto.

—Ahora compartimos un enemigo común —afirmó Duncan—. ¿Quién?

—Ewan MacNair buscará venganza contra mí y tu padre por matar a su tío.

—No —replicó Collin—. Ewan MacNair es un cobarde y nos debe la vida, pues ahora es el señor feudal.

Collin no esperó a que Duncan le despidiera; se dio la vuelta y se dirigió hacia las puertas.

—¡Collin!

Iona no pudo permanecer callada por más tiempo. Corrió hacia su hermano, y Collin abrió los brazos.

—Iona —la tranquilizó—. Vive bien, hermana. ¿Quién hubiera creído que serías tú quien le recordara a nuestro padre lo que es realmente el amor verdadero?

Le besó las mejillas, la miró detenidamente una vez más y luego salió del salón.

Capítulo 26

Su hermosa esposa no pudo contener las lágrimas, así que Duncan se acercó a ella, la tomó en sus brazos y la llevó arriba. Ya había sufrido bastante. Aunque se había equivocado al desobedecer sus órdenes, su motivación había venido del corazón. Por eso, él la amaba aún más, si es que eso era posible.

Se acurrucaron juntos en la cama, con Iona sosteniendo la misiva de su padre.

—¿La vas a leer ahora? —preguntó Duncan.

—No, no estoy preparada.

—¿Mañana?

—No lo sé.

—¿Y si las palabras que has estado esperando oír de tu padre toda tu vida están en la carta?

Ella lo miró, con las lágrimas aún frescas en los ojos.

—¿Por qué se fue Collin? No lo entiendo.

Duncan deseaba tener la respuesta.

—Quizá vuelva después de haber cumplido los deseos de tu padre. Collin no me parece el tipo de hombre que olvidaría a su única hermana. Vi el amor en sus ojos, Iona, y oí lo que te dijo sobre que tú eres la única que puede recordarle a tu padre lo que es el verdadero amor.

Ella sorbió por la nariz.

—No sé si podré perdonarle por utilizarme para conseguir barcos. O a mi hermano por seguirle el juego.

Duncan la abrazó.

—El conde es un hombre egoísta que jugó con tu vida. No puedo respetar a un hombre que no piensa primero en su familia. Sin embargo, te dejó quedarte conmigo. En cuanto al oro, ¿qué quieres que haga con él?

—Es tuyo.

—No. No quiero el oro del conde. ¿Cuánta sangre derramó para conseguir eso?

Iona se incorporó.

—¿Podríamos usarlo para ayudar a los pequeños agricultores más pobres? ¿Para hacer mejoras en sus casitas? ¿Para comprarles ropa y zapatos más abrigados?

Duncan sonrió ante su entusiasmo y bondad.

—¿No para comprarte vestidos de seda y zapatillas? ¿Quizás una yegua nueva? ¿Muebles lujosos?

Iona le dio una palmada en el pecho en tono juguetón.

—Si el conde envía mis cosas, tendré todo lo que necesito, Duncan. Aunque no las tuviera, quiero compartir nuestra felicidad y buena suerte con nuestra gente.

—Repite la última parte.

—¿Nuestra gente?

—Sí. Ahora eres una MacAllister, muchacha. Y me gusta oírte decir nuestra gente.

—Siento lo que hice, Duncan. No sé si podré compensarte a ti y a Nadir, o a los demás hombres.

Duncan le frotó la espalda.

—Promete que nunca volverás a arriesgar tu vida ni a golpear a Nadir, pues él viene de un lugar donde las mujeres ni siquiera pueden mirar a un hombre a los ojos sin ser castigadas.

—Es un hombre orgulloso.

—Mucho —afirmó Duncan.

—En ese lugar de donde viene, ¿cómo se castigaría a una mujer por mirar a un hombre?

—Depende del padre de la muchacha. Por eso cubren a sus mujeres de pies a cabeza con túnicas oscuras y un velo, para que nadie pueda verlas.

—Me alegro de que vivamos en las Highlands.

—Sí —respondió Duncan—. Y ahora quiero esa promesa.

—Prometo no desobedecerte jamás, siempre y cuando nadie haya amenazado tu vida.

Duncan gruñó y derribó a su esposa de espaldas, cerniéndose sobre ella, impresionado por la determinación de sus ojos.

—Has cambiado.

—¿Sí?

—No creo que pueda seguir llamándote Iona de las Highlands, ya no te queda bien.

—Entonces, ¿cómo me llamarás, aparte de esposa?

—Mi leona de las Highlands. Mo theaghlach, mo dhuthchas, mo bheatha.

Mi familia, mi sangre, mi vida.

—Te quiero, Duncan.

—Y yo te quiero a ti.

Se dio la vuelta, tirando de ella para que se colocara encima de él, y ella apoyó la cabeza en su pecho. Él sabía que nunca la dejaría marchar y deseaba que pudieran quedarse así para siempre. Pero mañana, Duncan se ocuparía del resto de los hombres de MacNair, y elegiría una recompensa para su intrépido capitán y mejor amigo,

Nadir. El hombre podría tener lo que quisiera, pues les había salvado la vida a ambos.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Iona dijo:

—¿Has visto cómo mira Nadir a Grisel?

—No. ¿Y la muchacha le devuelve la mirada?

—Sí, pero solo si cree que nadie la observa. Es muy reservada y rara vez habla de sí misma.

—Me alegro de que haya venido aquí —comentó Duncan, besando a su esposa—. Ambos merecen ser felices.

—Sí. Y yo también.

Él le levantó las faldas y le acarició la pierna, deleitándose con la suavidad aterciopelada de su piel y los pequeños gemidos que ella emitía cada vez que la tocaba.

—¿Te has olvidado de mi promesa, mi dulce leona?

—¿Qué promesa? —preguntó ella, mirándolo desde arriba.

—De ponerte un bebé en el vientre antes de que haga calor.

Ella se incorporó y Duncan le quitó el vestido de lana por la cabeza, seguido de la camisa. Iona se quitó las zapatillas de un puntapié, sin dejar de estar a horcajadas sobre él.

—¿Te gustaría que te enseñara algo nuevo sobre los juegos de cama? —preguntó él.

—¿Hay más?

—Oh, sí —respondió—. Ayúdame con mi tartán.

Una vez que su virilidad quedó al descubierto, él la agarró por las caderas y la levantó sobre su miembro. Mientras ella se bajaba y él la llenaba, él la guió, mostrándole cómo mover las caderas al unísono con las suyas, cómo darse placer controlando la velocidad y la profundidad de sus embestidas. Ella se inclinó, y su cabello dorado cayó en cascada a su alrededor como un manto protector.

Él la miró fijamente. Sabía desde el principio que ella sería suya, que estaban destinados a estar juntos. Un amor así era innegable, aunque él fuera un MacAllister y ella una MacBride. Y como Dios y el destino quisieron, ahora ella era una MacAllister —su esposa—, su valiente leona, la mujer a la que amaría para siempre.

Epílogo

Una semana después...

Te he ofrecido oro, tierras, mi propio caballo de guerra, un barco... —El laird Duncan se frotó la cara sin afeitar—. Nadir, ¿cómo puedo recompensar tu valentía? Dímelo.

¿Por qué tenía que ser tan difícil su mano derecha? Duncan admiraba profundamente al guerrero de piel rojiza, un príncipe de nacimiento, educado por los mejores tutores de Europa. Hablaba cuatro idiomas, sabía negociar como cualquier estadista experimentado y las mujeres lo adoraban. ¿Quizás una esposa?

Nadir negó con la cabeza.

—Deseo hacer un viaje.

—¿A Constantinopla?

—No —respondió el capitán—. Quiero ver más de las Highlands, comprender mi nuevo hogar, formar parte de la gente y de la tierra.

—Eso no es una recompensa adecuada por salvar mi vida y la de lady Iona. Aunque tienes mi bendición para llevarte a tantos hombres como necesites e irte, pues creo que es una empresa sensata aprender más sobre el lugar que has elegido para vivir.

—La gente me teme: mi piel, mi pelo y mis ojos oscuros. Me llaman diablo.

Duncan se rió entre dientes.

—¿Acaso no eres un demonio? Ewan MacNair juró que lo eras. Y estoy seguro de que, cuando tu espada atravesó el cuello de Callum MacNair, este te maldijo como tal.

Nadir sonrió.

—Se merecía morir. Y si lo deseas, viajaré a las islas y te traeré la cabeza de Ewan.

Duncan sabía bien que en el futuro se enfrentaría al nuevo laird de los MacNair. Porque Duncan lo había humillado delante de cientos de personas y, con el tiempo, descubriría que había sido él quien lo había azotado.

—Me ocuparé de ese hombre a mi manera. Tenemos asuntos pendientes entre nosotros.

Nadir inclinó la cabeza.

—Tengo otra petición.

—Dímela.

—Hablé con Matteo en numerosas ocasiones sobre la tradición de las Highlands. Serví al laird Alex durante siete años en mi tierra natal y aquí. No tengo ningún deseo de volver al desierto. Pero si alguna vez quiero que me tomen en serio, que me honren como a un auténtico guerrero de las Highlands, debo adoptar un nombre escocés.

—Puedo darte algunas sugerencias —intervino Grisel al entrar en el gran salón, casi vacío, desde las cocinas.

Nadir se giró de inmediato.

—Me has llamado bestia y monstruo, mujer.

—Te has ganado esos títulos, diciéndome que una mujer no debe hablar a menos que se le dirija la palabra.

—Te di un consejo valioso: para ayudarte a encontrar un marido.

Grisel se apoyó una mano en la cadera, frunciendo el ceño.

—No quiero un marido.

—Creo que necesitas uno, mujer. Uno que te enseñe a comportarte como es debido.

Duncan se recostó en su silla, observando cómo interactuaban su prima y Nadir. Iona le había advertido de que los dos no se llevaban demasiado bien, pero también le había hablado de la atracción mutua que sentían, algo que ahora no resultaba tan obvio.

—Vuelve a las cocinas —ordenó Nadir.

Grisel soltó un suspiro de frustración.

—No soy una criada a la que puedas dar órdenes.

—Soy la mano derecha del laird.

—Y yo soy su prima, invitada aquí como acompañante de su esposa. ¡Quizá debería pedirte que me trajeras un poco de agua!

Nadir se acercó dando un pisotón hasta donde ella estaba y la agarró por el brazo.

—Si lo que buscas es agua, estaré encantado de acompañarte fuera, hasta el lago, donde te sumergiré bajo el agua helada hasta que prometas no volver a hablarle a un capitán MacAllister de forma tan irrespetuosa.

Grisel lo empujó.

—No... Déjame llevarte al lago, atarte en un saco lleno de piedras para que te hundas hasta el fondo y te ahogues como la alimaña que eres.

Hubo un tenso momento de silencio y Duncan se puso de pie, listo para cruzar la sala a toda prisa por si Grisel abofeteaba a Nadir o él se decidía a cargarla al hombro y cumplir su amenaza.

¿Cómo se le habían pasado por alto sus interacciones después de todo este tiempo?

—Si no deseas oír el nombre que iba a sugerirte... —dijo Grisel.

—¿Y qué título elegirías para mí?

—Leod.

Nadir le lanzó una rápida mirada a Duncan.

—Nunca he oído ese nombre. ¿Qué significa?

Duncan intentó contener la risa.

—Hermoso guerrero —mintió.

Nadir entrecerró los ojos.

—¿Hermoso guerrero?

—¡Duncan! —protestó Grisel—. No le mientas a tu capitán.

Duncan le hizo un gesto de advertencia con los dedos, pero Grisel no le hizo caso; nunca lo hacía.

—¿Cuál es el verdadero significado del nombre? —le preguntó Nadir.

Grisel se puso de puntillas y le susurró algo al oído.

—¿Feo? —retumbó la voz enfadada de Nadir.

Fue entonces cuando la cogió en brazos y se la echó al hombro.

Una pequeña multitud había comenzado a reunirse debido a todo el ruido, y mientras Grisel se retorció y daba patadas para escapar, Nadir la ignoró y se dirigió hacia las puertas. Nadie se le opuso, ni siquiera Duncan. Porque él creía que su prima, por mucho que la quisiera y admirara, necesitaba la lección que Nadir había amenazado con darle.

—¡Duncan! —Iona se unió a él cerca de la entrada del gran salón—. ¿Qué le está haciendo Nadir a Grisel?

—Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo —respondió él, tomando la mano de su esposa y siguiendo a los curiosos hacia fuera.

Nadir se dirigió al lago medio helado.

—¿Tienes algo que decirme, Grisel?

—Lady Grisel —lo corrigió ella—. ¿Y tú?

—¡Eres la criatura más fea que jamás haya visto! ¡Ahora déjame en el suelo!

—Como deseas, señora Grisel.

Nadir la arrojó a la parte menos profunda del lago.

Grisel gritó y escupió agua, chapoteando como un pato enloquecido al salir a la superficie.

—Encontraré el momento adecuado para vengarme de ti, Nadir.

El capitán no dijo ni una palabra. Se quitó la capa de piel y la arrojó al suelo delante de Grisel.

—Ponte esto antes de que te mueras de frío, mujer.

Luego se alejó a zancadas.

Iona corrió hacia Grisel y recogió la capa. La sacudió.

—Ven, Grisel. Será mejor que te lleve dentro, junto al fuego.

Grisel dejó que Iona le envolviera los hombros con la piel mientras le castañeteaban los dientes.

—Duncan...

—¿Sí?

No quería interponerse entre Nadir y Grisel. Tenían que resolver sus diferencias a solas.

—Lo odio —murmuró ella—. Mándalo de vuelta con el laird Alex, por favor.

—No —se negó Duncan—. Es un activo para este clan, el mejor tipo de hombre que he conocido jamás.

—Estás ciego.

—Grisel —replicó Duncan—, quizá debería dejar que te diera unos azotes en el trasero, como hice con Ewan MacNair.

—Vamonos ya —instó Iona, y emprendieron el camino de vuelta hacia la casa solariega.

—De hecho... —comenzó Duncan—. Sé cómo hacer las paces entre vosotros.

Grisel miró fijamente a su primo.

—No quiero hacer las paces con ese hombre. Le deseo una muerte dolorosa.

Duncan la ignoró.

—Nadir está planeando un viaje por las Highlands, y le pediré que reclute nuevos soldados por el camino. ¿Por qué no unimos fuerzas? Te enviaré con otras mujeres a buscar doncellas que quieran trabajar para mí.

—Iona —dijo Duncan—, ¿es seguro enviar a Grisel? Después de todo lo que ha pasado...

—Es el mejor momento para hacerlo. Tu padre ha dado su bendición, Callum MacNair está muerto, Ewan estará fuera de juego durante el resto del invierno y no hay otro clan lo suficientemente tonto como para desafiar a los MacAllister en este momento.

Duncan levantó la barbilla de su prima para que tuviera que mirarle a los ojos.

—No sé por qué estás actuando de repente como una niña mimada. Normalmente eres callada y reservada.

—Pregúntale al capitán por qué —replicó ella desafiante—.

—¿Te ha deshonrado de alguna manera?

—Sí —respondió—. ¡Me dijo que era hermosa!

Duncan se rió entre dientes.

—¿En qué te ha ofendido eso?

—Cuando le reprendí por hacerlo, se desvivió por encontrarme y repetírmelo una y otra vez, delante de los sirvientes y los soldados.

—Te está tomando el pelo —explicó Duncan.

—Una atención que no quiero ni pido.

—Grisel —intervino Iona—, eres hermosa, fuerte y capaz. ¿Cómo puede un hombre evitar decírtelo?

—No iré con él, Duncan. —Grisel se acurrucó entre los pliegues de la capa demasiado grande—. Y si intentas obligarme...

No terminó la frase, sino que se marchó enfadada.

—¿Qué le pasa a la muchacha? —preguntó Duncan a su esposa.

—Creo que lo ama —sugirió Iona.

Las cejas pelirrojas de Duncan se arquearon.

—Sí —añadió Iona—. Y creo que se le resiente por ello. No es el tipo de hombre con el que su padre imaginaba que estaría, al menos por lo que ella me ha contado.

—Es terca —refunfuñó Duncan—, acostumbrada a salirse con la suya. Ahora veo el error. Alex y yo la mimábamos para compensar la pérdida de sus padres. Queríamos que fuera feliz.

—Es feliz.

Duncan señaló en la dirección en la que se había ido Grisel.

—Si esa es su forma de actuar cuando está feliz, ¿de qué es capaz cuando se enfada?

—Dale tiempo para adaptarse a su nueva vida aquí. Todos tenemos que acostumbrarnos a convivir.

Duncan atrajo a su esposa hacia sus brazos.

—Eres una mujer muy inteligente.

—¿Lo soy?

—Y muy hermosa.

Ella sonrió.

—Por favor, no la mandes lejos con Nadir.

—No cambiaré de opinión, Iona. Deja que pruebe lo que es estar fuera en pleno invierno. Quizás llegue a apreciar más lo que ya

tiene.

Iona le había enseñado a Duncan a amar sin pretenderlo. Y ahora, él quería que su prima aprendiera a no rechazar el amor. Porque eso era lo que Grisel MacAllister necesitaba más que nada: el amor de un buen hombre. Ella había vivido tanto tiempo sin él, sin sus padres, sin hermanos ni hermanas, que había descuidado su propio corazón, viviendo como una sirvient para ocultar el dolor.

—Hablaré con ella esta noche —dijo Duncan.

—Espero que te escuche —respondió Iona—. Pero te lo advierto, no creo que lo haga. Se parece demasiado a sus primos para eso. Demasiado a ti.